Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

TENSION

Frank Caudett

Para de pronto, bestial y sádicamente, clavar las agudas puntas una y otra vez, de manera alternativa, en los ojos de papel, en los ojos que se reproducían en la portada del libro. Con saña. Babeando, casi, de aberrante placer. De morboso éxtasis.

Cada vez que las puntas agudas, finísimas de las tijeras, bajaban con desesperación para incrustarse en uno de aquellos ojos, algo muy parecido a un gorgoteo febril, de ansiedad y locura, se gestaba en la garganta del cuerpo y estallaba al instante en sus labios.



Frank Caudett

Tensión

Bolsilibros: Selección Terror extra - 29

ePub r1.0

xico_weno 10.12.17

Título original: *Tensión*
Frank Caudett, 1983
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



PRIMER PRÓLOGO

La sombra

OSCURIDAD y silencio estaban tan perfectamente ensamblados, tan exquisitamente conjuntados, que llegaban a formar una misma cosa.

Un todo…

Pero tanta perfección y exquisitez en el conjunto, tan incomprensible armonía en el encaje, tan sublime simbiosis de dos hechos distintos y etéreos, inexistentes, ajenos a la concreción física de espacio y tiempo, creaban un extraño sentimiento de incomodidad.

De angustia.

De tensión.

Precisamente por hacer una perfección real de aquello que se gestaba en lo irreal.

¿Qué era el silencio por sí solo?

¿Y la oscuridad?

Juntos… ¿qué?

Juntos, el umbral de la inquietud, de la desazón, el atrio de lo embarazoso, el pórtico de la locura, la antesala de la sinrazón…

Silencio…

Oscuridad…

¿Quiénes moraban, quiénes moran en el paraíso esotérico de la oscuridad y el silencio?

Aquellos que no vemos, que no están, que no ocupan un lugar,

pero de cuya existencia misteriosa, inquietante, no podemos inhibirnos.

Aquellos que nos producen escalofríos, tensión, angustia, cuando pretendemos identificarlos en la oscuridad, cuando intentamos escucharlos en el silencio.

Hay quien no teme al silencio.

Quien ama la oscuridad.

Como aquella sombra fugaz, imperceptible, que vagaba por el contenido de tinieblas que delimitaban las paredes de aquel lugar negro, terriblemente negro, tan negro, que se hacía imposible definir. Describir…

¿Qué era aquél todo tan negro y silencioso?

La sombra…

Seguía avanzando, desenvolviéndose con soltura y habilidad entre aquella espiral densa, retorcida, casi asfixiante, de tinieblas.

Tinieblas extrañas, personales, que en algunos instantes parecían solidificarse, tomar posesión física del espacio y pegarse acto seguido a la garganta hasta producir sensación de ahogo, de muerte.

Creando una electrizante tensión, sí.

Tensión…

¿Estaba la sombra en tensión?

No…

La sombra parecía estar relajada, tranquila, peligrosamente integrada en el silencio vacío y en las negruras inescrutables.

¿Era real todo aquello?

¿Estaba, de veras, sucediendo?

¿Existía realmente la plácida, enervante, extraña comunión entre oscuridad y silencio?

¿Estaba allí aquella sombra despegada de las demás sombras que parecía tener cuerpo y vida propia?…

La sombra, real como real era la fusión de negruras y mutismo, pareció que ahora adquiría unos tintes acelerados de movilidad, que se hacía más patente, sólida inclusive, en la callada aura invidente que la rodeaba.

Hubo, existió, de pronto, una concreción categórica de la sombra, un movimiento brusco y bronco que la hizo huir a la posibilidad de lo hipotético para ubicarse en el espacio de una

manera física que anulaba lo sublime, aunque espectral, para realizarse en forma existente, en algo que causaba miedo, pánico, horror…

Tensión…

La sombra había dejado de serlo.

La sombra, ERA…

SEGUNDO PRÓLOGO

El cuerpo

… UN CUERPO.

Un cuerpo que se movía ágilmente entre las tinieblas.

Que recorría el apartamento con igual soltura que si aquello le fuera familiar, lo mismo que si formase parte de su entorno ordinario, cotidiano.

Falsa impresión ésta porque aquel cuerpo acabó necesitando de la compañía y servicio de una linterna cuyo cono limitado, denso, brillante, le asestó de pronto vivísimas cuchilladas de claridad al espacio oscuro que se adueñaba de la estancia hasta absorberla.

El círculo luminoso sostenido por una mano firme, decidida, tensa quizá pero inquietantemente resuelta, fue iluminado de forma alternativa, ordenada casi, los distintos rincones del lugar.

Hasta detenerse en el centro geométrico de la estancia donde se encontraba una mesa de madera sostenida por dos caballetes, como las normalmente usadas por los dibujantes y diseñadores.

Una mesa, esparcidos por encima de la cual se veían papeles, recortes de periódico, gomas de borrar, punzones, un cubilete de dados conteniendo lápices, rotuladores y bolígrafos, un teléfono rojo modelo góndola, cuadernos, tijeras… unas tijeras grandes como las empleadas para cortar el papel por aquellos que confeccionaban patrones, y un libro.

Un libro…

En la portada del libro había dos ojos.

Existían…

Vivían dos ojos.

En los que ahora se estrellaba el caudal de luz que la linterna provocaba.

Dándoles visos de sangrante tragedia.

Dos ojos muy grandes, muy abiertos, muy expresivos, tremendamente elocuentes, que se encontraban insertos, metidos en un rostro.

Rostro de mujer.

Mujer bella y excitante.

Exótica mejor.

Y sus ojos personalísimos que hasta en la foto realizada para la cubierta de aquel libro parecían expresarse con lúcida coherencia, estaban reproducidos en negativo-blanco dentro del contexto gris-negro de la cara a que pertenecían.

Ojos de un perfil agresivo…

De poderes sugestivos que absorbían con fuerza, que succionaban con avidez tal hasta acabar actuando como células independientes de hechizo hipnótico.

Y con fijeza hipnótica contemplaba el cuerpo portador de la linterna bajo su chorro luminoso aquel par de discos blancos, excitantes, que a fuerza de mirarlos producían una extraordinaria desazón, una incontrolable inquietud…

El cuerpo dejó constancia de su registro fónico al decir como en una contracción, en un espasmo pleno de rechazo y repulsión:

—Son los tuyos los ojos del mal, Bo Parton. Los ojos de la lujuria. Los ojos de la sangre…

Bajo aquellas pupilas singulares, personalísimas, en letras amarillas podía leerse:

LOS OJOS PROFESIONALES DE BO PARTON
por Faye Weaver.

—Y tú… —*siguió la voz del cuerpo misterioso*—, tú que has hecho oda y apología de ellos, tú que has cantado las supuestas excelencias de esos ojos pecaminosos y lúbricos, tú, Faye Weaver, serás la primera en teñirlos de sangre. Sangre… TU SANGRE… Luego podrás servirle de modelo para sus repulsivas alegrías

profesionales. Tus ojos sangrarán, Faye Weaver. Ahora…

¿AHORA?

¿Qué significaba… ahora?

La otra mano del cuerpo atrapó, en un rapto de cruel brutalidad, con gesto crispado, las tijeras…

LAS TIJERAS…

Para de pronto, bestial y sádicamente, clavar las agudas puntas una y otra vez, de manera alternativa, en los ojos de papel, en los ojos que se reproducían en la portada del libro.

Con saña.

Babeando, casi, de aberrante placer. De morboso éxtasis.

Cada vez que las puntas agudas, finísimas de las tijeras, bajaban con desesperación para incrustarse en uno de aquellos ojos, algo muy parecido a un gorgoteo febril, de ansiedad y locura, se gestaba en la garganta del cuerpo y estallaba al instante en sus labios.

GRRRRRRRRRR…

Y las tijeras seguían bajando…

BAJANDO.

Hasta acribillar las pupilas en blanco que reproducía, dentro de una cara exótica, la foto que daba portada al libro.

GRRRRRRR…

Babeo febril y sádico del ente al compás del ir y venir de la tijera.

Gotas de baba blanquecina manchaban el papel, la mesa incluso…

De súbito, en algún lugar del apartamento brilló con intensidad la luz de una lámpara de pie cuyos rayos, sesgados, llegaron tenuemente hasta la estancia de la mesa sostenida por dos caballetes.

La estancia donde se movía el cuerpo.

Donde su mano, aferrando unas tijeras, acribillaba los ojos de Bo Parton.

Los de la fotografía, claro, que servía de portada al libro.

El cuerpo, al punto, apagó el cono brillante de la linterna.

Orientándose merced a los rayos tenues, difusos, hacia el lugar de donde procedía la luz.

Para ello hubo de dejar atrás aquella estancia de mesa con caballetes, de libro con portada cuyos ojos blancos, felinos, acababa

de acribillar con unas tijeras… *que seguía portando entre los dedos férreos, crispados, de su mano izquierda*.

GRRRRRRRR…

El gorgoteo aún estaba, febril, ronco, en su garganta y luego en los labios, conforme iba avanzando por el pasillo, lenta, despaciosamente, rumbo a la estancia iluminada.

De pronto se apagó la luz.

Y de nuevo la más impenetrable de las oscuridades, el más confuso mundo de tinieblas, rodeó el apartamento hasta envolverlo, succionarlo.

El cuerpo, instantáneamente, detuvo su cauto avance.

Aguzando las pupilas rojo sangrientas, ávidas de maldad y sangre, para escrutar en las negruras.

Vio algo, sí…

Un bulto.

Que surgía de forma inesperada por el umbral de la puerta que daba acceso a la habitación que segundos antes estuviera iluminada por la lámpara de pie.

¿Un bulto…?

Que acababa de concretarse en las formas sombrías de una hembra envuelta en un transparente salto de cama que, por el pasillo y delante del cuerpo misterioso, tétrico, que la acechaba, estaba caminando en pos de otra estancia.

En la que se perdió haciendo brillar, confiadamente, la luz que surgía de la lámpara que colgaba del techo.

Se oyó entonces el abrir y cerrar de portezuelas fácilmente identificables con las de un armario de cocina.

La cocina, sí…

El cuerpo, ahora blandiendo en alto, empuñando las tijeras y mostrándolas hacia adelante con primer plano tétrico, sangriento, de sus agudas y afiladísimas puntas, reanudó el avance, premioso y silencioso avance, hacia la cocina.

Se envaró, de súbito, quedando erecto. Como si temiera con el menor roce, con el más insignificante siseo, advertir de su presencia a la mujer que se encontraba, tranquila, ajena a la tormenta de terror y sangre que se cernía sobre ella, dentro de la cocina.

El silencio que trataba casi de venerar la imagen furtiva del mal concretada en aquel cuerpo misterioso, dañino, que blandía las

tijeras asesinas, quedó truncado, excitante, cantarinamente, por el tintineo musical de una cuchara al chocar con fuerza, viveza, contra los límites cristalinos de un vaso.

La cabeza de aquel cuerpo portador de las cartas credenciales del pánico y la vesania, despacio, precautoriamente, asomó apenas unos milímetros sobre el dintel de la puerta.

Sus pupilas sanguinolentas, ávidas de horror sangriento, parecieron contraerse de satisfacción, de morboso placer, al contemplar la figura de la mujer envuelta en su excitante y translúcido salto de cama que evidenciaba la rotundidad agresiva, lujuriante, de sus formas agrestes, el trazo sensual y pícnico de sus pechos desnudos y ostensibles bajo la frágil tela… Se esponjó de alegría brutal, de diabólico deleite, todo aquel cuerpo acechante, criminal, al comprobar la placidez de su víctima y lo lejano de su mente en atisbar por los trágicos presagios que cada vez más se acercaban a ella, la envolvían, dictaban su sentencia y firmaban el fin de su trágico destino.

Hubo un quiebro repulsivo que hizo ondular el cuerpo de las tijeras cuando ella, entregada con tranquilidad a prepararse aquel batido de leche, ladeó la áurea testa permitiendo que sus ojos, sus vivos discos azules que daban luminosidad a todo el rostro, quedaran en diagonal con los ocultos, vesánicos, del ente misterioso y demoníaco que desde hacía largos instantes saboreaba, babeaba con perverso y estremecedor deleite el colofón siniestro, aberrante, que iba a poner a la vida de aquellas preciosas y azuladas pupilas.

Puede que la mujer, por primera vez desde que había abandonado el lecho para prepararse aquel batido de leche con que calmar la sequedad de su garganta que precisamente había truncado su placentero sueño, tuviera una tenue percepción…

Débil, porque al instante se olvidó de ella.

Hasta que oyó, inesperadamente, como si de un cañonazo se tratara, aquel crujido que la sobresaltó de manera brutal.

GRRRRRRRRR…

¿Crujido?

Faye Weaver hizo oscilar en el aire su melena de rubia valkyria al dar un giro seco, rápido, a su cabeza.

GRRRRRRRRR…

—¡Pero…!

Se llevó aterrorizada una mano a los labios y la otra a la garganta, en desesperado intento de deshacer la bola tupida de saliva que se apelotonaba en su cuello, que adhería e inmovilizaba las cuerdas vocales, impidiendo proseguir, evitando que el alarido brotara espontáneo, fresco, expresivo y elocuente pregonando el horror que la flagelaba.

GRRRRRRRRRR…

Con ojos dilatados por el pánico, Faye Weaver lo vio avanzar hacia ella con pupilas sádicas llenas, rebosantes de jugo rojizo, contraídas en un espasmo criminal las facciones hoscas, asesinas, de su rostro convertido en pura mueca de éxtasis sangriento.

GRRRRRRRRR…

Aquellos discos granates casi saltaban de las órbitas que los contenían conforme el cuerpo se acercaba, más y más, a la inmóvil, enhiesta, horrorizada figura de Faye, incapaz de consolidar un solo movimiento, incapacitada para lanzar el aullido de pánico que se gestaba inútilmente en su garganta y que sus labios trémulos ansiaban lanzar al entorno con exasperante sonoridad.

GRRRRRRRRRR…

Las puntas de las tijeras que aquel cuerpo empuñaba se fueron más a lo alto y más hacia atrás enfilando después la posición de los ojos azules de la enloquecida hembra.

Y tras una fugaz vacilación vinieron velozmente adelante en busca de las azules pupilas de ella.

Con estremecedor y espectacular babeo del ente criminal.

GRRRRRRRRR…

La mano que oprimía la garganta de Faye Weaver se abrió como tratando de dejar libres las atropelladas cuerdas y…

Y el grito surgió.

Pleno.

Espontáneo.

Brutal.

Justo en el momento en que…

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAAG!!!

… las puntas afiladas, agudísimas, hirientes de las tijeras, se encaminaban con velocidad diabólica hacia las cuencas que contenían los ojos grandes, dilatados por el horror y el pánico, azules…

¡ZAAAAAAAAAAAAAS!
Y se hincaban en ellos haciendo brotar, escupir…

TERCER PRÓLOGO

Percepción… Tensión… Sangre…

FORCEJEÓ con nerviosismo, con angustia desesperada, buscando deshacerse del sudario que sobre su cuerpo desnudo formaban las sábanas.

Incluso se sirvió de los pies, con desesperación, para librarse de la opresión que en su sobresaltado despertar ejercían sobre ella los blancos lienzos que hasta entonces la habían protegido, arropado, mimado en su sueño dulce y hasta plácido.

Sentada encima del lecho y atropellados los pensamientos en su cerebro convertido de pronto en un océano caudaloso, en un mar de tormentas y cielos oscuros, caóticos, Bo Parton trataba de encontrarse con la fibra necesaria de lucidez que la hiciera obtener el pulso veraz de la realidad.

Estaba confusa, atropellada…

¿Por qué?

Extendió los dedos de la diestra para tirar, excitada, del cordoncillo que accionaba el conmutador de la lámpara eléctrica que descansaba en la mesilla de noche adyacente a la cabecera brillante de la cama que se extendía geométricamente rectangular.

Bo Parton parpadeaba una y otra vez haciendo chispear, encogiendo incluso sus negras pupilas, como buscando algo que tenía que estar allí y que una vez despierta no era capaz de ver.

¿Ver…?

¿Él… *qué*?

Algo…

¡Ver el *algo* que la había despertado con semejante desasosiego!

Todos sus músculos estaban en tensión…

TENSIÓN…

Qué extraña y excitante sonaba aquella palabra dentro de su cerebro, en el interior de su propio pensamiento…

¿Por qué?

Porque era una tensión agobiante, asfixiante, la producida por la certeza de que iba a ser incapaz de evitar que se produjera aquel *algo* monstruoso que la había despertado con semejante agitación, con un *in crescendo* excitado de su sistema nervioso, con una angustia letal oprimiendo su garganta.

Tensión que amenazaba con volverla loca, con hacer estallar las paredes de su cerebro, en aquel intento desesperado de saber, concretar, qué era aquel *algo* y el *porqué* del mismo.

El porqué de su sobresaltado despertar.

—Dios mío. ¿Qué me está ocurriendo?

Recordó, sin desearlo, otros tiempos.

Los tiempos que ya suponía pasados en que las premoniciones, las percepciones visuales de hechos horribles la perseguían y acosaban, acumulando en sus retinas vivencias siniestras.

Como aquel trágico accidente de automóvil en que el cuerpo de su padre, triturado entre hierros humeantes y retorcidos, había quedado prácticamente irreconocible.

Y su valor después, su temeridad, su desafío al propio equilibrio psíquico, disparando fotos y más fotos en el lugar del horroroso accidente.

—No. ¡Por favor, Dios mío! No quiero volver a…

Mientras hablaba para sí con comedido pero desgarrador patetismo, Bo Parton, aquella mujer de rostro pleno de exótica belleza agresiva, puede incluso que más exótica y agresiva ahora recién despertada, recién sobresaltada, seguía parpadeando veloz y nerviosamente.

Parpadeaba, sí.

Acentuándose por segundos la angustiosa tensión que la oprimía.

Que casi la hacía temblar.

Parpadeaba…

Buscando con pánico y avaricia al mismo tiempo la veracidad física de aquel *algo* que la había arrancado de su tranquilo sueño para proyectarla al éxtasis de la ansiedad.

Parpadeaba.

Buscando.

Algo…

Que estalló de pronto lo mismo que si frente a sus ojos hubieran estallado haciéndose añicos, fracciones, los cristales opacos que hasta el momento empañaban su mirada.

Y existió entonces la percepción.

Envuelta en una cenefa entre mística y trágica, irreal, algodonosa, como producto de una aberrante alucinación… *estalló la patética realidad.*

La realidad del sobresaltado despertar.

Porque sus ojos… que ahora no eran LOS OJOS PROFESIONALES DE BO PARTON, que sólo eran los ojos premonitorios de Bo Parton, veían… *veían entre nubes tupidas y enloquecedoras retazos de la realidad que se estaba desarrollando lejos de allí.*

VEÍA, sí.

Veía la figura de Faye Weaver metida en la cocina de su apartamento y envuelto su cuerpo sensual en una bata vaporosa y transparente.

Veía sus azules ojos dilatados, exhibiendo elocuentemente el mudo mensaje del horror.

Y veía frente a ella el cuerpo criminal de brazo alzado y tijeras en ristre cuyas puntas agudas, afiladas, sádicas y ejecutoras descendían en arco brutal buscando las pupilas desencajadas de Faye.

—¡NOOOOOOOOOOOO! —aulló.

Y tras el infrahumano aullido, Bo Parton brincó de la cama como una posesa y a oscuras, corriendo febril, tanteando las paredes de su propia casa para orientarse, puesto que todo sentido de la lógica y la coherencia habían desaparecido de su psique, tropezando con cuantos muebles surgían en las tinieblas frente a su enloquecido avance, llegó junto a la mesita ratona del *living* donde descansaba el teléfono.

—¡No… NOOOOOOOOO!

Sus manos torpes, cautivas de un nerviosismo que acrecentaba hasta cotas lejanas al raciocinio la tensión que vivificaba su cuerpo y todos los movimientos anárquicos y deshilvanados de aquél, sus manos… se encontraron con algo que las molestaba camino del auricular, tirándolo al suelo.

Cayó encima de sus desnudos pies obligándola a un quejido de dolor:

—¡Ay…!

Sus ojos bajaron a tierra para tropezarse con otros ojos, con *sus ojos*, muy abiertos, muy blancos, casi desesperados, que la contemplaban desde la portada del libro.

El libro escrito por Faye Weaver.

—¡Faye… FAYE, FAYE, DIOS MIO!

Alzó el auricular dispuesta a señalizar el número en el dial y entonces la percepción se hizo notablemente más intensa.

Más cercana.

Más horriblemente real.

Su índice, tembloroso, hacía girar el disco mientras su pensamiento era invadido a través de los grandes ojos negros por la escena que se desarrollaba sensiblemente lejos de aquella estancia.

No por lejos menos verídica.

Escuchó cómo el aparato repiqueteaba monótona, insistentemente en el apartamento de Faye Weaver…

Mientras sus pupilas veían, VEÍAN CLARAMENTE, la cara aterrorizada de Faye, sus pupilas azules dilatadas, más grandes y azuladas que nunca, gritando el terror ancestral que le producía la proximidad a ellas de dos agudas, hirientes, afiladísimas puntas de las tijeras que empuñaba con criminal resolución la mano de aquel cuerpo cuya identidad no acertaba a captar.

La campanilla del teléfono seguía batiendo, incansable, el silencio tenso del apartamento.

Pero Faye no podía acudir a contestar porque las puntas de las tijeras estaban ya rasgando el tejido de sus ojos…

La tensión en el cerebro de Bo Parton ante la impotencia que coartaba sus movimientos, excitada por el hecho de que sus poderes parapsíquicos le permitían ver lo que no era capaz de evitar, lo que no podía evitar porque su proximidad al entorno del hecho

sangriento, alucinante, era mental y no física… la tensión amenazó con romper las coordenadas lógicas en el cerebro de Bo, precipitándola por los restos al vértigo de la locura.

Gritó, gritó desesperadamente, cayendo después a tierra como fulminada, lejos de la consciencia terrena, arrastrando el teléfono en su caída… y quedando grabada en su psiquis una última percepción…

La llegada a los discos visuales de Faye Weaver de las puntas hirientes, irritantes, de las tijeras, tras el brutalmente horrible…

¡ZAAAAAAAAAAAAS!

… quedando presas, más que eso, impresas en ella, como formando un todo sangriento, bestial, diabólico, más producto de una locura irreal que de un hecho humano… ¿humano?

Inhumano.

Terreno.

Pero las percepciones de Bo Parton no habían llegado a captar el final de la dantesca escena.

¡ZAAAAAAAAAAAS!

Algo, sin embargo, había detenido en el aire el zarpazo diabólico de la tijera.

Un campanilleo que era musical, aunque ahora ninguna música por celestial que fuese podía atemperar el ánimo de Faye Weaver, crispada por el terror, enloquecida ante la crueldad demoníaca de que iba a ser víctima.

Tampoco nota musical alguna podía atemperar, humanizar, el exacerbado éxtasis criminal que vivificaba las acciones asesinas, que le excitaban en pos de la sangre, de aquel cuerpo ejecutor nacido de la sima de los horrores, de las tinieblas vesánicas.

¡RIIIIIIIIIIING! ¡RIIIIIIIIIIIING!

La tijera, no obstante, quedó durante fracciones de segundo suspendida en el vacío.

Y una contracción, una contrariedad, inmovilizó tenuemente la acción diabólica del cuerpo.

¡ZAAAAAAAAAAAAS!

Faye Weaver creyó que sus cuerdas vocales estallaban hechas pedazos y que los ojos le huían de las órbitas, alineados, exhaustos por el horror, antes de que las agudas puntas…

—¡¡AAAAAAAAAAAAAAAG!!

… llegaran a ellos.

Llegaron.

Entonces…

Ahora…

Hincándose con brutal sadismo hasta ensartarlos, haciendo brotar, escupir, chorros desesperados de pringue rojizo acuosa que estallaron en el mismo rostro del cuerpo asesino.

La mano ejecutora se fue atrás llevándose en las puntas de la tijera, ensartados, ambos globos oculares. Y volvieron adelante, hacia las órbitas, incrustándose con saña infernal, como si trataran de devolver adentro de aquéllas los discos azules que primero habían arrebatado.

—Tus ojos, Faye Weaver… ¡TUS OJOS SON TAN MALDITOS Y LÚBRICOS COMO LOS DE ELLA! Pero los tuyos, los tuyos, Faye Weaver… ¡NO VOLVERÁN A PECAR JAMÁS! ¡NO SEMBRARAN DE IMPUREZAS EL MUNDO DEL QUE HASTA HOY HABÍAS HECHO ESCARNIO! ¡LAVA EL CRIMEN COMETIDO CON TU PROPIA SANGRE… LA SANGRE DE TUS OJOS! ¡TOMA, TOMA…

La tijera proseguía enloquecida su monstruoso ir y venir en las pupilas, en el rostro ensangrentado, irreconocible de Faye Weaver.

Mientras los labios del cuerpo babeaban y rugían entre alucinados espasmos, en vivos raptos de irracional frenesí.

—… TOMA, TOMA. TOMAAAAAAA!

Hubieron de transcurrir varios minutos, eternos minutos, antes de que aquella bestia del averno, aquel ente enloquecido por la avaricia del sadismo, jadeando, se echara atrás dejando de martirizar con las puntas viscosas teñidas, empapadas de rojo, el cuerpo sin vida de Faye Weaver.

GRRRRRRRRR…

Y con la mano libre se limpió, torpe, la sangre que cubría su rostro fétido, asesino.

Restregándosela luego encima de la ropa para extender en ella las pinceladas del líquido de la vida que ahora, ahora, sólo hablaban de la horrible imagen de la muerte.

Babeaba, sí. Poniendo motas blancas, espumosas, en el entorno escarlata que le asfixiaba.

GRRRRRRRRR…

Tiró, violento, las tijeras debajo del fregadero y éstas

tintinearon, primero siniestramente, contra el cubo de la basura, bailando después una breve y trágica danza encima de las baldosas.

GRRRRRRRRRR…

El cuerpo, la bestia seguía babeando. Mientras sus ojos estrábicos, excitados, rebasando el diámetro de las órbitas, contemplaban en demoníaco arrobo el lienzo de sangre y horror que acababa de dibujar.

GRRRRRRRRRR…

PRIMERA PARTE

Tijeras

Capítulo primero

BO PARTON, derrumbada, hundida casi en aquel banco de madera del Precinto 12 de la Metropolitan Police, al que había acudido atendiendo la llamada del teniente de la Brigada de Homicidios Kirk Langella para ser interrogada sin duda acerca del horripilante asesinato de Faye Weaver, del que ella había sido incómodo e impotente *testigo*… Bo Parton, decíamos, allí en el banco de la comisaría, se notaba extraña consigo misma.

Empequeñecida.

Frustrada.

Y deprimida, todo hay que decirlo, porque el ambiente reinante dentro del lugar era para deprimir al más pintado.

Allí, un nutrido grupo de delincuentes de todas las raleas y estofas sociales, protestando la mayoría y haciendo apologías absurdas de su inocencia, gesticulaban entremezclándose con agentes uniformados o se encaraban virulentos con el oficial de paisano que les estaba interrogando, hasta que éste hacía prevalecer su condición y les metía en cintura.

Más de una adolescente detenida por presunto delito de prostitución, que a juzgar por sus indumentarias, poses barriobajeras, gestos y vocabulario no era tan presunto y sí muy efectivo, provocaban de continuo a los agentes con insinuaciones y promesas delirantes si las dejaban en libertad o llegaban al atrevimiento de ensayar abiertos gestos obscenos, en *avant-match* de lo que eran capaces de ofrecer si los representantes de la ley eran tolerantes con ellas.

—Cálmate, pequeña, cálmate. Pasará pronto —le dijo, intentando tranquilizarla su hombre de confianza, Stanley Ford, que era además el representante artístico y comercial de Bo, con aspavientos espectaculares que evidenciaban su condición de homosexual. Y añadió—: Harrison Kubrick no tardará en llegar,

¿sabes? Le he telefoneado desde una cabina cuando venía hacia aquí.

La mujer de impresionantes ojos negros miró con mezcla de asombro y escepticismo a Stanley.

—¿Por qué? —preguntó.

El representante artístico de la fotógrafo comercial más cotizada de San Francisco se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Oh, chica! ¿Por qué va a ser? Es tu abogado, tu representante legal, ¿no? Tienes derecho a que te asista, a que esté presente en…

—No me han hecho venir como presunta inculpada, Stanley. Se trata de responder a unas preguntas simplemente. Formulismos…

Stanley Ford hizo una de sus cinematográficas, por lo espectacular, cuquerías.

—¡Oh…! ¡De veras que no sé cómo eres, Bo! ¿Acaso ignoras de lo que son capaces esa gente, eh?

Justo en aquel instante por el pasillo que desde el vestíbulo de entrada alcanzaba las dependencias interiores del precinto apareció un hombre de mediana edad, más bien bajo y algo rechoncho, calvo, de aspecto circunspecto, vestido de riguroso negro y portando una cartera de mano del mismo color.

Al llegar junto a la pareja que aguardaba en el banco extendió la diestra hacia Bo, diciendo:

—No me ha sido posible venir antes. Cuando Stanley me ha telefoneado estaba atendiendo a un cliente.

—No te preocupes, Harrison. Y por mí puedes reintegrarte a tu trabajo. Éste —señalaba a su representante artístico—, se ha precipitado al llamarte.

—Yo no lo entiendo así —terció el letrado—. Faye ha sido asesinada, ¡horriblemente asesinada por lo que me ha explicado!, y tú debes quedar totalmente al margen. Estás nerviosa, afectada… lo noto, y tu estado de ánimo es el óptimo para que esos buitres se ensañen contigo buscando respuestas que obviamente no están en ti.

—¡Lo ves, lo ves! —clamó Stanley.

—Sigo pensando que todo este montaje no era necesario.

—Tú conoces tu trabajo y yo el mío, Bo —sentenció Harrison Kubrick.

Coincidiendo con las últimas palabras del abogado se abrió la

puerta ubicada frente al banco de madera, que lucía en su parte superior de cristal esmerilado y en letras negras el texto: KIRK LANGELLA. TENIENTE HOMICIDIOS, permitiendo la salida de una mujer alta, de sólida presencia física y apabullantes rotundidades, que se mantenían en alza pese a sus cuarenta y pico, la cual, al percatarse de la presencia de Bo, corrió inmediatamente a fundirse con ella en un abrazo.

—¡Bo!

—¡Susannah!

Se consolaron mutuamente a causa de la tragedia que les había reunido allí.

—¡Pobre Faye! —exclamó la que acababa de salir del despacho del teniente.

—¡No me hago a la idea, Susannah! —Sollozó la exótica y atractiva Bo Parton—. ¡Ha sido terrible!

—Has de ser fuerte, Bo. Tienes que superarlo. Y sé que erais muy buenas amigas, pero…

Susannah Müller, con sus cuarenta y tantos muy bien llevados y sus sólidos y agresivos pechos en primera línea, ligeramente atrevidos por encima del escote apuntando la canal umbría, apetecible aún, que los distanciaba, rebosaba a la vez humana cordialidad. Sus facciones correctas aunque un tanto grandes quizá pregonaban la bondad de sus sentimientos. Aunque no por eso dejaba ella de ser una mujer decidida y luchadora, como así lo atestiguaba y refrendaba su condición de copropietaria y gerente a la vez de la agencia publicitaria Public Pictures y Co., razón social que tenía contratados en exclusiva los servicios de la fotógrafo de moda Bo Parton.

—Estoy hundida, Susannah.

—¡Eso nunca, pequeña! —exclamó la gerente de la agencia—. ¡Ni hablar! La fortaleza de espíritu hay que demostrarla precisamente cuando se producen contrariedades que pretenden doblegar nuestro ánimo. No puedes abatirte, Bo. No puedes ni debes, ¿eh? Recuerda que pasado mañana se inaugura tu exposición fotográfica y eso tiene que ser un éxito.

Un sollozo estuvo presente y sonoro en la garganta de Bo.

—¿Crees que puedo olvidar que ese mismo día era el de la presentación del libro que Faye había escrito sobre mí? ¡Es, es…!

Un agente uniformado se dibujó en el dintel de la puerta por la que había salido Susannah, preguntando:

—¿Quién es la señorita Parton?

—Yo.

—Tenga la bondad de pasar, señorita. El teniente la espera.

Bo, tras besar la mejilla de la exhaustiva Susannah, se encaminó hacia el despacho. Su abogado la interrumpió uniéndose a ella y pugnando por cruzar primero el dintel.

—He dicho que no es necesario que estés presente, Harrison.

—Yo soy tu abogado y sé lo que debo o no debo… —protestó él.

—He dicho que no, Harrison —se mantuvo ella firme en su postura. Añadiendo—: Por favor…

El letrado, encogiéndose de hombros con evidente mal humor y fastidio, dijo:

—¡Allá tú, Bo! Sólo trataba de cumplir con mi obligación.

Stanley Ford, el representante artístico y comercial de la Parton, retorciéndose casi encima del banco de madera, se desesperaba:

—¡Oh, qué mujer tan dominante y absurda! ¡Eres… eres, yo qué sé cómo eres! ¡Terca… eso, terca! ¡Qué horror! ¡Por nada del mundo me casaría con una mujer tan terca!

—¿Desde cuándo te ha pasado a ti por la cabeza casarte con una mujer, terca o dócil, Stanley? —ironizó con elocuente ademán la copropietaria de Public Pictures y Co.

—¡Bah! —La rechazó él—. ¡Siempre haciéndote la graciosa! En vez de darle tanto a la podrida lengua, preocúpate de no engordar como una ballena. ¡Oh…!

—Señorita, por favor insistió el hombre de uniforme.

—Ahora mismo, agente —le sonrió Bo Parton—. Perdone.

Entró en el despacho y quien la había llamado cerró la puerta tras de ella.

Allí dentro el orden brillaba por su ausencia.

En los ángulos del fondo habían dos enormes ficheros metálicos, uno de los cuales se caía de viejo evidenciando herrumbrosas señales de caducidad, con cajones entreabiertos o medio cerrados, expedientes asomando por encima de los otros, de los que estaban convenientemente alineados; papeles a modo de punto metidos entre carpeta y carpeta… Por delante de ellos estaba la mesa de madera, desvencijada y carcomida, atiborrada de papeles, notas,

agendas, expedientes, tarjetas, etc., tras la que se hallaba sentado un hombre joven y atlético, con revólver reglamentario al cinto, en mangas de camisa con el cuello desabrochado y el nudo de la corbata flojo, que se puso en pie al contemplar la extraordinaria figura de Bo, diciendo:

—Gracias por haber venido, señorita Parton. Soy el teniente Langella. ¡Ah, le ruego perdone el desorden! Ya sabe cómo las gastamos los hombres al vivir en comunidad. Le garantizo que la ley funciona mucho mejor que esto. ¿Quiere sentarse, por favor?

Bo le miró con simpatía. Era un tipo el teniente Langella que caía bien, agradable a las primeras de cambio.

Lo hizo al otro lado de la mesa en una silla que no inspiraba demasiadas garantías, murmurando:

—Gracias, teniente.

—¡Por favor, señorita! ¿Le importaría llamarme Kirk a secas?

—Si usted me llama Bo…

—Hecho.

—¿Por qué me ha llamado, Kirk?

Langella, en gesto mecánico, se mesó sus castaños aladares.

—Se ha cometido un cruel asesinato en la persona de una amiga de usted, que además acababa de escribir un libro muy interesante sobre la trayectoria y éxitos profesionales de usted, ¿no? —Vio asentir a la muchacha y prosiguió—: *Los ojos profesionales de Bo Parton* creo que se llama, ¿verdad? —Captó el nuevo cabezazo de asentimiento de ella, continuando—: Ya sé que eso no significa que tenga forzosamente que interrogarla con relación a ese terrible crimen que usted es la primera en lamentar, pero… La policía, a veces, actuamos de manera extraña. Yo sólo pretendo de usted, Bo, que colabore.

—Entiendo, Kirk. Haré lo que pueda.

—Bo…

Kirk Langella hizo una prolongada pausa después de pronunciar el nombre de pila de la fotógrafo comercial.

Para caer en un estudio largo y admirativo, abierto, cordial, hasta gratificante, del entorno físico, excitante diríase, de aquella mujer de singular personalidad.

Captó Kirk la furia hipnótica de aquellos maravillosos discos negros, de las impresionantes, vivísimas y móviles pupilas

azabache, que daban luz y color al rostro exótico, agresivamente dibujado, de Bo Parton. Había el rescoldo de un hechizo sensual en todas y cada una de sus facciones que se hacía, quizá, más patente y evidente, más definido, en la agrietada y jugosa carnosidad de sus labios gruesos y arqueados, en aquella boca eufórica y lujuriosa, sangrante, que recordaba la de aquellas mujeres de Hawái o Tahití. El recorte respingón que la nariz trazaba por encima de tan sugerentes y exquisitos labios era un prodigio de picardía, que exacerbaba el toque exótico que presidía el conjunto facial de Bo Parton.

Estaban evidentes, recortados felinamente dentro del jersey estilo chándal con franjas y listas rojas sobre el blanco que arrancaban del cuello y bajaban por encima de los hombros y luego por los brazos hasta el puño de las mangas… estaban evidentes, pletóricos, lujuriantes y explosivos sus pechos rígidos plenos de vitalidad y ardor. La tela se ajustaba a la contundencia de sus formas hasta fruncirse en una cintura avispada, donde se ceñían unos vaqueros azules que, pese a estar ella sentada, ofrecían los inicios del recorte de unos muslos prietos y exquisitamente dibujados.

Langella estaba cautivo, como sorprendido frente a la prodigalidad de los encantos de la mujer y por eso repitió en suave bisbiseo:

—Bo…

—¿Si, Kirk?

—¡Oh, perdón! —Se llevó una mano a la sien—. ¡En qué estaría yo…! Bueno, la verdad, estaba pensando en que eres muy hermosa —la tuteó por primera vez—. ¿Te importa que yo… eh?

—No —le sonrió ella, cautivadora, atraída también por la franqueza y saber estar del policía—. Al contrario. Me halagas. ¿Puedo tutearte?

—¡Por supuesto, claro! Bo…

—¿Sí?

—¿Sabes de alguien que pudiera tener interés en asesinar a Faye Weaver?

Negó contundente, con un movimiento de cabeza.

—No… ¡No! Y menos de esa manera tan horrible que dicen que lo ha hecho el asesino.

—¿El… él? —Insistió el policía con marcada entonación—. ¿Piensas que forzosamente ha sido un hombre?

Bo se mordió el labio inferior.

—Bueno… parece que cuando se pronuncia la palabra «asesino» se hace pensando en artículo neutro o masculino. Parece ser que de una forma instintiva, al menos en principio, eludimos la posibilidad de un artículo femenino. Me he dejado llevar por esa corriente habitual. Pero no estoy en condiciones de afirmar o desmentir que sea *él* o *la*. Claro que… Bo Parton, ganada, conquistada por el talante extrovertido del policía, un tanto cautiva de su *savor faire* y sus cordiales maneras, estuvo a punto, tentada, de caer en un rapto de espontánea sinceridad y hablarle de sus percepciones, de la angustia, de la terrible tensión de que había sido víctima mientras asistía, lejana e impotente, a la horrible vivencia del crimen.

Pero enmudeció.

—¿Claro qué… *qué*? —insistió el teniente Langella.

—Bueno, quería decir que en principio, y no sé exactamente por qué razón, frente a todo crimen y especialmente ante uno de las características crueles y sádicas que parece ser rodean al de Faye, todos… todos nos inclinamos a descartar la intervención de una mano femenina, ¿no?

—Puede que sea así… sí —admitió el policía. Preguntando de repente—: ¿Por qué decidió Faye escribir un libro sobre ti?

Bo miró rectamente a los ojos castaño-oscuros de Langella.

—Verás… Yo fui la primera en hacerme esa pregunta y creo que sigo haciéndomela. ¿Por qué, Bo Parton? Supongo que por amistad y cariño hacia mí. No se me ocurre otra respuesta.

—¿Se lo preguntaste a Faye?

—Sí.

—¿Y?

—Dijo que yo era un buen reclamo para vender ejemplares. Que estaba en un momento dulce, que mi nombre estaba presente cuando se hablaba de fotografía. Que le parecía interesante que la gente conociera con mayor profundidad mi trayectoria profesional, las dificultades del principio, incluso algunas notas sobre mi carácter y personalidad…

—¿Te convenció la respuesta?

Bo forzó una difícil sonrisa. Y repuso:

—No. La verdad, no. Faye, hasta entonces, se había dedicado a la novela. Especialmente a la narrativa. Escribir un libro sobre mí con talante de reportaje era como romper moldes, como desvirtuar incluso su devenir literario.

—¿Estaba ella de acuerdo con tus… digamos maneras profesionales? —preguntó con interés e intención, avanzando incluso su tórax poderoso hacia el filo de la mesa Kirk Langella.

—No te entiendo.

—Crímenes… crímenes sexuales en su mayoría. Eso encierra la mayor parte de tu obra, ¿no?

Bo Parton ahora se puso en guardia.

—¿Adónde pretendes llegar, Kirk Langella?

El teniente puso encima de la mesa, extrayéndolo del cajón central de la misma, un ejemplar del libro que Faye había escrito sobre la profesionalidad de la fotógrafo.

Un ejemplar significativo, sí. Un ejemplar que mostraba destrozado el papel de la cubierta, de la sobrecubierta mejor dicho, justo a la altura donde la fotografía reproducía en negativo los profesionales ojos… los personalismos *ojos* de Bo Parton.

—A esto —dijo resuelto el policía, señalando los destrozados ojos de papel. Puntualizando—: A la condición psíquica del criminal.

Bo, tragando saliva con nerviosismo, musitó:

—No entiendo…

—¡Tú eres una mujer inteligente, Bo Parton —la cortó, duro ahora, casi agresivo, medio incorporándose en su silla el teniente—, y lo entiendes perfectamente!

—¿Es a mí a quien suponía destrozar el criminal?

—Eso creo —suspiró Langella.

—Entonces —arqueó sus bien cuidadas cejas la extraordinaria mujer—, ¿por qué no ha venido directamente a mí?

—He dicho algo de su condición psíquica, ¿verdad? He hablado del contexto de tu obra fotográfica circunscrita en su mayor parte a la criminalidad sexual o erótica, ¿cierto?

—Sí. ¡Pero también tengo en mis trabajos un contenido publicitario de otra índole! ¡Qué sé yo! Ropa interior de mujer, electrodomésticos, joyería…

—Pero luces en el diseño del crimen sexual. ¿No es sobre eso la

exposición que vas a inaugurar pasado mañana?

—¡Sí, sí! Por favor, ¿quieres ser más concreto?

Kirk salió de la mesa para acariciar con esmero, suavidad y respeto los hombros de Bo.

—Perdona, pequeña. Era necesario en principio que lo planteara así. Eso facilitará que lo veas claro. ¿Me disculpas?

Ella, instintivamente, acarició una de las manos que el policía tenía puesta en sus hombros.

—Por supuesto —sollozó con nerviosa amargura. Añadiendo—: Debes entender que estoy muy afectada, traumatizada diría, por lo sucedido con Faye.

Kirk Langella regresó tras su mesa, asintiendo:

—Comprendo que así sea, Bo. Y entiendo perfectamente cuál es tu estado de ánimo. Pero yo tengo la obligación de realizar mi trabajo, de meter entre rejas a ese psicópata antes de que… Bueno, tú me entiendes también, ¿verdad? —La vio asentir entre nuevos y tímidos sollozos, continuando—: Hemos tratado de reconstruir en el mismo escenario de la tragedia los pasos del asesino, y de ello se desprende que cuando se introdujo subrepticiamente en el apartamento de Faye Weaver, y mientras se orientaba hacia el dormitorio, cruzó el despacho o estancia que Faye empleaba para trabajar, y vio, con la ayuda de una linterna por supuesto, que sobre una mesa de madera sostenida por caballetes había un ejemplar de la obra que precisamente acabo de mostrarte. Cogiendo las mismas tijeras que luego utilizaría en su carnicera aberración criminal acribilló tus ojos, los ojos que parecían desafiarle desde la portada del libro. ¿Por qué? Si él había ido allí a asesinar a Faye Weaver por las razones que fuesen, ¿a qué venía ensañarse con tus ojos, con tus pupilas de papel?

—Tienes la respuesta supongo, ¿verdad?

—La ha tenido nuestro gabinete de psicología, Bo. Aunque yo, en principio, había imaginado algo parecido. Verás, pequeña…

Ante la duda de Langella, Bo le instó:

—¡Adelante, Kirk! Estoy preparada para lo que sea. De veras.

—No pretendo asustarte —dijo él, mirándola con cariño y admiración al mismo tiempo—, pero pienso que es necesario que sepas la verdad por inquietante que ella resulte. El asesino de Faye Weaver a quien odia realmente, a quien desprecia, por quien está

criminalmente obsesionado… *es por ti.* De ahí que acribillara los ojos de papel.

—Pero… ¿por qué? ¿Qué le he hecho yo a alguien que ni siquiera conozco?

—¿Cómo sabes que no lo conoces?

—Bueno…

—Es muy probable que lo conozcas, que esté a diario… *muy cerca de ti.*

—¡Por favor, Kirk! —gritó Bo, suplicante.

—Bo, Bo… Te he dicho que es necesario que seas consciente del peligro que vas a correr de ahora en adelante. ¿Por qué supones que te he llamado? No pensarías que iba a interrogarte como presunta culpable, ¿eh?

—No…

—Bien, pequeña. Sigamos. Por razones ocultas que de momento se nos escapan, al asesino, le exacerba tu devenir profesional. Un sentimiento de odio y rencor se despierta dentro de su ser a consecuencia de ese contexto erótico-criminal que subraya y encabeza la mayor parte de tu obra. Ello, por lo que sea, resucita una vivencia trágica oculta en su subconsciente… Según nuestros psicólogos, puede existir en el cerebro de ese ser una dualidad psíquica, un protagonista aparentemente normal con el que circula por la vida, y otro de talante esquizofrénico que se apodera del primero en determinados momentos y circunstancias, abocándole a la epopeya sangrienta de la que nos ha dado una primera muestra con el asesinato de Faye Weaver.

Bo Parton, excitada, crispada, se llevó ambas manos a las sienes apretándolas con fuerza. Quizá con impotencia… con la misma impotencia y tensión que había vivido, que la había angustiado y traumatizado, al percibir la vivencia real de un crimen que no fuera capaz de abortar.

—¡Dios mío…! ¡Dios mío! ¿Por qué ha de sucederme esto a mí? —Estuvo tentada, por segunda vez, de explicarle al teniente la percepción asfixiante que había tenido con respecto al horrible quehacer del loco asesino, del psicópata criminal. Y de repente preguntó—: ¿Por qué no ha venido a ensañarse directamente conmigo? ¿Por qué? ¿No han hallado respuesta a esa pregunta tus psicólogos?

Kirk dejó una pausa de silencio en el aire como esperando que Bo se hiciera dueña de sus emociones. Que las dominara.

Después:

—Sí… sí, pequeña. Tienen la respuesta. Y no sólo en función de sus conocimientos psiquiátricos, psicológicos y sociológicos, sino por el hecho concreto de que hay precedentes similares en nuestros archivos. Tú eres la brújula del criminal sadismo de ese individuo, que trata de dañarte en una especie de autocomplacencia morbosa. Pretende asesinarte poco a poco, sumirte en la angustia que sabe te proporcionará el hecho de que mueran de manera horrible y sangrienta personas de tu entorno que gozan de tu amistad y cariño. Pretende al mismo tiempo que adquieras consciencia de una culpabilidad moral que se convierta en tensión psíquica, en una tensión que puede derivar en el suicidio o en la locura. Te deja para el final de su dantesca escenografía deliberadamente, seguro de que va a causarte un mal mucho mayor del que te causaría si, como tú dices, se decidiera directamente por tu ejecución.

—¡Es horrible! —volvió a sollozar—. ¡Monstruoso!

—Sí, lo es. Pero tenías que saberlo, Bo. Para que estés prevenida, en constante alerta. Para que sepas que hay alguien que por razones ocultas siente una profunda aversión hacia ti, un odio visceral, motivado posiblemente por el contexto de tu trayectoria profesional. He pensado que, de una forma muy discreta pero efectiva a la vez, debo asignar un par de hombres que día y noche estén pendientes de tu seguridad personal…

—¡Oh, no! ¡No, por favor! Eso, Kirk, contribuiría a que me sintiera más excitada —se retorcía los dedos de una mano dentro de los de la otra al tiempo que se removía, inquieta, en el fondo del asiento—. Más nerviosa. Te ruego que lo olvides, y te agradezco a la vez que hayas pensado en mi seguridad. Ahora no, te lo suplico.

Lanzó el teniente un suspiro de contrariedad, admitiendo no obstante:

—Está bien, Bo. Como desees. Por esta primera y última vez voy a respetar tus digamos derechos democráticos y constitucionales, mas si algo sucede próximamente que bajo el criterio y punto de vista policial aconseje una escolta de seguridad acerca de ti, dispondré al respecto sin previa consulta. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Otra cosa, Bo.

—¿Dime?

—Quiero que me hables, aunque sea a grandes rasgos, de la gente que habitualmente se desenvuelve cerca de ti.

Hubo una luz de protesta en las pupilas personalísimas, vivas, de la fotógrafo.

Exclamando:

—¡No pensarás que…!

—Mi obligación de policía, aunque te parezca *anti* muchas cosas —la interrumpió él, presto y resuelto—, es la de pensar mal, muy mal mientras no se demuestre lo contrario, de todas aquellas personas que pululan en tu entorno cotidiano. ¡Ya, ya lo sé! La obligación de la ley es demostrar la culpabilidad partiendo siempre de una presunción de inocencia. La experiencia adquirida nos demuestra con hechos reales, fehacientes, Bo, que no siempre puede darse por bueno el hecho de la inocencia inicial. ¿Quieres hablarme de esas personas?

—Susannah Müller ha salido de aquí cuando yo llegaba…

—Ha sido una conversación rutinaria. La Müller tiene que ver administrativa y literalmente con la firma que como sabes ha editado la obra de Faye sobre tus aptitudes profesionales. Además, como se daba la circunstancia de que también existía amistad entre la escritora y Susannah, siendo esta última la inspiradora de la idea de tu próxima exposición en el transcurso de la cual debía ser presentado el libro…

—¡Kirk, Kirk! —Cortó la fotógrafo con un ademán contundente, con un primer plano de nerviosismo—. ¡Por favor! Vas demasiado lejos en tus… ¡Oh, no, no, te lo ruego! Susannah es una gran mujer. Susannah es una persona por la que yo pondría…

—Creía que acabábamos de dejar muy clarificado este punto, Bo.

Pareció ella hundirse en el fondo del asiento muy cansada, terriblemente abatida.

—Sí… —murmuró, en apenas un susurro.

—¿Quiénes más, Bo?

—¡Kirk, Kirk! ¿De veras es necesario?

—Por favor…

—Está mi representante artístico y comercial, Stanley Ford.

Lleva cinco años conmigo, en el transcurso de los cuales me ha demostrado su fidelidad y su buen hacer profesional. Estoy encantada con él y le tengo por una persona extraordinaria, incapaz de hacer…

—¿Me dejarás que sea yo quien decida, averiguaciones y pesquisas en mano, la condición moral de tus amigos y conocidos?

—¡Eres tenaz hasta la consunción! ¿Eh?

—Llámale, si quieres, deformación profesional. ¿Nunca te ha hablado el amigo Ford de íntimas inquietudes sentimentales?

Bo, ahora, soltó una sonora y musical carcajada que sorprendió al teniente Langella.

—¿He dicho algo malo, Bo?

—Stanley es homosexual.

—¡Ah…! Tengo entendido que tu representante legal es Harrison Kubrick. De ése sí que puedo responder yo. Un leguleyo pesado pero honesto a carta cabal.

—Sí que has averiguado cosas sobre mí —apuntó la hermosísima fémina.

El comentario, esta vez, no pareció caerle excesivamente bien al policía, quien aportó con cierta reticencia:

—De no interesarme por tu seguridad personal no habría averiguado tantas cosas, desde luego.

—Perdona, Kirk. He sido ingrata e injusta contigo. Quizá porque no estoy acostumbrada a que se ocupen de mí desde una perspectiva que considero ajena. Policía, sí, pero también desconocido. Tu interés es loable, aunque yo lo he estado ignorando.

—Quizá se debe a que yo te conocía por autorretratos, por fotos en las revistas… y entonces mi interés por ti no es tan ajeno, tan emotivo y digno de agradecer. Puede que me hubiera enamorado de un rostro impreso en papel y a la primera oportunidad que he tenido, ¡ojalá hubiese sido otra clase de oportunidad!, estoy procurando demostrarte mis sentimientos.

—No me pareces el hombre que se enamora de una cara de papel.

—Tu cara, incluso en papel, es una auténtica maravilla. ¿Porque sea policía no tengo derecho a enamorarme de un retrato? Sobre todo si el retrato reproduce una belleza como tú…

—Acabarás sonrojándome, Kirk. Ya me siento arder las mejillas. —Y reanudando el hilo de la conversación que mantenían con anterioridad al inciso romántico del policía, añadió—: Luego está Dustin Weld, mi chófer. Un pobre muchacho lleno al parecer de traumas y frustraciones, pero que cumple a la perfección su…

—¿De dónde salió?

—Stanley se encargó de contratarle.

—¡Ah, ya…!

—No pienses mal, Kirk. Dustin se pirra por las mujeres. Sé cómo me mira, aunque procura ser respetuoso, y veo cómo sigue las evoluciones de las chicas cuando hago las fotos. También se mueve en mi entorno Chuck Bridges, coreógrafo, diseñador y figurinista, del que se rumorea ha tenido sus más y sus menos con Stanley.

—¿De la cáscara amarga también?

—Dicen… Está Michael York con el que últimamente tengo mucha relación. Michael es ejecutivo de la empresa que hace un par de meses nos contrató para rodar varios cuadros fotográficos anunciando diversidad de productos, aunque con preferencia ropa interior femenina. Verás —Bo, como tímida, se detuvo—, no sé si debo…

—Debes, por favor.

—Michael, respetuosamente eso sí, no deja de acosarme desde casi el primer día. Me ha declarado su amor de mil maneras diferentes y con mil expresiones distintas. Me está jurando con reiteración que está dispuesto a divorciarse y a poner su fortuna y todo cuanto tiene a mis pies si yo…

—Dile que lo olvide, que te olvide —sonrió, simpático y agresivo a un tiempo el policía, añadiendo—: dile que Kirk Langella ha entrado con fuerza en tu vida dispuesto a llevarte ante un juez… para que nos ate y amarre de por vida. ¿Verdad que a mí me darás ese «sí»?

—¡Oh, Kirk! Eres terrible… Y lo bueno del caso es que me agrada oírte hablar así. Me complace que me halagues, que me hayas dicho lo de mi retrato… ¡Oh, Dios! ¿Qué me está ocurriendo? Me siento confusa… Faye cruelmente asesinada y yo, yo… ¡Pero es que tengo la sensación de que hace mucho tiempo que te conozco, Kirk!

—No sabes cuánto celebro haberte caído bien, Bo. Debo tener

mucho de ganado en la consecución de ese «sí», ¿no? Perdona, Bo, creo que me estoy comportando como un auténtico estúpido.

Ella le sonrió abiertamente al tiempo que exclamaba:

—¡No digas eso Kirk, por favor!

—¿Divorciada, verdad? —inquirió él de súbito.

Bo Parton se puso ahora muy seria.

—Sí. ¿Por?

—Una pregunta más. ¿Cómo se llama él?

—Procuro olvidarme de su nombre y creo casi haberlo conseguido, pero… Peter Andress. Le gusta vivir bien y no pegar golpe. Piensa que su apostura masculina es el camino. Estaba muy enamorada de él, ¿por qué negarlo?

—¿Has dejado de estarlo, Bo?

—Sí. Seguro que sí —se puso en pie—. ¿Puedo marcharme, Kirk?

Él se alzó a la vez de su silla.

—La verdad es que me estaba devanando los sesos a ver si se me ocurría algo que justificara con cierta lógica el seguir reteniéndote aquí, pero… ¿te importa que asista a la inauguración de tu exposición fotográfica?

—Será un placer contarte entre los asistentes. Serás uno de muy especial. Te esperaré, Kirk.

—No obstante, si ocurriera algo antes que nos llevase a la detención del asesino de Faye, te informaría inmediatamente. ¡Ah…!, repito que no quiero asustarte, pero cuídate, ¿eh?

—Lo haré. No te preocupes por mí, policía.

Kirk la acompañó hasta la puerta.

Bo se despidió efusivamente del hombre sintiendo en aquel momento, con mayor profundidad que hasta entonces, un fuerte remordimiento de conciencia. El que se gestaba en su falta de sinceridad, en su conducta reservada y precautoria, al no informar a Kirk Langella de la percepción vivida con respecto al cruel asesinato de Faye Weaver y la tensión psíquica a que ello y la impotencia le habían sometido.

¿Le habría creído él? Eso se preguntaba mientras mirándole a los ojos le decía:

—Hasta pasado mañana, Kirk.

—Adiós, bonita.

Era un tipo agradable, atractivo, el teniente Langella. A Bo le había caído muy bien. ¿No habría estropeado aquel mutuo sentimiento de simpatía, aquella corriente de afinidad que parecía haber existido desde buen principio entre ella y Kirk… de haberle contado aquella extraña realidad?

Le quedaba la duda, sí.

—¡Oh, chica! —Exclamó Stanley Ford, acercándose con algunas debilidades contorsionistas—. ¡Vaya conferencia de prensa que te ha dado ese tío! ¡Debes tener la cabeza loca!, ¿verdad? ¡Huy! ¡Me pensaba que no salías nunca de ese agujero! ¡Oh…!

—Loca me voy a poner si tú no cierras un poco la «radio», Stanley.

—¡Oh… desagradecida encima! Fuera nos aguarda Dustin. Le he llamado mientras tú estabas de palique con el poli. ¡Válgame Dios! Una hora casi, hablando. ¿Hablando, Bo?

—¿Quieres dejar a un lado tus impertinencias, Stanley Ford?

—Sólo trataba de cuidar de ti, pequeña.

—Lo sé. Lo sé, Stanley. Pero ya soy todo una mujercita muy capaz de cuidar de mí.

—¿Tú crees?

—No te he oído, Stanley.

Salían en aquel momento del Precinto 12 de la ciudad de San Francisco.

Capítulo II

EL hombre estaba recostado; más que eso, indolentemente retrepado, abúlico y apático todo él, en el sofá que formaba parte del tresillo rojo plateado de la amplia y confortable sala de estar.

Colgaba por fuera del mueble el brazo izquierdo del tipo, sosteniendo con toda la perezosa indiferencia de que él era capaz un vaso tallado medio lleno de *whisky*.

Echó la cabeza hacia adelante y el brazo con vaso hacia arriba, como si ambos gestos le costaran un notable esfuerzo, para paladear un nuevo trago del ambarino líquido.

Justo entonces hizo la mujer acto de presencia en la estancia.

—¿Dónde has estado, Susannah?

Galoparon un tanto desbocados los ampulosos y hambrientos pechos de la hembra al sentir en las inmediaciones el sabor masculino, despertando en ella, estaba claro, furor de posesión y entrega, necesidad de darse y ser recibida.

Descansó sus glúteos en el canto del sofá procurando que su carne cálida entrase en contacto con la entrepierna del hombre, quien, intencionado y hasta cruel, avivó aquel roce adelantándose hacia la hembra.

—En comisaría. Has leído la nota que te he dejado, ¿no?

Echó un último trago a la garganta.

—¿Me sirves otro *whisky*, prenda? —inquirió con displicencia, como distante y superior, paseando el vaso frente a los ojos de Susannah Müller. Preguntando casi insultante—: ¿De qué te acusaban, querida?

Un estremecimiento hizo vibrar el cuerpo aún lozano, apetecible, de aquella mujer físicamente arrolladora.

—¡Peter! ¿Es que ni un asesinato puedes tomarte en serio?

—¿Me pones ese *whisky*, preciosa? —insistió—. ¿Decías…? ¡Ah, sí, claro que soy capaz! Sólo trataba de desdramatizar la cuestión.

Horrible, sí… Esa pobre escritora destrozada a tijeretazos. ¡Qué brutalidad!

Susannah, alejándose hacia el mueble-bar para servirle el *whisky*, comentó:

—¿Quién te ha dicho que ha sido con unas tijeras? Él largó un suspiro elocuente.

—¡Lo dicen todos los periódicos, prenda!

Ella, regresando con el vaso por arriba de la mitad, musitó:

—Sí que has madrugado hoy. ¿Salir tú antes de media tarde por los periódicos? ¡Toda una odisea!

Recogió el vaso apurando la mitad del contenido de un solo trago.

—¿Qué me estás recriminando, Susannah Müller? ¿Hace falta que te recuerde que llevo quince días casi oculto en tu casa, encerrado como una flor de invernadero, porque tú me lo suplicaste cuando nos encontramos en Nueva York? Me puedo marchar cuando lo desees…

—¡No! ¡Ni lo digas, Peter! Siempre… —Se mordió los labios nerviosamente— he estado locamente enamorada de ti. Antes, cuando eras el marido de Bo y nos reuníamos en algunas fiestas, me consumía, me atormentaba, pensando que aquella noche ella tendría la felicidad de estar contigo en la cama, que se adueñaría de tu cuerpo desnudo, que la poseerías… ¡Oh! ¡Me turbaba hasta casi sentir dolor! Luego, cuando os divorciasteis, no tuve valor para venir a ti y decirte la verdad. Bo es una de mis mejores amigas y se me antojaba que comprar tu amor, tu cuerpo, era como traicionarla a ella. Después tú desapareciste y en el fondo comencé a sentirme mejor. Casi te había olvidado cuando llegó mi impensado viaje a Nueva York… ¡con lo grande que es la ciudad de los rascacielos y fuimos a coincidir en el mismo hotel!

—Debía estar escrito. El destino que dicen algunos… ¿No crees tú en el destino, Susannah?

—Lo que sí creo a pies juntillas es que soy una pobre infeliz… —Había tono de censura en las palabras, autorrecriminación por lo que en el fondo le parecía absurdo de su actitud en aquellas circunstancias, pero que de otra parte no era capaz de evitar, de enmendar tan siquiera—. Una desgraciada que suplica amor y caricias, que compra pasión y placer.

—¿Eres masoquista?

—Pienso que sí.

—¡Tonta! Sabes que en el fondo siempre había sentido algo por ti. Llevo dos semanas demostrándotelo, ¿no? —Comenzó, despacio, con autoridad, a deslizar los dedos de una mano sobre el muslo izquierdo de Susannah presionando en un punto determinado—. ¿Me deseas, Susannah?

—Para desgracia mía, sí.

—Dame un beso…

Ladeó la cabeza, inclinándola, para unir sus labios con los del hombre quien se apoderó de ellos cosquilleándolos con la lengua, excitándola, para después mordisquearlos suavemente acabando por devorarlos, por sorber el aire y hálito de ella, por juguetear en el paladar femenino contagiándole su calor, su vitalidad sexual.

Susannah comenzaba a sentirse vencida, desbordada, cuando aún tuvo valor y fuerzas para truncar la caricia, diciendo:

—Me he encontrado con Bo en el Precinto…

—¡Diablos! ¿Es que tienes psicosis de Bo?

—Pienso que en el fondo aún la quieres, Peter Andress.

—Me conoces muy poco, Susannah Müller.

—Quizá más de lo que te conoces tú mismo —sentenció ella. Añadiendo—: No te importa vivir de cualquier mujer, sea cual fuere su condición de moral, más en lo tocante a amar sólo la has querido a ella… ¿O vas a negarlo?

—La amé y punto —acabó con el *whisky*. Añadiendo—: Es un capítulo de mi pasado que no tengo interés en resucitar… aunque parece que tú sí. ¿No será porque además de psicosis, tienes lo que podríamos denominar… *complejo Bo*?

Susannah se puso en pie dando cortos paseos por la estancia.

—¡No seas ridículo! —Exclamó al final, agregando—: Soy una hembra que aún despierta muchas apetencias y proposiciones.

Él, un tipo alto, de envergadura atlética y arrolladora, cabellos negros y ondulados, facciones correctas que transpiraban y respiraban una personal belleza masculina, un *sui géneris* de *gigoló* que decía los italianos y de *maquerau* que decían los franceses, alzó ligeramente la testa para mirar a Susannah con provocador desafío, inquiriendo:

—¿A qué esperas?

—A curarme del síndrome Peter Andress. Ya sabes que tengo la pena de estar colada por ti.

—Olvídame.

—Sabes que no puedo y de eso te estás valiendo.

—Tú me trajiste aquí, ¿lo olvidas? —Le machacó con cierto desprecio.

—¡Por favor, por favor…! —Seguía ella con sus breves paseos en círculo frente al hombre. Dijo, de pronto, como hablando consigo misma—: No es complejo, ni trauma, ni psicosis… es algo parecido a un sentimiento de culpabilidad. Tengo la sensación de haber robado algo, de habérselo robado a ella más concretamente. Este mediodía cuando la he visto en el Precinto, ese sentimiento se ha hecho más latente. ¡No sé! Me parecía que cuanto hablaba con Bo era irreal, ficción…

—No soy nada de Bo Parton, Susannah. Soy un hombre completamente libre que puede amar a la mujer que quiera.

Ella se plantó ante el sofá. Inclinándose para que sus ojos quedasen frente a los de Peter Andress, inquirió resuelta:

—¿Qué es lo que en verdad sientes por mí? ¿Pena? ¿Asco? ¿O sientes muy dentro el color de mi dinero?

Se puso el hombre de pie con un brinco. Haciendo acopio de una dignidad que no le pertenecía, exclamó:

—¡Me estás insultando, Susannah! Y eso no se lo consiento a nadie. Ni a ti. Me marcharé esta misma tarde.

—¡No… eso no, Peter! ¡Te ruego que me perdones!

Perdida al máximo su dignidad y sin importarle que así fuera y sucediera, Susannah Müller acabó arrodillándose ante el hombre, abrazándose a sus piernas, suplicándole perdón.

—¡Por favor, Peter! No me hagas caso. ¡Pienso que a veces estoy loca! De tanto que te amo me causa un profundo placer intentar hacerte daño. Es una estupidez, lo sé. Te juro que no volverá a suceder. ¡Créeme, Peter! ¡Te necesito tanto…!

Se inclinó Peter Andress para ayudarla a levantarse.

—No quiero que vuelvas a arrodillarte, Susannah —dijo y parecía, ahora, sincero—, ni ante mí ni ante nadie. ¿Me lo prometes?

Unas tímidas lágrimas empañaban las relucientes pupilas de la mujer.

—Sí…

—Te adoro porque te lo mereces, preciosa —y la besó en la boca.

Susannah sintióse satisfecha recreándose en aquel beso excitante que Peter prolongaba buscando la fusión, el engarce húmedo de ambas lenguas, y sólo abrió los labios en busca de aire cuando éste le faltó en los pulmones.

—¡Aaah…! —suspiró—. Tus besos me tienen enloquecida, tus caricias trastornada…

Peter empezó a jugar por encima de la tela en los pechos exuberantes de Susannah. El caracoleo de sus dedos en los pezones que la ropa silueteaba comenzó a excitar al máximo a la hembra, quien insistió en los largos y ruidosos suspiros.

Él pretendió desnudarla.

—¡No… Peter! Ahora no…

—¿Por qué?

—Tengo que volver a salir.

Andress ofreció una expresión de viva contrariedad.

—¿Salir? —Repitió, con extrañeza—. ¿Adónde?

—Al cementerio, Peter.

—¿Al cementerio? —Volvió a repetir, estupefacto ahora—. Pero…, ¿qué tonterías estás diciendo, Susannah?

Ella se retiró un paso de Peter como previniéndose de nuevo y lúbrico ataque de él, al que posiblemente sería incapaz de resistirse.

Dijo, resuelta:

—No es ninguna tontería, Peter. Verás, mi madre murió el cinco de mayo del setenta y uno. Desde entonces, todos los días cinco de cada mes voy al cementerio a depositar sobre su tumba un ramo de rosas rojas. Mamá… ¡adoraba las rosas rojas!

Peter Andress no hizo ahora nada por derrumbar la frágil resistencia femenina, reanudando su estrategia sexual. Su «toque» lúbrico que la excitara. Se sintió humano y lo demostró respetando con cierta reverencia las inclinaciones sentimentales, quizá de un romántico ya en el olvido.

—Entiendo —dijo—. ¿Quieres que te acompañe?

—No. Prefiero ir sola. Gracias…

—¿Piensas que puedes tropezarte por ahí con el maníaco de las tijeras?

Susannah se estremeció muy a pesar suyo.

—¡Por favor, Peter! ¿Crees que es un buen motivo y un momento adecuado para esta clase de bromas?

—Perdona. Sólo trataba de ser amable.

—Iré sola, como siempre.

—Está bien, Susannah. Como prefieras. Te esperaré aquí, en casa.

Capítulo III

CUANDO DUSTIN Weld vio asomar por el vestíbulo del Precinto en dirección a la calle la figura de Bo Parton colgada del brazo de Stanley, abrió con presteza la portezuela trasera del «Oldsmobile» negro.

Haciéndose respetuosamente a un lado, miró a la mujer cuando ésta llegaba casi a su altura, preguntando solícito:

—¿Se siente bien, señorita Parton?

Bo le miró como ausente, con una pincelada de perplejidad en sus exóticas facciones.

—¿Por qué iba a sentirme mal, Dustin?

El chófer se mostró inquieto.

—Bueno. Esto, parece ser que las comisarías ponen nerviosa a la gente. No sé…

—¿Has estado tú alguna vez en comisaría, Dustin?

Se acrecentó la inquietud del hombre. Pareció incluso que le temblaban las mandíbulas.

Dustin Weld, físicamente, era poca cosa. Muy delgado, hecho este que se acentuaba en el hundimiento de sus mejillas y lo pronunciado de sus pómulos dándole un perfil de agudo estilete a su nariz aquilina, así como en la brevedad de sus hombros que se desdecía con la habitual condición de amplitud masculina. Era de mediana estatura tirando a bajo y todo aquel conjunto de delgadez, de medianía, de miniaturización podía decirse, según confesiones de Stanley a Bo, habían creado en la personalidad psíquica de Dustin Weld un fuerte trauma, un complejo de inferioridad, que difícilmente había logrado superar.

Había tenido incluso en algunos momentos de su vida serios problemas psíquicos que le habían afectado peligrosamente. Y existían huellas evidentes de esas alteraciones en la continua movilidad del hombre, en el inveterado morderse los labios, en el

deseo latente de alterar su posición como buscando siempre otra en la que resultase más favorecido; en la mirada huidiza de sus grisáceos ojos saltones, de excesiva nerviosidad, que giraban una y otra vez en el interior de las órbitas bajo un fondo rojizo, inquietante. Aquel fondo temeroso y huidizo de pinceladas escarlatas que solía darse en los drogadictos y los alcohólicos.

Tras unos instantes de duda e incertidumbre, acertó a concretar Weld:

—Verá, señorita. Pues sí, sí. En un par de ocasiones. Pero… ¡pero por cosas sin importancia!, ¿sabe?

Bo, ahora, trató de humanizarse con una sonrisa de afecto.

—Sí. Supongo que sí. Perdona que haya estado un poco acre, Weld. Quizá tengas tú razón y esté un poco nerviosa.

—¿Sube, señorita?

Hubo una vacilación en la expresividad de Bo Parton.

—No —dijo al fin. Añadiendo—: Me apetece pasear. Puedes llevarte el coche… ¡Ah, y tómate la tarde libre!

—Como usted quiera, señorita. Gracias.

Weld se alejó para cruzar por delante del vehículo y situarse frente al volante, mientras Stanley Ford, caminando por la acera a la altura de una Bo Parton muy ensimismada en sus propios pensamientos, apuntó:

—Creo que media entre nosotros la suficiente amistad como para que seas sincera conmigo, ¿no? Pienso, incluso, que después de explicarme lo que te atormenta te sentirás mucho mejor.

Ella siguió caminando por espacio de varios segundos en absoluto silencio, ligeramente inclinada la cabeza, hasta que murmuró:

—Puede que tengas razón.

—Faye está muerta, pequeña. Tú no puedes hacer nada ya. ¿Crees justo ese automartirio al que te estás sometiendo, Bo?

—Se trata de otra cosa, Stanley.

El representante artístico y comercial de la fotógrafo expresó un cierto confusionismo en sus facciones.

—¿Otra cosa? No te comprendo, Bo.

—Relacionada, desde luego, con el asesinato de Faye Weaver.

—¿Entonces…?

—Yo, Stanley —anunció ella, resuelta—, *lo vi*.

—¡No…! ¿Qué estás diciendo? ¿Quieres decir que has vuelto a tener percepciones y…?

—Sí. —Bo, angustiada, renunciaba a mirar rectamente el rostro ávido y preocupado de Stanley Ford—. He vuelto a vivir el agobio, la horrible tensión de esas percepciones. Desde el accidente automovilístico de mi padre, como te conté, no había vuelto a sucederme. Creía que estaba curada. Curada, si es que eso que me ocurre puede admitirse como una enfermedad. Pero esta noche ha vuelto a suceder. ¡Oh, Stanley! ¡Te juro que ha sido estremecedor! He estado a punto de volverme loca. La tensión generada en mí por lo que estaba viendo y la impotencia de evitarlo, han estado a punto de destrozar mis nervios. ¡Voy a volverme loca, Stanley! ¡Loca!

—¡Oh no, mi pequeña! ¡Nada de eso! Tú… tú no… —Él, la abrazó cariñosamente haciendo lo imposible por calmarla.

—¡Debía habérselo contado al teniente Langella! Él se ha mostrado cordial y abiertamente sincero, mientras que yo…

—¡Eso nunca, Bo! No tienes que hablarle de este asunto a nadie que no sea de tu absoluta y total confianza. A nadie que no esté capacitado para entenderte. Pensarían que…

—Que soy una enferma psíquica, ¿verdad?

—Bueno… Tampoco es así. No he querido decir eso, Bo. ¿Por qué no me explicas tu vivencia de anoche? Puede que descargando tu tensión en mí te sientas más aliviada. ¿Lo pruebas?

—Sí…

Bo Parton se acurrucó, como buscando protección, en el cuerpo de Stanley. Tras una pausa fugaz, explicó:

—Me he despertado con un gran sobresalto, sin saber al principio la razón ni el porqué. Pero conforme parpadeaba, con asombro, mis ojos se han ido llenando…

Expuso lo sucedido hasta el final, con viveza y emoción, con amplitud en los detalles.

Después, aseguró:

—Tengo necesidad urgente de esa persona que tú dices me pueda comprender, ayudar también, para explicarle lo ocurrido. Si no, acabaré perturbada. Dice el teniente Langella que precisamente una de las cosas que pretende el asesino es, es… ¡Oh, Stanley! ¡Esto es absurdo! ¡Es de locura!

—Tranquila, muñeca, tranquila —se comportaba ahora Stanley

Ford con la seriedad y cordura que exigían las circunstancias. Exclamó, de pronto, con legítimo alborozo—: ¡Eh, Bo! ¡Creo que la tengo! ¡Animo, chica, la tengo!

—¿La tienes…? —Los ojos personalismos, vivos y enormes de la fotógrafo estaban clavados con el más genuino de los asombros en las facciones un tanto disonantes de su representante artístico. Repitiendo—: ¿La tienes?

—¿A quién?

—A esa persona que puede ayudarte. ¡Seguro!

—¿Quién es? —seguía insistiendo la fotógrafo.

—Ian Shatner.

—¡Por Dios, Stanley! ¡Déjate de adivinanzas! ¿Quién es Ian Shatner?

—Un detective privado.

Volvió a crecer el asombro, la sorpresa de Bo Parton.

—¿Para qué necesito yo un detective privado?

—Se ha cometido un crimen, ¿no? Faye Weaver ha sido horriblemente asesinada. ¿No se dedican los detectives a investigar crímenes? Ian Shatner es un estupendo profesional. En cierta ocasión me sacó de un buen apuro. Gente que no me quería bien pretendió colgarme un «muerto» y Shatner, con sus habilidades, impidió que así sucediera. Además… ¡es un tipazo de hombre! Y con una personalidad… ¡Uf, qué personalidad! ¡Qué hombre! Quién pudiera… ¡Oh, perdona Bo, me estoy embalando! Mira que trato de evitar mis… En fin, creo que debes verle. Y puedes estar segura de que te escuchará con atención atendiendo y entendiendo perfectamente lo que te sucede.

—La policía está investigando el asesinato de Faye —soliloquió Bo.

—Ian Shatner es algo más que la policía. Comprenderá tu problema. Podrás abrirte a él con toda tranquilidad y sin temor de que dude de tus coordenadas psíquicas. Pero en fin, si tú no quieres…

—Iré, Stanley, iré —pareció convencerse súbitamente la propia Bo de la necesidad de acudir al detective—. Esta misma tarde. ¿Cuál es su dirección?

—No estoy muy seguro —se mordió el labio inferior Stanley Ford—, pero creo que… ¡Sí, sí, ahora me acuerdo! 528 de California

Avenue.

Caminando, caminando sin darse apenas cuenta, habían llegado a las inmediaciones del apartamento de la muchacha.

Alguien, que estaba en el rellano exterior de la amplia puerta de envergadura metálica y cristales, salió al verla, corriendo al encuentro de la fotógrafo.

—¡Bo, Bo…! —gritaba—. ¡Cómo me has hecho sufrir! Llevo más de dos horas esperándote.

—¡Oh…! —exclamó, desabrido y con mal gesto, el representante artístico de ella—. ¡Otra vez ese pesado! ¿Todavía no le has dado calabazas definitivas?

—Por favor, Stanley —argumentó la chica—. Un mínimo de compostura, ¿no?

—¡Bo! —El hombre había llegado junto a la mujer.

—Hola, Michael. ¿Por qué estás tan preocupado?

—Bueno… —La respiración del hombre estaba agitada a causa de la pequeña pero veloz carrera—. Verás, es que me he enterado de lo de Faye y… ¡Que me he puesto muy nervioso, Bo! Pensaba que…

—Igual pensabas que la habían tijereteado a ella, ¿no? ¡Uf, qué bestia!

Michael York no pareció hacer excesivo caso, ningún caso mejor, al inoportuno comentario de Stanley.

Su atención estaba centrada en Bo Parton.

Miraba casi con avaricia a Bo Parton.

Sus ojos se llenaban con la extraordinaria figura y con el rostro incitante, exótico, de Bo Parton.

Estaba totalmente cautivo del hechizo singular que emanaba de la personalidad de Bo Parton.

—Siento haberte causado esa preocupación, Michael. Estoy bien. He tenido que acudir a comisaría para responder a unas preguntas relacionadas con la infortunada Faye. Un poco fatigada sí me encuentro.

Él seguía arrobado en la contemplación de ella.

Michael York era un hombre de agradables características físicas, alto y bien proporcionado. Sus facciones gozaban de un varonil atractivo, tenía fácil la sonrisa en sus labios carnosos, sonrisa que también presidía la mirada de sus ojos color almendra,

y sólo las entradas en su cabello castaño avisaban de que los cuarenta se estaban perdiendo ya en la historia de su existencia.

—Bo —murmuró—, entiendo tu situación. Oye, ¿por qué no te vienes a vivir conmigo? Puedo montar nuestra residencia en veinticuatro horas. Te respetaré por encima de todo mientras legalizamos nuestra situación. ¿Qué me dices?

—Oye, buen mozo, si estorbo me marcho, ¿eh?

Michael lo miró como si quisiera fulminarlo.

—¿Puedes olvidarte de tus impertinencias por una sola vez, Stanley?

—¡Perdona, hombre, perdona!

—Estoy esperando tu respuesta, Bo.

La muchacha se sentía inquieta, incómoda, frente a los halagos y ofrecimientos de Michael York. Posiblemente sucedía que, como Bo por encima de todo era una persona de conciencia, le dolía en el fondo de su alma no poder aceptar las gentilezas del hombre, no poder corresponder a sus desvelos y galanuras. Y es que no podía porque ella no avivaba hacia Michael más sentimiento que el de la amistad y el afecto.

Musitó, procurando no ser excesivamente dura. Procurando no herirle:

—Ahora no es el momento, Michael. Necesito estar sola. ¿Lo entiendes?

Una mueca de desencanto y desilusión se pintó en las simpáticas facciones del hombre.

No obstante, aceptó:

—Sí… Creo que sí. Creo que lo entiendo. Aunque me duele en el fondo del alma tener que admitirlo. Espero que también tú me comprendas a mí, Bo.

Ella extendió su diestra para acariciar con ternura la de Michael.

—Claro —murmuró. Añadiendo—: Cuando todo esto haya quedado atrás pensaremos en… —Bo Parton se interrumpió de repente porque, sin ella quererlo, sin desearlo posiblemente, el rostro despreocupado y jovial del teniente Kirk Langella había aparecido con vehemencia arrolladora en su pensamiento. Incluso le pareció escucharle de nuevo, diciendo: «Dile que lo olvide, que te olvide. Dile que Kirk Langella ha entrado con fuerza en tu vida dispuesto a llevarte ante un juez… para que nos ate y amarre de por

vida. ¿Verdad que a mí me darás ese sí?». Dándose cuenta de su absoluto y súbito silencio y percibiendo el asombro, la inquietud incluso que había en el rostro, en la mirada de Michael, se apresuró a exclamar como cayendo de muy lejos—: ¡Oh, perdóname! Me he quedado como vacía, como abstraída por algo…

—¿Por lo que ibas a decirme quizá? —Apuntó él—. ¿Por eso que dices tenemos que hablar cuando…? ¿Cuándo?

—Estoy muy nerviosa, Michael. Te ruego que me disculpes.

—Necesita descansar —habló, con muy mal talante por supuesto Stanley. Y lo dijo como si se lo dijera a sí mismo—. ¡Y eso lo ve hasta un ciego! Pero claro, no hay peor ciego que el que no quiere ver…

—Eres desagradable sin necesidad de esforzarte —le dijo, con rabia mal dominada, el otro.

—Por favor —susurró Bo—. Es cierto que necesito descansar. Si me permitís…

—¿Irás al estudio mañana? —Michael, educadamente, se resistía a que ella le abandonara.

—No. Quiero relajarme.

—¿Nos veremos entonces el día de la inauguración?

—Sí. Supongo que sí. Y ahora, os lo ruego…

—¡*Ciao*, bonita! —Exclamó Stanley aderezando la despedida con una de sus cucadas—. ¡Procura descansar a tope!, ¿eh? ¡Ah! ¡Oye, Bo!

—¿Qué sucede ahora, Stanley?

—¡Oh, chica! ¿Ya vuelves a ponerte impertinente? ¡Mujeres! Quería decirte que no te olvides de Ian Shatner, ¿eh? Recuérdalo… California Avenue 528, ¿eh?

Si Michael York hubiera podido desintegrar, pulverizar en aquel preciso instante el volumen físico de Stanley Ford, lo hubiera hecho con el mayor de los deleites, con sumo placer.

Porque estaba seguro, completamente seguro, de que el representante artístico y comercial de Bo Parton había nombrado al tal Ian Shatner con toda la intención del mundo. Con la peor intención del mundo. Sabedor de que ello iba a sembrar de inquietud su corazón.

Se quedó con las ganas, los deseos de preguntarle a ella quién era el tal Shatner.

Pero comprendió que si lo hacía podía correr el riesgo de acabar molestando a Bo por lo que ella entendería como una impertinencia. Por eso, se limitó a decir:

—Adiós, pequeña. Procura tranquilizarte… ¡Ah! ¿Te importará que te telefonee esta noche?

—No —los miró a los dos y agitó la derecha en lo alto—. ¡Adiós!

Luego, tras unos instantes, acabó perdiéndose por el largo vestíbulo rumbo a la cabina del elevador.

En verdad, Bo Parton precisaba de un prolongado descanso.

Necesitaba relajarse de la tensión vivida. De la tensión que, pese a evitarlo, seguía viviendo.

Pensaba de nuevo en Kirk Langella.

Y la imagen del policía quedaba rota, truncada de repente, al sobrevenirle aquella otra en que unas tijeras horribles, monstruosas, diabólicamente voraces, se clavaban con saña criminal en las órbitas de Faye Weaver.

—¡Oh… Dios mío! —exclamó, sola en el interior del ascensor—. ¡No, te lo suplico! Ian Shatner…

Stanley acababa de decirle que era un experto profesional que sabría escucharla y comprenderla.

Ian Shatner…

En punto pisara el apartamento correría hacia el baño para reconfortarse bajo una ducha cálida, balsámica.

Luego se pondría ropa limpia, fresca, que contribuyera a relajar la tensión que también se acumulaba en su piel.

Después acudiría al despacho de Ian Shatner.

¿De veras podría aquel desconocido entenderla, comprenderla?

¿Y ayudarla?

Kirk Langella volvió a triunfar en su pensamiento. Le vio, incluso, mover los labios…

«—… pretende al mismo tiempo que adquieras consciencia de culpabilidad moral que se convierta en tensión psíquica, en una tensión que puede derribar en el suicidio o en la locura. Te deja para el final de su dantesca escenografía deliberadamente, seguro de que va a causarte un mal mucho mayor…».

«¡Dios Santo! ¿Por qué? ¿Por qué me empeño en seguir pensando todo esto?», se dijo, mientras hacía girar el llavín dentro de la cerradura.

Quizá porque estaba convencida de que Kirk Langella tenía razón.

El psicópata asesino de las tijeras estaba dispuesto a jugar morbosamente con su sistema emocional y su estabilidad psíquica, sí…

Estaba decidido a pulsar un continuado *in crescendo* que activara su tensión a cotas peligrosas, a cimas que hicieran peligrar su equilibrio mental.

Abrió la puerta al fin exhalando un prolongado suspiro.

Y sin saber por qué con exactitud, quizá pensando que la solución, la ayuda, podía estar en aquel detective desconocido que se llamaba Ian Shatner, el subsiguiente suspiro fue de alivio.

Luego, al otro segundo, creyó ver encima de su frente, dentro del cerebro, unas tijeras que goteaban sangre.

Ahogando una exclamación de terror, Bo corrió hacia el cuarto de baño.

Buscando el agua tibia que contribuyera, por el momento al menos, a aliviar su tensión.

TENSIÓN, sí…

Capítulo IV

CRUCES…

Muchas cruces, sí.

Arriba.

En lo más alto de las tumbas y panteones, rematándolos, había cruces.

Cruces de piedra.

Cruces de hierro.

Herrumbrosas algunas ya a causa del paso del tiempo como intentando sobrevivir, doloridas, enfermas, pero tenaces y obstinadas, a la muerte del ser que cobijaban.

Como queriendo triunfar sobre ella.

Sobre la muerte.

Cruces, sí.

Había demasiadas en aquel sector del cementerio.

Demasiadas cruces, sí.

O se lo pareció, al menos, a Susannah Müller, mientras avanzaba con lentitud, casi con dificultad, por los caminos y avenidas de la necrópolis, quebrando entre las sepulturas que orillaban los senderos, rodeando aquellos grandes bloques de nichos que se erguían ya como auténticos rascacielos de la muerte oscura y silenciosa…

Escuchando crujir bajo sus pies la grava dolorida, lastimera, quejosa siempre con su destino de servir de alfombra, de suelo, a la huella humana de los vivos.

Porque los muertos no la pisaban, claro.

Y si era cierto que de noche los espíritus se evaporaban de sus sepulcros para integrarse en las tinieblas y volar en pos de alguna justicia que a su paso por la tierra dejaran inconclusa, si eso sucedía, los espíritus no hollaban la grava, ni la hacían sufrir, ni crujía bajo su paso…

¡Tonterías!

Cruces…

Eso no eran tonterías, no.

Las cruces estaban allí.

Rígidas, erguidas, erectas y desafiantes.

Pregonando la muerte.

Susannah insistió para sus adentros en que nunca había sido consciente de que hubiesen tantas, tantísimas cruces, en aquel sector cristiano del cementerio.

Sin embargo, era lógico que las hubiese.

¿Pregonando la muerte? ¿Representándola?

—¡Dios mío! —musitó, muy quedamente, siendo apenas un tenue susurro que fluctuaba por encima de sus labios.

¿Qué le estaba ocurriendo aquella tarde?

Llevaba casi doce años yendo al cementerio, consecutivamente, todos los días cinco de cada mes y jamás, nunca, se le había ocurrido reparar en si había muchas cruces o pocas, en si representaban la muerte o dejaban de representarla, en si la pregonaban…

Seguramente su estado de ánimo estaba alterado a consecuencia de…

¡No!

¡No quiso recordar lo sucedido a Faye Weaver!

TIJERAS…

Susannah Müller, mientras luchaba desesperadamente dentro de su propio cerebro contra las fuerzas que le traían el reciente recuerdo del morboso asesinato, mientras trataba de desterrar con genuina angustia la tensión que le producía el solo hecho de imaginar cómo habían sucedido las cosas, cómo el criminal enloquecido y ávido de sangre había hincado una y otra vez…

TIJERAS…

Tenía, mientras todo eso iba sucediendo, como pintadas en sus ojos lo mismo que si acabaran de grabarlas a fuego delante de ellos, unas enormes tijeras.

TIJERAS…

Que transpiraban sangre.

Que rezumaban sangre.

Que goteaban sangre.

TIJERAS…

Susannah, con los dedos de la mano que le quedaba libre, en la diestra portaba un ramillete vivo, encendido, de rosas rojas, de rosas color sangre precisamente; se cubrió la mirada confiando en que aquel gesto desvanecería el absurdo espejismo que danzaba frente a sus pupilas en aquel desierto de muerte, tumbas, lápidas…

Tropezó, de pronto, con algo.

—¡Aaaaaah! —gritó, bajando ahora la mano hasta la garganta.

Lógico.

Lo que acababa de sucederle a Susannah Müller era lógico. Al taparse los ojos y como causa también del nerviosismo, de la tensión que electrificaba su cuerpo y entorpecía su *psiquis* estorbando al mismo tiempo el sentido de la orientación, había dejado de caminar en línea recta, desviándose en diagonal, para tropezar, precisamente de costado, con una de aquellas cruces enormes, altas, grandes, que remataba una tumba… que hablaba de la muerte presente allí debajo, que la pregonaba.

—¡Dios del cielo! —musitó ahora, retirando los dedos del cuello, al darse cuenta de lo que realmente acababa de sucederle—. ¡Loado seas!

Parpadeó mientras se disponía a reanudar su avance, tratando de convencerse de que cuanto le estaba sucediendo aquel día desde que hollara el umbral del cementerio era consecuencia de la alteración que sufrían sus constantes nerviosas a causa de…

—¡Maldita sea! —se censuró—. ¿Por qué vuelvo a recordar el…?

TIJERAS…

Volvían. Al pensar Susannah en el porqué de los extraños *porqués* que le estaban sucediendo, que la rodeaban, que la envolvían…

Habían regresado también al enfoque psíquico de sus ojos las tijeras.

Las tijeras sangrantes.

—¡Señor, Señor…! ¿Por qué esta absurda tortura?

También se daba cuenta Susannah de que aquel día el camino, la distancia habida entre la verja de acceso al camposanto y el lugar donde estaba ubicada la sepultura de su madre, era más larga que nunca.

Estaba lejísimos.

En un confín casi ignorado, lejano, remoto de la necrópolis.

Susannah comenzó a ser consciente de que la tensión se acrecentaba dentro de su ser, de tal forma, con tanta voluptuosidad, con tal insistencia que el corazón galopaba desesperado en pos de una arrítmica taquicardia.

Los latidos resonaban dentro de su pecho, bajo sus senos espectaculares y ampulosos, como auténticos aldabonazos.

Cruces…

¿Cómo no había reparado nunca en que allí había tantas cruces?

Tantos… *muertos*.

Solos… los muertos estaban muy solos, sí.

Y ella, también.

Porque de igual forma que nunca se había dado cuenta de que en aquel lugar póstumo, final, hubiese tantas cruces… nunca tampoco lo había encontrado tan frío, inhóspito, solitario…

Porque hasta aquel momento y desde que entrara en el camposanto, Susannah no recordaba haberse cruzado con nadie, haber oído las pisadas de alguna otra persona por las inmediaciones donde ella circulaba.

¿Nadie?

Los muertos sí. Los muertos estaban allí. Debajo de las losas, de las cruces…

Había muertos que fueron asesinados en el último día de su existencia.

TIJERAS…

¡Con enormes tijeras que se habían teñido con su sangre, viscosa, excitante como la piel de un ofidio!

—¡Cristo del cielo, ayúdame! —Exclamó zozobrando, aterrada, mientras se restregaba los ojos con la mano libre—. ¡Por favor, te lo suplico!

Y apretó el paso.

Sin darse cuenta, en volandas del pánico, del mundo de horrores en que la estaba sumiendo su imaginación, en lo alto de las alucinaciones que se gestaban en una tétrica jugada de su loca fantasía, echó casi a correr.

No lo entendía.

No.

No podía entender lo que estaba sucediendo. Ella siempre había

sido una mujer comedida en sus emociones. Dueña de sus reacciones. Aplomada en el dominio de sus constantes neurovegetativas.

¿Entonces?

¿Qué le estaba sucediendo aquel 5 de mayo, precisamente aquel cinco de mayo, un día después de que Faye Weaver…?

TIJERAS…

SANGRE…

—¡Me voy a volver loca, locaaaaa! —Y corría más, y volaba ahora, en busca de la sepultura de su progenitora.

LA SEPULTURA…

¿Por qué estaba tan lejos aquel día, precisamente aquel cinco de mayo qué…?

—¡¡NOOOOOOOO!!

Corría…

Perseguida por el zigzag asesino de las TIJERAS.

¿Era real aquello? ¿Venían tras ella las puntas agudas de las criminales, sangrientas TIJERAS?

No.

¡Claro que no!

Era un juego maquiavélico, monstruoso, lacerante, gestado en un fallo psíquico-nervioso.

¡No podía ser otra cosa!

NO…

¡Las tijeras no estaban allí!

No podían estar allí.

¿No… podían?

Susannah corría desesperadamente hasta casi tropezar con sus propios pies que, crueles y desconsiderados, humillaban la gravilla hasta hacerla crujir, sollozar, con más fuerza que nunca.

De repente, sí.

De repente algo caído de arriba, del infierno seguramente porque era absurdo imaginar que viniese del cielo, algo ¡*cayó sobre su hombro derecho aferrándola con precisión estremecedora*!

—¡AAAAAAAAH!

Trató de correr más aprisa todavía, pero aquel algo la retuvo.

Con insistencia.

Se revolvió.

—¡AAAAAAAAH!

—¡Señora, señora! —exclamaba, atónito, el vejete que tenía su mano sarmentosa puesta en el hombro de Susannah—. Hace rato que la estoy observando. ¿Se siente mal? ¿Quiere que llame a un médico, a un funcionario?

La diestra de la mujer bajó de inmediato hasta el corazón, apretando, necesitando ahora sentirlo golpear, porque Susannah Müller tenía el íntimo, terrible convencimiento de que había dejado de latir.

Que estaba parado.

—¡Señora! —Insistió el hombre al comprobar la terrible palidez de las facciones de ella—. ¿Acaso padece usted del corazón?

Por fin consiguió convertir el aire en palabras a través de los labios, articulando:

—No… no. No me ocurre…, nada. De veras. Sólo… sólo estoy un poco… nerviosa. Gracias… No. No necesito ayuda. Gracias…

—¿No quiere al menos que la acompañe, señora? —insistía el amable septuagenario—. Lo haré con sumo placer.

—Se lo agradezco, señor. Pero… puedo seguir sola.

—Bien. Como usted quiera. Si me necesita estoy sentado allí… —Giró a la derecha para extender la mano sobre un pequeño jardín en forma de rotonda—. Vengo todas las tardes al cementerio para leer un rato. Es el único sitio donde se puede estar tranquilo y en silencio.

—Lo tendré en cuenta… —Y dando la vuelta, se alejó.

Un bloque de nichos y detrás de ellos, por fin, la replaceta donde se alzaban en cerrado círculo un núcleo de panteones y mausoleos, con sepulturas más modestas diseminadas alrededor.

Fue Susannah hacia una de ellas.

Más tranquila quizá.

Un tanto reconfortada por la aparición del vejete que había roto, definitivamente al parecer, aquel juego de sobresaltos demoniacos y dantescas vivencias que inesperadamente se habían acumulado en el pensamiento, en la imaginación de la mujer.

Una de las tumbas era la que la obligó a inclinarse depositando encima el ramillete de rosas rojas.

Rosas frescas.

Húmedas…

Del vivo color de la sangre.

En la lápida de aquella sepultura leíase con caracteres dorados:

GEORGINA C. HEPBURNS
Requiescat In Pace *1917 — 1971*
TU HIJA SUSANNAH,
QUE NO HA DE OLVIDARTE NUNCA

Susannah Müller, con una sombra húmeda enturbiando sus pupilas, miró la lápida. Después, entrecerrando los ojos, alzó la cabeza al cielo y sus labios comenzaron a moverse tenuemente murmurando una oración, una sentida plegaria.

Luego, más audible, susurró:

—¡Cuánto te necesito todavía, mamá! Sé que lo digo egoístamente quizá, pero sé también que me sigues haciendo mucha falta. En días como hoy, sobre todo…

Descorrió en aquel preciso instante los párpados que durante la reflexión, el filosófico epitafio, había mantenido entrecerrados.

Y deseó de pronto, al tener consciencia de lo que sus ojos acababan de captar, *de lo que estaban captando*, deseó, sí, firmemente, haberse quedado ciega para no ser jamás testigo de tanto horror.

TIJERAS…

¡Las tijeras estaban allí!

Encima de la lápida.

¡Unas tijeras que parecían tener vida propia!

Que se movían solas…

SOLAS.

Y solas, terriblemente solas, estaban cortando los tallos de las rosas para separarlos de ellos para luego, cruel, con diabólico placer, partir los pétalos, trocearlos, triturarlos…

Susannah Müller, con ojos prácticamente fuera de las órbitas que rebelaban un estado psíquico por completo lejos de lo normal, como alineada, lo mismo que cautiva de un poder satánico cuyas radiaciones hipnóticas la mantuvieran en trance, bailando sus pupilas casi en el aire, fuera del trazado elíptico, contempló cómo las siniestras tijeras destrozaban los pétalos comenzando a teñirse de su color.

TIJERAS…

¿Quién las manejaba? ¿Qué poder controlaba su acción brutal, exterminadora?

Lo supo cuando el influjo hipnótico pareció ceder levemente ante la fuerza de su propio aparato psíquico. Supo que las tijeras no estaban solas. No se movían solas… No, claro.

Unas tijeras no podían moverse solas.

Al final de ellas había una mano, la prolongación de un brazo, que estaba adherido, que formaba parte de un cuerpo…

GRRRRRRRRRR…

Aquel cuerpo, siniestro cuerpo, monstruoso cuerpo, emitía algo así como un gruñido.

GRRRRRRRRRR…

Hambriento gruñido.

¿Hambriento?

De sangre seguramente, sí.

TIJERAS…

Qué habían dejado de cortar, triturar los fragmentos e indefensos pétalos y ahora se revolvían, mostraban hacia arriba sus puntas agudas, afiladas, hirientes, pretendiendo alcanzar en trazo siniestro los ojos de Susannah Müller.

SUS OJOS…

Susannah quiso correr como antes, quiso gritar como nunca, pedirle auxilio al septuagenario vejete, llenar el ámbito silencioso del recinto de los muertos con sus alaridos de pánico y terror.

Pero no pudo.

Aunque sintió cómo sus cuerdas vocales se dilataban de manera estridente pero ahogadamente callada, aunque las sintió latir contra la parte interior de su garganta lo mismo que tensos cordones de seda, que estirados alambres… pese a abrir la boca al máximo buscando la espectacularidad sonora de toda aquella tensión que se registraba dentro de su cuello, fue incapaz de emitir un grito, una palabra, un susurro…

Como incapaz fue de arrancar los pies de aquel pedazo de grava acre, adherente, donde parecían estar inauditamente pegados, incrustados.

Mientras…

… las agudas y criminales puntas de las tijeras seguían ascendiendo, con morboso y visceral regocijo de la tarea a realizar,

buscando avarientas sus globos oculares.

Sus pupilas…

SUS OJOS.

TIJERAS…

Notó entonces el roce del acero en el iris, un roce diabólico, antesala del lacerante rasgar subsiguiente que iba a dividir en dos partes, sangrientas y pringosas partes, sus discos de vida y color.

Iban, claro…

¡ZAAAAAAAAAAS!

Se hincaron, sí.

Se hincaron aquellas puntas agudísimas, rasgantes, en los ojos monstruosamente agrandados por el terror de Susannah Müller.

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAG!!!

Volvieron…

Abrió la llave del agua caliente cerrándola al momento.

Bo acababa de recordar que a los locos y enfermos del sistema nervioso los psiquiatras y neurólogos les recomendaban encarecidamente el agua fría.

A los alienados graves, en contra de su voluntad por supuesto, les «acribillaban» con mangueras de helado chorro.

—¡Qué estupideces se me ocurren! ¿Por qué me empeño en pensar esas cosas? Locos, enfermos psíquicos…

Brotó el caudal líquido, frío, obligando a que el cuerpo espléndido, extraordinario, desnudo de Bo Parton se estremeciera intermitentemente.

—¡Oh, qué fría está!

Acto seguido admitió, no obstante, que aquel frescor se agradecía.

Cortó el gélido fluido para inclinarse hacia uno de los laterales de la bañera, de forma que al arquear su cuerpo joven y dúctil sus pechos vibrátiles, plenos de lúbrica energía, quedaran suspendidos como excitantes péndulos del reloj de la pasión.

Alcanzó la botella del gel y una esponja de superficie tan porosa como rosada, derramando en el interior de ésta, que presionaba levemente con los dedos de la diestra, unos chorritos de gel.

Apareció la espuma vivificante con la que Bo, ágil, se aprestó a embadurnarse sus carnes prietas, húmedas, exponentes de vida y ardor.

Se atrevió a iniciar los tímidos compases de una cancioncilla, lo cual, trasladó a su ánimo una entereza y tranquilidad como no había sido capaz de sentir en las últimas horas.

Con energía fue frotando la esponja contra su piel, llegando a convencerse bajo la caricia espumosa de que era verdad el *slogan* que patrocinaba el gel sobre sus propiedades balsámicas, relajantes.

Cerró los ojos mientras seguía empecinada en la dulce tarea de enjabonarse.

Los cerró, sí.

Y aún con los párpados corridos pudo ver el color del gel…

¿Del gel?

¿Era rojo el gel?

Parpadeó.

Y lo hizo, ahora, con vivísimo terror.

Era el color de… ¡de los pétalos de unas rosas!

ROSAS…

¿Desde cuándo había rosas en la bañera?

¿*Bañera*? ¿Era… era aquello una bañera?

El sudor que al instante comenzó a transpirar por sus poros se mezcló con la humedad del agua, haciéndole sentir una extraña y horrible sensación.

¿SANGRE?

¿Sensación de sangre corriendo por sus tejidos?

Volvió a parpadear.

Y entonces supo que aquello que tenía dentro de sus retinas no era una bañera. Y sí… ¡UN CEMENTERIO!

Tragó saliva con fuerza, dejando escapar la esponja de los dedos en el mismo instante en que fue consciente de que estaba recibiendo una nueva y espectral percepción.

Una percepción de sangre.

Una percepción de muerte.

Bo Parton saltó fuera del baño como creyendo que así rompería el trágico sortilegio de la cruel vivencia que se almacenaba, que llenaba hasta desbordarlas, sus pupilas.

Corrió por el apartamento sin rumbo fijo.

Huyendo…

De la realidad lejana que comenzaba a vivir.

Del crimen morboso, repugnante, de que iba a ser testigo sin

poder evitarlo.

Una tensión que rebasaba la energía acumulada en cualquier tendido eléctrico estaba estremeciendo su naturaleza.

Tenía los párpados fuertemente apretados y las manos crispadas encima de ellos.

Pero seguía viendo los pétalos rojos esparcidos en lo alto de la tumba, rotos, cortados a pedazos…

Mientras ella, la mujer que se encontraba de pie ante el sepulcro, contemplaba con estupor, con ojos de locura, el instrumento causante de aquel sacrilegio.

LAS TIJERAS…

Que ahora se volvían hacia arriba, se erguían siniestras, amenazadoras, para ir en busca de las pupilas de ella, de… *¡SUSANNAH MÜLLER!*

Bo Parton la vio con suma perfección. Vio las facciones desencajadas de Susannah, sus ojos huyendo llenos de terror de las órbitas que hasta entonces le dieran vida y cobijo…

Y vio las tijeras subir, subir, volar con malévolo deleite al encuentro de aquellos discos enloquecidos que pretendían escapar de aquel diluvio de horrores.

La puntas… LAS AGUDAS PUNTAS LOS ENSARTARON POR EL CAMINO, EN EL AIRE, ATRAVESÁNDOLOS.

Bo, esta vez, creyó que se volvía definitivamente loca.

Lo creyó antes de perder el equilibrio físico y psíquico, antes de caer al suelo enroscada sobre su propio cuerpo, desmadejada lo mismo que una marioneta desprendida de sus cuerdas vitales.

Lejos de la consciencia.

Del mundo también.

Y de aquel horror ancestral que se había empeñado en perseguirla, acorralarla, exterminarla.

Volvieron…

A masacrar despiadadamente los ojos, convertidos ahora en menguadas estrellas sangrientas, en vivos manantiales de rojizo estallar, que segundos antes habían pretendido escapar al terror, al sacrificio cruento.

Una mano ciñó la garganta extenuada de Susannah Müller impidiendo que en postrero espasmo, en último estertor, intentara baldíamente huir al monstruoso veredicto.

El cuerpo, rugía, gruñía…

GRRRRRRRRRR…

Mientras la mano de aquella cosa que empuñaba las tijeras seguía blandiéndolas contra las pupilas en cruento y espectacular ir y venir, ensartando finalmente en el acero los globos oculares de la infortunada, bestialmente arrancados de las órbitas.

Prosiguiendo con aquel adelante-atrás sangriento que ahora agrandaba el trazo elíptico que instantes ha contuviera los ojos… que lo agrandaba a vivos tijeretazos.

Por la comisura de los labios de Susannah Müller apareció primero una espuma negruzca, una baba sucia, que luego dejó paso a vivos y rojizos canalillos de sangre.

GRRRRRRRRRR…

Sin que por ello el cuerpo dejara de actuar con su exacerbado sadismo en bestial intento de quitar la vida uno por uno a los miembros vitales de la mujer.

Susannah Müller, libre de la presión que la mano había ejercido últimamente alrededor de su garganta, se dobló trágicamente quedando apelotonada sobre la sepultura que visitaba todos los días cinco de cada mes.

Un espasmo de aire levantó los restos de pétalos esparcidos por el contorno, formando con ellos una espiral rojiza que se alzó durante fracciones de segundo por el ámbito del cementerio.

Luego cayeron abajo golpeando con suavidad el cuerpo de Susannah, ajenos a la terrible tragedia que en su persona acababa de consumarse.

GRRRRRRRRRR…

En aquel preciso momento una muchacha joven asomó por la replaceta donde se alzaban en cerrado círculo un núcleo de pantalones y mausoleos.

Vio la figura arrebujada encima de la lápida.

Vio la sangre fresca…

Gritó al punto:

—¡AUXILIOOOOOOOOOOO!!

Mientras que una sombra fugaz, centelleante, se perdía entre tumbas, nichos, cruces, losas…

GRRRRRRRRRR…

Capítulo V

EL propio Ian Shatner acudió a abrir la puerta.

Exclamando:

—¡Ya vale, ya vale! ¡Qué vas a tirar la casa al suelo con tanto timbrazo! ¡Vaya urgencia!

Abrió.

Preguntando:

—¿Qué demonios pasa, eh?

—¡Oiga, por favor! ¡Oiga! —exclamó ella, acelerada, temblorosamente—. Es usted Shatner, ¿verdad? —No esperó respuesta afirmativa—. ¡Me llamo Bo Parton y me ha dado sus señas Stanley Ford! ¡Es muy urgente, oiga! ¡Urgentísimo!

—¿Stanley Ford… ha dicho? Pues no caigo ahora yo en ese tipo. Ni de qué lo conozco.

¿Está usted…?

—¡Oiga, detective, por Dios! ¡Acompáñeme! ¡Tiene que venir conmigo al cementerio!

Ian Shatner la miró con estupor.

Con largueza.

Dudando desde aquel instante, seriamente, de los niveles psíquicos de aquella hermosa desconocida que decía llamarse Bo Parton.

—Es una pena que seas tan loca siendo tan joven y hermosa, pequeña. Mira, a que te apetece una tila, ¿eh? Eso templa mucho los nervios, dicen.

—¡No estoy loca! ¡Se lo suplico! ¡Venga conmigo al cementerio! ¡Están asesinando a una mujer! ¡Por Dios, acompáñeme!

—Preciosa, ¿de qué manicomio te has escapado tú?

Bo tiró de un brazo de Ian tratando de arrastrarlo hacia afuera.

—¡Vamos, vamos! ¡La están asesinando!

Contagiado a lo peor, objetó el atlético pelirrojo:

—Hay muchos cementerios en esta cochina ciudad, muñeca. ¿Cuál es el que apetece en tu delirio?

—¡El de San Pedro! Allí está enterrada la madre de Susannah.

—¿Es a Susannah a la que están asesinando?

—¡Sí, sí! ¡El psicópata de las tijeras!

—Ah…

Seguía tirando de él.

—¡Pero vamos, por Dios!

Ian, sin pensárselo dos veces, le soltó una pareja de sonoras y lacerantes bofetadas.

Bo, parpadeó asombrada.

—¿Mejor ahora, muchacha? ¿A que soy el tipo más duro con que te has tropezado en tu vida? Anda, entra, cuéntame primero quién es el tal Stanley.

Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de la mujer. Sus brazos más que caer le colgaban con abatimiento a lo largo del cuerpo.

Su imagen ahora ofrecía la impresión de estar ajena, lejos de todo.

—No estoy loca —dijo.

Shatner pensó que era verdad. Que se había equivocado y precipitado. Que ella no estaba loca.

Y en un rapto de espontánea complicidad, preguntó:

—¿A qué cementerio has dicho?

—Al de San Pedro.

Fue Ian ahora quien tiró de la muñeca de Bo Parton.

Gritando:

—¡Vamos a ese cementerio, pequeña! Sin duda debes haberme contagiado esa fiebre…

Corrían ya escaleras abajo.

Veinte minutos más tarde un taxi les dejaba en la puerta central que partía la artística verja que circundaba el cementerio de San Pedro.

Al saltar a tierra, Ian constató la presencia de varios coches radio patrulla del cuerpo policial.

—¡Vaya! Si va a resultar que hasta tienes razón. Venga, venga, ¡ánimo!

Bo se movía como una autómata.

Echaron cementerio adentro, por la gran avenida enarenada que se iniciaba frente a la puerta.

Ian pensó que no hacía falta preguntarle a Bo dónde se encontraba la tumba de la madre de Susannah. Bastaba con seguir el movimiento de los agentes uniformados para llegar hasta aquélla.

—La ha asesinado —musitaba, como en trance, la fotógrafo—. ¡Con las tijeras!

—Me pasa cada cosa a mí… —masculló Ian Shatner, mientras proseguía su avance llevando casi a rastras a la que seguía siendo una desconocida.

Una voz fuerte gritó entonces:

—¡Bo, Bo! ¿Qué haces tú aquí?

La chica giró la cabeza buscando el propietario de la voz.

—¡Kirk…!

Se deshizo del pelirrojo corriendo al encuentro del teniente de policía, para hundirse contra su tórax dejando que los brazos de él la estrecharan.

—¡Kirk! —repitió.

—Pequeña, pequeña —seguía estrujándola contra él—. ¿Por qué has venido?

Sollozando y consciente de que debía seguir ocultando la atroz realidad de sus percepciones, dijo a tirones:

—He… ¡He tenido… he tenido un horrible sueño!

—¿Sobre Susannah Müller?

—¡Sí! Está muerta, ¿verdad?

Kirk hizo una breve pausa mientras acariciaba los sedosos cabellos de Bo.

—Asesinada…

—¡Dios santo! ¡Qué horror! ¿Por qué, Kirk, por qué?

—Creo que ya hablamos de eso en comisaría, ¿no?

—¿Y yo —Ian se acercó a la pareja— puede saberse qué pinto aquí?

Kirk Langella miró al otro. Con una tenue sonrisa en los labios. Una sonrisa que no era posiblemente de agrado pero tampoco de censura. Una sonrisa ambigua que podía significar muchas cosas… o ninguna.

—Tú sabrás, detective. Hacía tiempo que no coincidíamos, ¿eh?

Ian Shatner también permitió que se dibujara en sus labios

carnosos un rictus de compleja y difícil definición. Movió lentamente aquella cabeza roja como una panocha que culminaba los ciento noventa y dos centímetros de su ágil, gimnástica y estirada figura. Dejó caer a la vez sus brazos largos como remos de evidentes y significados bíceps.

—Hace tiempo, sí. ¿A quién dices que han asesinado?

El policía volvió a mirarle en silencio. Como si lo estudiara por vez primera.

—¿No has leído lo de Faye Weaver?

Se pegó Ian una palmada en la frente.

—¡Claro! Me ha dicho que se llama Bo Parton. Faye había escrito un libro…

—¿Qué estás diciendo, Ian?

Bo se alejó entonces del teniente para situarse junto al pelirrojo.

—Es el mismo loco que asesinó a Faye.

—¿Tú has contratado los servicios de ese hombre, Bo? —preguntó Kirk Langella.

—Voy a contratarlos —susurró.

—¿Por qué?

Ian, ahora, se adelantó hacia el policía.

—Mira, Kirk —dijo con extraña suavidad—, ni ella tiene por qué responder a esa pregunta ni tú por qué formularla. ¿Hace falta que te recuerde algunos párrafos de nuestra democrática Constitución?

—¡Estoy hablando con ella, Ian! —Se encrespó Langella.

—Y yo contigo, Kirk. Las razones de mi cliente son personales… y punto.

Langella tomó a Bo por los hombros.

—Pequeña, ¿es que no tienes confianza en mí?

—¡Por completo, Kirk! ¡De veras! Mi relación con Ian no significa que tenga alguna duda con respecto a…

—¿No te parece que es suficiente, Kirk?

—Mira, Ian, te digo que si…

—No se te ocurra formular la más insignificante amenaza, ni veladamente tan siquiera —Ian arrastraba las palabras con peligrosa animosidad—, porque te garantizo que voy a hacer lo que llevo años conteniendo. ¿Entiendes, policía?

—¡Por favor! —sollozó ella interponiéndose entre ambos para evitar un más que posible enfrentamiento. Y dijo más calmada—:

Yo soy la culpable de todo esto y os ruego que me perdonéis. Olvidad este incidente, os lo suplico.

Justo en aquel instante un agente uniformado se situó a la altura de Langella, diciendo:

—Acaba de llegar el forense, teniente. Ha preguntado por usted.

—Bien, Smith. Voy enseguida. —Y mirando a Bo, le dijo con resentimiento que apenas conseguía dominar—: Nos veremos en la inauguración, ¿no?

—Te espero allí, Kirk. Aunque después de lo que acaba de suceder no sé si debo…

—Debes, pequeña, debes. Si aplazas la inauguración o la anulas evidenciarás frente al asesino que te están impresionando sus sangrientas evoluciones. Tienes que ser fuerte, Bo, más fuerte que él. Asistiré a la inauguración. Hasta entonces —miró ahora al detective—, Ian…

—Hasta la vista, Kirk.

Bo Parton alzó sus ojos hacia la cara juvenil del dinámico pelirrojo.

—¿Ves como no estoy loca, Ian?

—Pero sabes que tienes que explicarme muchas cosas, ¿no?

Sonrió apagadamente.

—Sí, desde luego.

Ian, con suave familiaridad que no desagradó a la muchacha, rodeó los hombros de Bo Parton para obligarla a caminar hacia la salida de la necrópolis, mientras, para quitarle yerro al entorno de cruces, lápidas, tumbas y siniestras tinieblas que ya empezaban a jugar extraños efectos ópticos descendiendo desde el cielo hasta formar un techo oscuro encima del camposanto, decía:

—Empezando por desvelarme la identidad de ese misterioso Stanley que te ha orientado hacia mí.

—¿De veras no lo recuerdas?

Movió la testa rojiza en negativa evidencia.

—De veras que no.

—Es un homosexual.

—¡Pues vaya alegría! ¿No irás a pensar qué…?

—Yo me tengo por una heterosexual de pies a cabeza —anunció, con una nueva y frágil sonrisa en sus labios de carnoso exotismo la fotógrafo— y él es mi representante artístico y comercial.

—Tú te dedicas a la fotografía, ¿no? —Vio la afirmación de Bo—. Has hecho exposiciones y ahora… ¡Eh, ya me acuerdo! ¿No había sido fotógrafo también el tal Stanley?

—Sí.

—¡Ya, ya, ahora sí! Le metieron en un buen apuro trucando unas fotos suyas. No es mal tipo pese a sus debilidades sexuales, no.

—Yo diría mejor que es un buen tipo.

Acababan de dejar atrás el cementerio donde trágicamente perdiera la vida, mutilada con todo horror y crueldad, Susannah Müller, cuando Ian Shatner, reteniendo con fuerza a Bo y obligándola a mirarla, inquirió:

—¿Puedo saber qué te pasa, pequeña? ¿El por qué Stanley te dio mis señas?

—Es largo. ¿Dónde podemos hablar con calma, Ian?

—¿En mi casa, en la tuya, quizá?

—No…

—¿No? —repitió él. Añadiendo—: Bueno, conozco un *pub* con reservados discretos en los que se puede hablar en la mayor intimidad. ¿Te vale eso?

Movió su oscura cabecita, afirmando:

—Me vale.

Ian agitó la diestra en el aire para detener el taxi libre que circulaba por las inmediaciones.

Acababan de acomodarse atrás cuando preguntó, jovial, el conductor:

—¿Adónde os llevo, pareja?

—Al 109 del Boulevard de San Bernardino.

—*O. K.* —y puso el vehículo en marcha.

Ian ladeó la cara para mirar de lleno el precioso rostro de Bo.

—¿Te sientes más relajada?

—Te juro que no lo sé…

—Veamos si esto sirve, princesa —y con la última sílaba tomó con los dedos pulgar e índice la barbilla de Bo acabándola de girar hacia él para, sin que la chica llegara a tiempo de impedirlo, besar sus labios jugosos, frutales, húmedos y deliciosamente sabrosos.

Al menos, se lo parecieron a Ian.

Sabrosos.

Bo Parton, sin saber por qué ni preguntarse en aquel momento la

razón, no se sintió molesta por el beso.

Antes al contrario.

Quizá por eso, por intuir el pensamiento de ella, el pelirrojo la volvió a besar con mayor profundidad y largueza.

—¡Ian… Ian, nos ve por el retrovisor!

—¡Que lo zurzan!

Capítulo VI

BO PARTON se abrió por completo.

Hizo partícipe al pelirrojo y despreocupado detective de todo lo sucedido hasta entonces. De sus inquietudes. De su horror. De la terrible tensión que hacía cautiverio de sus sentidos. De las trágicas percepciones.

De todo.

Quizá el sabor del *whisky* en la garganta y la penumbra reinante en el íntimo reservado contribuyeron a que Bo fuese más explícita y sincera que de costumbre.

En un punto determinado del monólogo que sostenía ella bajo la atenta mirada de Ian que la escuchaba sin perder pauta, él, tomando la nuca femenina con exquisita suavidad, la obligó a ladearse para besarla profundamente en la boca.

Saboreó largo y complacido la boca de Bo Parton.

Estrujó sus labios buscando la miel, el arrope que destilaban, bebiéndolo con fruición.

—¡Por… por favor! —se quejó ella tímidamente.

—Me gustas —le dijo el detective por toda justificación—. Y me gusta todavía más tu boca. Por eso la beso. Por eso me recreo en el sabor agradable, estimulante, de tus labios.

—No tengo el ánimo para…

—Pues debes tenerlo, porque pienso besarte muchas veces más. Muchas… Sigue con tu relato.

Minutos después concluía la narración.

Ian preguntó:

—¿Por qué te dedicas a eso?

En las sombras del coquetón reservado, Bo miró a Ian con las cejas arqueadas.

—¿Eso…?

—La foto pornográfica.

—¡Ian, sé ecuánime! Se trata de crímenes eróticos no de pornografía.

—Tendríamos que discutir horas enteras sobre la diferencia, Bo. ¿Por qué?

Hubo un encogimiento de los frágiles hombros de la chica.

—Bueno, pienso que hay varias razones válidas. La que más que soy una profesional que ha elegido dentro de su faceta artística el segmento que más le va… Pero en verdad, lo que pretendo es concienciar a la gente de la aberración que encierra todo crimen, especialmente aquellos que están gestados en la lubricidad, el incesto, los deseos malsanos. Son hechos que normalmente se esconden al pánico, se esconden quiero decir en toda la magnitud representativa que tienen procurando omitir aquellos detalles que se consideran morbosos, que pueden herir la sensibilidad y moral pública. Opino todo lo contrario, pienso que la gente sólo puede odiar la morbosidad teniendo conciencia exacta de lo que es la morbosidad.

—Admitido. Y genial la exposición. Ningún político hubiera defendido mejor su candidatura —dijo él con velada reticencia. Con un atisbo de ironía—: Bo…

—¿Sí?

—En el transcurso de las dos últimas percepciones que has tenido, relativas a los crímenes de Faye y Susannah, ¿no has logrado ver el rostro del asesino, sus facciones, algún rasgo que pueda servir para identificarlo?

Movió la cabeza en giros reiterados y negativos.

Exclamando, visiblemente nerviosa:

—¡No, no… no! ¡Y te juro que eso me preocupa! Es más, me obsesiona. Me tortura. Porque… —Se llevó una mano a la boca como queriendo echar hacia dentro lo que estaba a punto de confesar.

—¿Qué ocurre, Bo?

Un sollozo se hizo patente en el ámbito, brotando ahogado de la garganta femenina.

—¡Ian, Ian, voy a enloquecer! —Hizo un esfuerzo por dominarse. Sintiendo en su mejilla la caricia tenue de los dedos del pelirrojo, prosiguió—: He llegado a pensar que quizá no he visto al asesino porque… *porque soy yo misma*. Pienso que quizá tenga una

doble personalidad, un otro yo esquizofrénico… y que mi otro yo normal advierte las percepciones que viven en el otro, sus inclinaciones criminales. Y que cuando creo desmayarme no es más que una laguna que se produce en mi cerebro como consecuencia del paso de Bo Parton normal a Bo Parton esquizofrénica… ¡Que entonces cometo esos crímenes horribles, repugnantes!

Ian Shatner la acarició ahora con más fuerza, con mayor intensidad. Haciéndole vivir y sentir su presencia.

—Eso es absurdo, Bo. No habrías tenido tiempo material, en el caso de Susannah, de cometer el asesinato e ir luego en mi busca. Tranquila. Lo tuyo se trata simplemente de unas percepciones parapsíquicas que posiblemente se agudizan sólo cuando va a suceder algo grave a personas que están situadas en tu órbita, en tu entorno. Sucedió con el accidente de tu padre y está sucediendo de nuevo ahora. Has de intentar, por encima de todo, vencer esa absurda sensación participativa, ese sentimiento angustioso de culpabilidad. ¿Me oyes, Bo?

Alzó hacia él su carita exóticamente deliciosa. Sus ojazos personalísimos, negros, húmedos ahora.

—Sí…

A Ian se le cayó su rostro sobre el de ella, como imantado por una fuerza insólita, en deseo ardiente de volver a besar sus labios.

Bo abrió sus labios. Le dio a Ian toda la miel que eran capaces de albergar.

Participó esta vez Bo, a tope, del beso que él, con fuerza y deseo, estaba poniendo en su boca.

—Ian, Ian… ¿Qué tienes tú que no haya tenido ningún otro?

—¿Por qué?

—Nunca me he dado a nadie, así. A las primeras de cambio.

—Es que soy mucho tío, ¿entiendes? —bromeó—. Dudo de que hasta hoy hubieras conocido otro tan arrollador, tan masculino… Bo, en serio, tienes que luchar sola.

—¿Sola? —Había una pincelada de terror en las personales pupilas de la fotógrafo.

—La policía investigará exhaustivamente, yo voy a intentar reducir a ese diabólico psicópata por mis medios, pero la influencia psíquica que los hechos y *él* ejercen en tu cerebro, en el desarrollo de tus pensamientos, eres únicamente tú quien puede rechazarla.

¿Lo entiendes?

—Trato de entenderlo, Ian.

—Has de hacer más que eso. En una cosa tengo que darle la razón a Kirk Langella y es…

Como si al nombrar al teniente de la Brigada de Homicidios, Bo hubiese hallado la oportunidad anhelada de escapar, aunque sólo fuera por unos instantes, del contexto sólido y angustioso que era *leit motiv* del diálogo entrambos, inquirió:

—¿De qué conoces a Kirk?

—Nos desenvolvemos en mundos afines, ¿no? Hemos tenido nuestros más y nuestros menos. Fricciones, colaboración… Ha habido de todo, como en botica. Langella está en lo cierto cuando dice que se trata de un juego diabólico y criminal que gira alrededor tuyo. Es obvio que tu trayectoria profesional, por la razón que fuere, excita el morbo del asesino, lo enfurece, le recuerda algo que en algún instante de su vida irrumpió con fuerza en ella dejándolo marcado para siempre, dejando dañada su *psiquis*. A partir de ahí, ese sádico psicópata te hace responsable, culpable de la aversión y los recuerdos que tu trabajo desencadenan en su mente. Y busca lacerarte, torturarte cruelmente… Se ha propuesto enloquecerte, y está convencido de precipitarte a las simas tenebrosas de la locura cuando esa tensión que te envuelve, estalle. Bo, has de luchar al máximo, a tope, para vencerle. ¿Eres consciente de ello?

—Trato de mentalizarme de que es así —sonrió ella con leve pincelada de preocupación y amargura. Inquiriendo—: ¿Qué piensas hacer, Ian? Me refiero a las investigaciones, claro.

—Tú me puedes preguntar hasta por mi vida privada, pequeña —Ian la miró abierta, admirativamente, haciéndole un guiño simpático y cariñoso. Y puntualizó con cierta ironía—: No tengo ningún ligue por el momento. Verás, es que estoy convencido de que tú vas a ser mi último y definitivo ligue. Presentimientos que se tienen al ver a una persona, ¿sabes?

—En serio, detective…

—¿Cuándo he dejado yo de hablar en serio, carita exótica? Tienes unos ojazos que deslumbran hasta con sol. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que valdría la pena pasarse la vida atado a tus pies por el sólo hecho de contemplar esos ojazos?

—En serio, Ian…

—¿No te parece serio, ardiente belleza del Caribe, que me esté enamorando de ti al *sprint*, a pasos agigantados, que me vuelva loco?

Bo, en un arrebato, se colgó de la nuca del pelirrojo, obligándole a bajar la cabeza para sepultar entre los de él sus labios húmedos, carnosos.

Después de unos minutos, jadeante y casi sin aire en los pulmones, susurró la muchacha:

—A ver si así dejas de decir bobadas.

—Repítelo y te quedas sin detective. Lo matas de un infarto.

—Te he preguntado qué pensabas hacer, Ian —insistió la escultural y hermosa fotógrafo.

—Bueno —se mordió Ian Shatner el labio inferior, el que acababa de besar Bo furiosamente, con cierto aire dubitativo. Luego —: En principio, la opción que se me antoja más válida, y la única que existe por otra parte, es averiguar la vida y milagros de quienes te rodean, de cuantas personas desenvuelven su actividad profesional o privada cerca de ti.

—Exactamente lo mismo ha dicho Kirk —apuntó ella.

Ian dejó escapar una tenue risita.

—Sí. Ese Langella no es un mal policía, no. Se me antoja, a pesar de los pesares, bastante competente. Apto, apto… No tanto como yo, claro. Pero salvando las distancias de intelecto que nos separan…

—¡Engreído!

—¡No, no, nada de eso, muñeca! Que valgo y basta. Y ahora nombres por favor, *mademoiselle*. Nombres…

Los fue desgranando Bo (incluidos los domicilios en aquellos casos que sabía) mientras él iba anotándolos minuciosamente en una pequeña agenda de bolsillo con cubiertas plastificadas en negro.

—Pequeña —murmuró él despacio, como si temiera la reacción de ella frente a lo que se disponía a decirle. Repitiendo con inflexión de duda—: Pequeña…

—¿Sí? —Pretendió ayudarle Bo.

—El que tengas que luchar sola contra los fantasmas de tu cerebro no significa forzosamente que de una manera física debas

estar también sola, ¿entiendes, Bo? —Antes de que ella pudiera responder al interrogatorio, agregó el pelirrojo—: Quiero decir que podemos vivir juntos hasta que el problema quede definitivamente solventado. Te hablo con el corazón en la mano y lo sabes, ¿verdad? Quiero decir, quiero dejar bien sentado, que no actúo en plan oportunista. Que con este ofrecimiento no trato de obtener prebendas o privilegios sexuales.

—¡Que renuncias al derecho a pernada, vamos! —sonrió, por primera vez abierta y espontáneamente Bo Parton. Añadiendo—: Lo sé, Ian. Lo sé. Creo que en poco tiempo estoy aprendiendo a conocerte bien y a saber cómo eres. Sé lo que dices y sé por qué lo dices. Gracias. Pero pienso que debo hacerme a la idea de que las cosas tienen que seguir exactamente igual que antes, como estaban, que debo hacer mi vida tal cual la venía haciendo hasta ahora. Es curioso de todas formas…

—¿El qué, Bo?

—Michael York me ha dicho lo mismo que…

—Pero él quiere acostarse contigo, ¿no lo entiendes? Ese tipo me lo hago como un perfecto cachondo mental.

—¡Por favor, Ian! Es una buena persona. De veras. Oye, Ian…

—¿Sí? Oigo.

Bo le miró con fuerza, rectamente a los ojos.

—¿Es que tú no quieres acostarte conmigo, eh? —preguntó de pronto, inesperadamente, la bella fotógrafo.

Ian Shatner no dudó ni un solo instante en responder:

—¡Sí! Claro que quiero.

—Sabía desde el principio que eres un muchachote sincero. Es hora de terminar…

—¿Así por las buenas?

—Así —cabeceó Bo, preguntando—: ¿Me acompañas a casa, detective?

—¿Ya?

—Ya. Ahora. Creo que necesito descansar más que nunca.

—*O. K*. Como quieras. Vamos…

Bo, al momento, se puso en pie. Esperando ser besada en profundidad, con largueza.

Que lo fue, obvio.

Capítulo VII

APENAS hubo cerrado tras sí la puerta de su aparta mentó, Bo comenzó a lamentar no haber aceptado el ofrecimiento de Ian Shatner.

Incluso el que con anterioridad le había efectuado Michael York.

Ella había dicho que todo tenía que seguir igual, que su vida debía continuar como hasta el momento, como si nada hubiera pasado…

Pero había pasado.

Y era peligroso, tanto para su integridad física como psíquica, empeñarse en la normal soledad consuetudinaria.

¿Y si llamaba por teléfono a Ian para decirle que había cambiado de opinión?

Ian…

Le caía bien aquel tipo pelirrojo de maneras familiares y despreocupadas. Sabía hacerse querer a las primeras de cambio…

¿Querer?

«¡Bah! —Pensó casi en voz alta—. No es momento para pensar en el amor… ¡Pero besando es un lince el puñetero!».

Bo imaginó que estaba pensando en todos aquellos hechos triviales, intrascendentes por el momento en cuestión de fondo, para distraer su atención, su interés, de otras circunstancias agobiantes, horribles…

Que le producían tensión infinita. Angustiosa. Asfixiante.

Ian Shatner era un tipo que le caía bien. Fantásticamente bien, sí.

Kirk Langella tampoco era para hacerle ascos. Tenía también una fuerte personalidad. Algo…

Pero distinto a Ian. Ian era, por decirlo de alguna manera, otra cosa.

Cuando Bo asomó al *living*, solitario y silencioso *living* de su casa,

sintióse de pronto terriblemente incómoda.

Era como si de repente la presión atmosférica reinante allí dentro se hubiera intensificado de tal forma que convirtiese el ámbito en irrespirable, que hiciera de él una soga tan invisible como lacerante que la fuera asfixiando poco a poco, muy despacio, lentamente…

¡Y notó que el aire le faltaba en los pulmones! ¡Que su corazón se agitaba a causa de ello y galopaba desbocado propinando aldabonazos que sonaban dentro de Bo como tétrica música de réquiem!

«Estoy… ¡vuelvo a estar nerviosa!».

Comenzó a moverse por la estancia como convencida de que si alteraba de continuo su ubicación física en el lugar, desaparecerían aquellas inquietudes que, sin tener nada de concreto, mucho tenían de reales.

—Me cambiaré de ropa antes que nada —murmuró, mientras descorría las finas cortinas de encaje que cubrían los amplios ventanales que permitían el acceso al balcón-terraza, como buscando una mayor claridad.

Claridad que no existía, porque afuera ya las sombras de la noche se habían adueñado por completo de la ciudad.

La noche comenzaba a estallar, a vivir…

El solo hecho de pensar que la esperaba una noche completa, larga, interminable, en soledad, la hizo estremecer vivamente.

¿Por qué no telefoneaba a Ian?

¿Vergüenza? ¿Pudor absurdo?

Cualquier sensación era preferible a la de tener que consumir una noche entera en las sombras impenetrables de la soledad escuchando los ruidos del silencio.

Sí, aquellos ruidos excitantes, tenues pero hirientes, que sólo podían oírse en el silencio.

Se apartó bruscamente de los ventanales para correr hacia una mesita situada a la izquierda del mueble-bar encima de la cual se hallaba una caja de tabaco.

La abrió, con precipitación, extrayendo con dedos trémulos un cigarrillo que llevó a los labios. Al tomar con la diestra el mechero de pie se dio cuenta de que su mano temblaba ostensiblemente.

Y se le hizo difícil acercar la llama al pitillo.

—¡Dios mío! Qué tortura me espera esta…

Un peso, justo en aquel preciso instante de excitación, inquietud y temblores, se concretó encima de su hombro derecho.

Y una voz dijo:

—Bo…

Giró con los ojos dilatados y el alarido a flor de labios. Fuera ya de ellos:

—¡Aaaaaaaaah!

—¡Bo, por favor! ¡Cálmate! Soy yo…

Era Peter Andress, su exmarido.

Lo hubiera asesinado, en aquel momento, con extraordinario placer.

Cuadrando las mandíbulas, crispada toda ella todavía, inquirió:

—¿Cómo has entrado aquí?

—Sigo teniendo la llave, pequeña. Que yo recuerde no me la pediste al divorciarnos…

—Deja de llamarme pequeña, Peter.

Él hizo intento de acercarse y Bo, instintivamente, con un gesto de repulsión, se echó atrás.

—Los buenos modales son los buenos modales, ¿no, criatura?

—Tus mimos están fuera de lugar, Peter. ¿Puedo saber a qué has venido?

El apuesto *gigoló*, que un día llegó a ser marido de aquella belleza de cara exótica, trató de jugar con sus físicas virtudes masculinas sin que el éxito le acompañara en lo más mínimo.

—Pierdes el tiempo, Peter —dijo ella con evidente desprecio—. Te conozco demasiado. Y acabo de hacerte una pregunta.

Él, con una sonrisa de hombre importante en los labios, anunció:

—Estaba viviendo con Susannah.

Bo Parton reflejó al momento una expresión de incredulidad.

—¿Con… con Susannah Müller?

—Con Susannah Müller, sí.

—¡Cerdo! —Le escupió furiosa, con desdén.

—¿Sientes celos, Bo?

—¡Imbécil! Sólo puedo sentir lástima por ella. ¿De qué vil argucia te serviste para…?

—¡Eh, eh, detén el carro, prenda! Nos encontramos hace un par de semanas, casualmente, en Nueva York. Casi se arrastró a mis pies

suplicando que viniese a vivir con ella. ¡Y me ha tenido quince días enclaustrado para que tú no me vieras! Tenía miedo la muy estúpida de que…

—Habla con más respeto, Peter. Ella…

—Está muerta, lo sé. Por eso estoy aquí, Bo.

—Explícate.

—Susannah estuvo esta mañana en… ¿Me das un cigarrillo?

Bo se apartó desdeñosa de la mesa ratona, diciendo:

—Cógelo…

Lo hizo, prendiendo un extremo para aspirar el humo con fruición. Trasechar retorcidas columnas que fueron diluyéndose en el ámbito al contacto con el aire, prosiguió:

—Fue a la comisaría para declarar sobre el asesinato de la escritora esa que había hecho el libro sobre tus aptitudes. Me dijo que os habíais encontrado. Yo quería que… Bueno, le dije que no se moviera más de casa, pero Susannah objetó que era día cinco y que todos los días cinco de cada mes iba al cementerio a depositar rosas rojas en la tumba de su madre. No quise intervenir ni interferir en ello. Me limité a decirle que no regresara tarde… Al poco de marcharse ella he salido a dar una vuelta. Regresaba cuando me he tropezado con los coches patrulla y he oído comentar a unos polis lo que había sucedido en el cementerio.

—¿Y…?

—¡He salido corriendo sin subir al piso!

—¿Por qué? —Había un matiz entre irónico e hiriente en la pregunta lanzada por Bo.

Él, ahora, hizo un gesto imperioso.

—¿Es que no lo entiendes?

—No…

—¡Me pueden acusar del asesinato de Susannah! La policía tiene reacciones muy estúpidas.

—Pero tú eres inocente, ¿no?

—¡Bo, por Cristo! ¿Tú me crees capaz de matar a alguien?

Un rictus de conmiseración bailó ahora, fugazmente, sobre las facciones exóticas de la fotógrafo.

—Eres un gusano, Peter, pero no tienes instintos de asesino. ¿Por qué piensas que la policía puede acusarte?

Peter Andress se removía por la estancia con evidente

nerviosismo. La incertidumbre y el temor estaban presentes en todos y cada uno de sus ademanes.

—Verás —comenzó, dando la sensación de que no encontraba las palabras equivalentes que razonaran su incómoda situación—, mi postura es tremendamente difícil, ¿sabes? He pasado dos semanas en compañía de Susannah sin apenas salir de su casa. No puedo probar que eso sea así porque ella está muerta, ¿comprendes? Mi ropa está en su casa, sí, ¡pero eso no prueba nada! La poli pronto sabría que suelo vivir de las mujeres y…

—Y pensarán al mismo tiempo que no eres tan imbécil como para asesinar a tu actual gallina de los huevos de oro.

—Puede… Pero mientras llegan o no a esas razones me mantendrán encerrado. Necesito largarme cuanto antes de San Francisco.

Una sonrisa tan elocuente como despreciativa apareció en los carnosos labios de ella.

Dijo, reticente:

—Y no tienes dinero, claro.

—No. ¿Quieres ayudarme, Bo?

—Si te vas de esa manera, si huyes, no harás otra cosa que reforzar las posibles sospechas de la policía. ¿Has pensado en eso?

—¡Sí, sí! Pero me importa un rábano. Sólo quiero poner tierra de por medio. ¿Vas a ayudarme, Bo?

—¿Por qué yo precisamente?

—Porque eres la única persona que… que…

—Cada día me siento más dichosa de haber tomado la acertada resolución de apartarte de mi vida.

Peter Andress se puso muy tenso, extremadamente rígido.

—No me humilles más, Bo —masticaba letra por letra—. Ya lo hiciste bastante durante la vista de nuestro divorcio. Piensa que estoy muy nervioso…

Bo Parton cuadró las mandíbulas con furia al tiempo que ponía los brazos en jarras.

Lo último que en aquel instante se le hubiera ocurrido pensar a la fotógrafo era que, pasado el susto inicial que le había proporcionado la inesperada presencia de su exmarido en el apartamento, aquella misma presencia y la subsiguiente discusión que estaban manteniendo era para ella un bálsamo, un fuerte

antídoto que conseguía anular la serie de inquietantes sensaciones, el miedo que la invadiera desde el momento en que pisara su casa.

No. Bo, no pensó en esa aliviante circunstancia. Ni tampoco en que todo en la vida tenía su parte positiva.

—¿Me estás amenazando? —preguntó.

—Bo, Bo, sólo he venido a pedirte un favor.

—A sacarme dinero como en los viejos tiempos, diría yo.

Peter no pudo contenerse y saltando sobre la mujer la golpeó en el rostro.

Bo le escupió en la cara al tiempo que, restregándose las doloridas mejillas, gritaba:

—¡Canalla!

Peter ensayó un nuevo ademán de agresión pero…

Pero los cristales de aquel amplio ventanal que daba paso al balcón-terraza saltaron hechos añicos en una parte determinada de los mismos, porque alguien acababa de embestirlos, violentamente, con la testuz por delante.

Alguien que cayó dentro del *living* como si lo hiciera procedente del cielo y que sin presentarse ni saludar, sin preguntar lo que estaba pasando allí, el cómo ni el porqué, se fue recto a Peter Andress metiéndole el puño derecho en la boca del estómago para proyectarlo contra la pared más cercana, tras haber derribado una butaca en tierra en su veloz e inesperado trayecto.

Luego, sin darle tiempo a rehacerse, lo alzó por el cuello de la chaqueta, marcándole los nudillos en mitad de la jeta.

Peter, asombrado, escupió un hilo de sangre por la boca y trató de restañarse con el revés de la zurda la que le brotaba de la nariz.

—¡Ian… Ian, quieto! —Gritó Bo, al reconocer en aquel huracán viviente al pelirrojo detective—. Es un pobre diablo…

—¿Un pobre diablo has dicho? Yo le enseñaré a…

—¡Es Peter Andress! Mi exmarido.

Se detuvo, obviando el siguiente puñetazo que estaba decidido a arrearle.

—¡Ah, vaya! ¿Y qué vela le han dado en este entierro?

Bo le hizo un breve resumen de lo sucedido. Preguntando a renglón seguido:

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Ian?

—Llámalo premonición si quieres —repuso él con su habitual

desenfado—. Pero ciega, ¿eh? Sin ver nada… Se me ha ocurrido pensar, después de separarnos, que el asesino, a lo peor, cansado de jugar con tus nervios, había decidido venir directamente por ti. Me he servido de la escalerilla de emergencia y luego… Así que el *señor* —matizó con énfasis insultante la palabra señor—, vivía ahora a costillas de Susannah Müller, ¿eh?

Andress dejó de limpiarse los chorrillos de sangre que salpicaban su cara, protestando:

—¡Fue ella quien me trajo desde Nueva York!

—¿Arrastrándote… o quizás atado?

—Bueno…

—¡Largo de aquí, puerco! —Le escupió, gritando, el detective—. ¡Fuera de esta casa!

Como te vuelva a pillar molestando a Bo, te juro que te vas a…

—Ian —le cortó la exótica mujer—, por favor. Permíteme un minuto…

—Como quieras —se encogió de hombros el pelirrojo—. Tú sabrás lo que debes hacer con esa basura.

Bo Parton ayudó a recuperarse a Peter, acompañándole después hasta la salida del piso. Por el camino deslizó los dedos de la diestra dentro de uno de los bolsillos de la chaqueta de su exmarido metiendo en el interior unos billetes arrugados.

—No deseo volver a verte jamás, Peter —sentenció, con la puerta abierta de par en par.

Él, moviendo la cabeza en sentido afirmativo y sin atreverse a mirarla a los ojos, se perdió con presteza escaleras abajo.

Bo, fue junto a Ian.

—Doy gracias al cielo por tu presencia. Me habría librado sola de Peter… pero me hubiese quedado con el temor dentro del cuerpo. Eso sí es algo que no soy capaz de echar sola, ¡oh, Ian, Ian!

Corrió a refugiarse entre los vigorosos brazos del detective experimentando un alivio sensacional, sublime, cuando él la estrujó literalmente contra su tórax poderoso.

La propia Bo alzó la cabeza, después, para ofrecer entreabiertos sus labios golosos.

Roja su carita de exótica belleza y fuerte atractivo sensual, confesó en un susurro:

—Nunca había deseado a un hombre como te estoy deseando a

ti, Ian…

Él, antes de acceder al beso que ella suplicaba con la boca dulcemente abierta y con el mensaje que destilaban sus maravillosas pupilas azabache, inquirió:

—¿Es la soledad y el terror, la tensión que te sobrecoge, quienes te obligan a desearme?

—Soy adulta, Ian —le reprendió ella—. Y muy capaz de desligar las emociones que siento. Por miedo podría desear tu compañía… por la pasión que me inspiras es por lo que te deseo. ¿Querías oír eso de mi boca, amor?

—Sí. Pienso que sí. Soy, en el fondo, un hombre muy vanidoso.

—Bésame, tengo hambre de tus besos, Ian.

Sació el pelirrojo aquel apetito del que Bo hablaba robando sus labios y el sabor de ellos con avaricia casi violenta, con desesperación.

Un beso siguió a otro, para dar paso después a las tímidas caricias de principio.

Cuando Bo notó el dulce cosquilleo de la boca de Ian deslizándose por la piel de su garganta, tembló de placer.

Y al notar que las manos del pelirrojo estaban librándola de la ropa para hacerse dueño posteriormente de sus pechos y excitarlos con una sapiencia fuera de lo común, comenzó a circular el éxtasis por todos los rincones de su exacerbada naturaleza.

No supo cómo llegaba encima del lecho, ni cómo ni cuándo era poseída, pero sí supo de aquel estallido vivificante, de aquel diluvio lúbrico que la proyectó contra las cordilleras del arrobo trompicando en los acantilados del delirio.

Fue un amor como ella jamás había conocido otro. Fueron sensaciones, vivencias paradisíacas, a las que llegaba por primera vez en su existencia y que la hicieron desear, con frenesí, fundirse dentro de Ian Shatner y quedarse en él por toda la eternidad.

—Vida mía… —musitó, en las colinas del éxtasis.

—¿Has sido feliz, Bo? —quiso saber el pelirrojo al tiempo que prendía un pitillo.

—He creído volverme loca, amor.

Ian aspiró una larga bocanada de aromático humo. Y antes de expulsarla, haciéndolo luego despacio, conforme hablaba, desgranó:

—Es curioso cómo suceden las cosas en la vida de uno. Hace

apenas unas horas no tenía ni idea de que tú existieras.

—Ya sé que he sido muy poco juiciosa. Y no me arrepiento, Ian. Sólo pretendo tu silencio de caballero.

—Estamos en el siglo XX, muñeca. La mujer tiene perfecto derecho de elegir, de desear, de entregarse… Te doy mi palabra de que estas situaciones no las anoto en ninguna agenda. Además, lo peor del caso, es que me estoy enamorando de ti.

—¿Lo peor? ¿Por qué?

—Verás —expelió columnitas de humo—, me asustan las obligaciones. ¡Y no por comodidad! Ocurre que llevo muchos años viviendo a mi manera y temo no saber asumir en conciencia las responsabilidades que pueda adquirir libremente.

—Nadie ha insinuado nada con respecto a responsabilidades ni a obligaciones —protestó tímidamente Bo, al tiempo que runruneaba como una gatita en celo rozándose, cobijándose contra el cuerpo vital, desnudo, de Ian.

—Lo pienso yo y es suficiente.

—¿Por qué no nos olvidamos de eso ahora, amor?

—Puede que tengas razón, sí. ¿Intentamos dormir unas horas?

—Sí. —Se subió encima del torso del pelirrojo y repitió, interrogante—: ¿Sí?

—Mañana, hoy mejor dicho, me espera una ardua labor. ¿A qué hora se inaugura tu exposición fotográfica?

—A las siete de la tarde. En la sala de exposiciones de la Public Pictures y Co. ¿por…?

—Porque a esa hora tengo que saberme de memoria los antecedentes, vida y milagros de cuantos te rodean.

—¡Ah! —Exclamó Bo como si cayera de muy lejos—. ¿Quieres creer que por un rato me había olvidado por completo de…?

—Pues sigue olvidándolo y duerme. ¿Ves cómo ahora estás completamente relajada?

—Sí, ¡y enormemente feliz!

Ian la besó en la boca.

—Pues ahora duerme, ¿eh?

Capítulo VIII

TRAS echar una ojeada al reloj tomando consciencia de que apenas le quedaba cincuenta minutos para arreglarse y aparecer en la sala de exposiciones, Bo pasó frente al tocador.

Ian…

No quiso entrar en la disquisición de que la figura del atlético pelirrojo había entrado con tal fuerza en su ser, en su pensamiento, que se había bastado por sí solo para expulsar de aquél a…

Cerró los ojos renunciando a concretar.

Después, dibujando una amplia sonrisa en sus labios plenos de madurez sensual, los ahuecó, mientras pensaba cuál sería el lápiz de labial más apropiado.

Era gratificante, y ese *flash* mental no pudo ni quiso eludirlo, comprobar que su espíritu se encontraba de nuevo con la juventud física que lo envolvía y con unas ganas inmensas, desproporcionadas casi, de vivir.

Dejó la barra de labios pasando de inmediato al cabello. Estaba nerviosa desde luego, pero nerviosa por pensar cómo luciría más hermosa, qué peinado la ofrecería más bella y rutilante, más excitante, deseable, a ojos de Ian Shatner.

¿Coletas?

¡Eso! Trenzas al estilo mexicano que dejaban al descubierto su esbelta garganta y siempre le habían sentado de maravilla.

Trenzas, sí…

Al cabo de varios minutos contempló la obra de su peinado en la luna limpia y transparente del tocador cabeceando, aprobatoria, satisfecha y feliz, segura de que el pelirrojo le cautivaría la ligereza que aportaba a su rostro el sencillo peinado.

«¿Y qué me pongo encima?».

Bueno… ¿La blusa roja de volantes sobre el busto, cerrada al cuello y el pantalón negro de cuero?

«Sí», asintió, satisfecha, corriendo con la alegría de una colegiala hacia el armario.

Apoyó la mano derecha encima de la pulida superficie de poliéster, ayudando a correr la puerta de uno de los tres cuerpos hacia abajo.

Estaba removiendo las perchas en busca de la blusa cuando algo extraño, inesperado, sucedió en su cerebro.

Delante de sus ojos.

¿Por qué ella acababa de abrir el armario y estaba mirando hacia el interior del mueble, verdad?

¿VERDAD?

Parpadeó.

Para desterrar de sus pupilas lo que le parecía totalmente ilógico.

Porque…

… no era lógico que en el interior del armario, colgando de la barra de acero transversal, hubiese unas… TIJERAS.

TIJERAS…

Estaban allí.

Las veía…

¡Veía cómo goteaban sangre!

Volvió a parpadear y, cuando sus ojos se abrieron las tijeras… ¡las tijeras ya no estaban allí!

Estaban ahora…

¡… estaban en manos del asesino!

Bo Parton, mecida por el horror, sintiendo otra vez que aquella tensión aniquiladora subía hasta su garganta comenzando a asfixiarla, intentó ser coherente con la percepción.

Sólo una cosa le dejaba concretar su excitación: que el criminal malévolo portando sus diabólicas tijeras estaba allí, en su apartamento.

Pero ¿dónde exactamente?

Echó a correr enloquecida cruzando el *living* al galope, con el corazón apelotonado en la boca y los latidos retumbándole en la cabeza, martilleando sus sienes.

Sabía… ¡sabía que *él* acababa de iniciar el avance tras ella, procedente del balcón-terraza!

Bo Parton, a lomos de la alienación, con sus pupilas negras cual

noche de horrores disparadas por delante de su cuerpo en búsqueda afanosa de huir al espectral diluvio de terror que empapaba su naturaleza… Bo Parton creyó que nunca jamás alcanzaría la puerta del apartamento y saldría por ella a las escaleras.

Percibía…

Notaba…

Azotándole casi en pleno rostro el ígneo y fétido a la vez de la bestia criminal que corría tras ella.

GRRRRRRRRRR…

El gruñido malévolo la hizo estremecer perdiendo el equilibrio hasta golpearse, dolorosamente, contra una de las paredes del pasillo.

Pero Bo no experimentaba ningún dolor físico.

Era el alma la que le dolía de manera lacerante.

GRRRRRRRRRR…

El rugido bestial había sonado casi dentro de sus oídos mientras ella seguía tropezando, rebotando en el muro, deslizándose pegada a él en busca de aquella puerta que nunca encontraba.

LAS TIJERAS…

Las sentía casi resbalar en la piel de su nuca, iniciando un diabólico movimiento de desgarro.

Luego serían los ojos.

Sus ojos…

Los ojos profesionales de Bo Parton.

Que eran realmente lo que pretendía aquel satánico demente.

Jadeaba tras de ella, golpeando ya contra su espalda.

GRRRRRRRRRR…

—¡Socorroooooooooooo! —aulló despavorida, horriblemente consciente de que aquella bestia ávida de sangre se precipitaba ya encima de su cuerpo.

Pretendiendo aferrar su nuca, hacerla girar… hundir las afiladísimas puntas de las tijeras en sus pupilas, con saña una y otra vez, hasta arrancarle los ojos de las órbitas, hasta llevárselos afuera ensartados en el acero.

—¡Socorrooooooooooo! —repitió.

Iba…

¡Iba a atraparla con aquella zarpa bestial que se extendía sobre su nuca!

Era el fin.
¡Pero! ¿Y la puerta?
¡LA PUERTA…!
¿Dónde estaba la puerta?
Bo Parton, en su loco y desesperado devenir, se dio de lleno, de bruces contra la puerta, pero tampoco ahora, pese a la violencia del impacto, experimentó el más insignificante dolor.
—¡Dios mío, Dios mío, ayúdame!
LA PUERTA…
El único camino, la última esperanza de escapar, de hurtarse a la acción trágica y sangrienta de las tijeras.
¡LA PUERTA ESTABA CERRADA!
Creyó, estaría siempre convencida y segura, de que abrir la puerta le había costado un millón de años.
Tal vez más…
Voló por el rellano trompicando en la baranda, yendo de ésta hasta el muro, antes de enfilar rectamente los peldaños con grave riesgo de perder el equilibrio y romperse la cabeza en mil pedazos.
Pero Bo no pensaba en eso.
No podía pensar en otra cosa que no fuera alejarse más, y más y más de las puntas agudas, criminales, carniceras del diabólico instrumento que el criminal psicópata blandía en su persecución.
Alejarse de las…
TIJERAS.
Definitivamente.
Si no lo conseguía aquella tensión que amenazaba con romper las cavidades de su cerebro acabaría estallando, haciendo añicos la cordura, enloqueciéndola para siempre.
—¡Socorrooooooooooo!
De repente se quedó quieta, lo mismo que si unos hilos invisibles tirasen de ella hacia arriba y hacia atrás.
Rígida.
Erecta.
Justo cuando los brazos la atenazaban.
La encerraban.
¿Cómo aparecía por delante?
Sus ojos dilatados, terriblemente abiertos pero ciegos, ya no veían nada.

Porque Bo Parton sabía que el fin había llegado.

Ahora…

Ahora que estaba a un paso de encontrarse con la verdadera felicidad.

Se hizo en su mente una oscuridad impenetrable.

Mientras los brazos estrujaban su cuerpo.

LAS TIJERAS… vendrían desde atrás, cruzarían por delante de su frente y ¡ZAAAAAAAAAAAAS!, se hundirían en sus pupilas con sádica complacencia.

TIJERAS, sí.

El fin, desde luego…

—¿Y dice usted, doctor, que no llegó a consumar ninguna de las dos violaciones?

Edward Stallone, psiquiatra, director médico del S. F. State Mental Hygiene, miró con sus ojos cansados desde detrás de los gruesos cristales sostenidos en la montura de carey que resbalaba hasta casi el extremo de su roma nariz, a su interesado interlocutor.

Respondiendo tras un breve respiro:

—No.

Ian Shatner se mordió el labio inferior.

—Perdone que insista, doctor. ¿Por qué?

—Por miedo —sentenció el psiquiatra.

—Perdonará mi impertinencia, doctor, pero sigo sin comprender nada de nada. Un hombre que se propone llevar a cabo una violación y que luego no la consuma, ¿por miedo?

—Exacto, señor… Shatner me ha dicho, ¿no? —Vio el cabezazo aquiescente del pelirrojo y siguió—: La mente humana es complicadísima, mi querido amigo. En ella se encierran a veces deseos ancestrales nacidos en una larga etapa de frustración que nunca cristalizan, aun existiendo la oportunidad, precisamente porque ese prolongado letargo ha creado una aureola de temor, de pánico, en torno a aquello que se desea y pretende. Mire, por lo que pudimos saber entonces a la hora de redactar el historial psiquiátrico de Dustin Weld, ese muchacho mostraba una *psiquis* complicadísima, ¿sabe? Existía de base un acusado complejo de inferioridad nacido, al parecer, en función de sus menguados atributos físicos. Delante de cualquier espécimen hembra se sentía infinitamente más pequeño de lo que era y de ahí que las mujeres le

causaran terror y hasta rechazo.

Carraspeó el médico y viendo que Shatner respetaba su fugaz silencio, hilvanó la conversación en estos términos:

—De otra parte, Dustin Weld se había criado, había crecido, en uno de los barrios más subdesarrollados de Chicago y en un ambiente familiar deplorable. Su padre, según se desprende de lo que él nos dijo y pudimos averiguar a través de la policía de aquella ciudad, era un borracho libertino que acabó totalmente alcoholizado, con fuerte *delirium tremens* y profundas fases alucinógenas, que le llevaban a imaginar retorcidas escenas sexuales entre su mujer y otros hombres, por lo cual la molía a golpes y la insultaba, escupía, etc. Dustin vivió todos aquellos horrores aprendiendo a odiar a su padre y admirándolo a la vez muy en el fondo, mientras sentía pena por su madre y a la vez desprecio. Ella ponía al padre como ejemplo del mal, de la perversión, y de todo aquello que él, Dustin, no debía hacer jamás cuando fuera mayor… Entre uno y otra destrozaron su cerebro en plena formación. Eso lo tuvo muy en cuenta el juez así como el hecho de que las violaciones no se consumaran, dictaminando su estancia en este centro.

—¿Cuánto hace que Dustin llegó a San Francisco?

—Como seis años o siete. Decidió alejarse de Chicago después de haber cumplido dos años de prisión por intento de atraco.

—¿También eso se justifica a través de su incapacidad psíquica?

—¡Sí, por supuesto! —exclamó el médico con vehemencia.

Ian Shatner dejó transcurrir en vacío unos segundos, intencionadamente, antes de echar su rostro hacia adelante, golpeándolo con cierta sonoridad contra el filo de la mesa que los distanciaba, inquiriendo despacio, muy despacio:

—¿Es capaz… *capaz*, Dustin Weld, de cometer un asesinato?

Edward Stallone se removió, parpadeando, con cierta inquietud.

Sus incisivos se hincaron en el labio inferior y la duda aleteó frente a él, antes de que dijera:

—Ésa es una pregunta, señor Shatner, a la que honradamente no puedo contestar.

—¿Por qué, doctor…?

—Porque sería aventurar un juicio, un temerario juicio, que no estoy plenamente facultado para emitir —el psiquiatra empujó nariz adentro la montura de sus gafas al tiempo que musitaba—: Pero, si

le sirve de algo, lo que estoy en condiciones de aseverar es que cualquier ser humano, cualquiera de nosotros, independientemente de cuáles sean nuestras condiciones psíquicas, podemos perpetrar un crimen.

—Entiendo —musitó, alzándose de la silla en que hasta entonces había permanecido sentado el pelirrojo. Añadiendo a renglón seguido lo mismo que si hablara para sus adentros—: Entiendo que Bo Parton tiene muy cerca de ella a un perturbado mental, un asesino en potencia, que puede ver en la obra fotográfica de ella el reflejo de las terribles vivencias que sufrió de pequeño, desatando esos instintos…

—¡Señor Shatner, señor…! —exclamó el médico vivamente preocupado alzando la diestra como tratando de detener las reflexiones que el detective patentizaba fónicamente. Siguiendo—: ¡Señor Shatner, escúcheme… escúcheme, por favor!

—¿Sí?

—Mucho cuidado con las composiciones de lugar. Le he dicho que Dustin Weld tiene una psiquis complicadísima y cualquier cosa que usted pueda hacerle…

—¿Me está tomando por un verdugo, doctor Stallone?

El médico se alzó a su vez de la butaca ensayando un ademán cordial, tranquilizador.

Dijo:

—No acostumbro jamás a ofender a mis interlocutores.

—Perdone, doctor —Ian forzó una sonrisa—. Creo que he estado un poco brusco.

—Le comprendo perfectamente, Shatner. Sé que es usted un profesional que trata de hacer bien su trabajo, pero que llevado precisamente de ese celo y frente al desconocimiento de la problemática psíquica de un hombre como Dustin Weld puede, sin desearlo, llegar a cometer un error. Eso, y no otra cosa, es lo que pretendía decirle.

—Entiendo, doctor. Y gracias por su colaboración —extendió la diestra hacia el facultativo por encima de la mesa—. Ha sido un placer.

—Igualmente, Shatner —el médico aceptó con agrado la mano que el detective le ofrecía.

Media hora después, Shatner se hallaba en el domicilio de

Dustin Weld, chófer de la fotógrafo.

Nadie respondió a la insistente presión que su dedo ejercía en el zumbador de la vivienda.

Ian estuvo tentado de forzar la cerradura pero desistió, pensando que era pronto todavía para dar aquel paso.

Pero no para acudir junto a Bo Parton y preguntarle si estaba al corriente de la problemática personal y psíquica de Weld.

SEGUNDA PARTE

Tensión

Capítulo IX

APENAS había avanzado tres, cuatro pasos por el interior del vestíbulo del edificio camino del elevador, cuando el alarido llegó, vivo, estremecedor, insólito casi, hasta sus oídos.

Martilleando con brutalidad sus tímpanos.

—¡Socorroooooooooo!

Le parecía inhumano.

Era… inhumano.

Era la explosión sonora, desesperada, de alguien que ponía en aquel aullido mil sensaciones distintas, horribles todas, diferentes si se quiere, pero todas ellas comunes al terror.

Un grito que estaba impregnado de toda la carga emocional, de la tensión acumulada en un cerebro que corría ciego hacia la locura.

TENSIÓN…

Y Shatner, el pelirrojo, sólo conocía a una persona que estuviera en aquellos instantes víctima de semejante tensión.

Sólo conocía a una de cuantas pudieran vivir en aquel inmueble.

BO PARTON.

Seguía en sus orejas el infrahumano, enervante aullido que naciera instantes ha en la garganta de la fotógrafo y fuera expulsado con atroz vehemencia por sus labios, cuando él bramó:

—¡BO… TRANQUILA! ¡SOY IAN…!

Se olvidó del ascensor, convencido plenamente que volando por encima de los peldaños llegaría mucho antes a la vera de la mujer que ahora, estaba absolutamente seguro, acababa de saber que amaba.

Voló, sí.

Gritando:

—¡Bo… Bo, pequeña! ¡Enseguida estoy contigo!

Tres rellanos después, cuando doblaba para continuar trotando por la escalera, se la encontró en el interior de sus brazos

fuertemente aferrada a él.

Con los ojos cerrados.

Golpeando violenta, enloquecidamente, con la cabeza contra el tórax de Ian.

Después, cuando él la apretujaba más y más tratando de calmarla, los estertores agresivos de Bo Parton cedieron como por ensalmo.

Se relajó dentro del círculo que los brazos del pelirrojo componían alrededor de su cuerpo, perdiéndose seguramente por el tobogán de las tinieblas que terminaba en el pozo de la inconsciencia.

Pero de pronto, comenzó a temblar de nuevo.

Mientras sus labios, maquinalmente, susurraban:

—Es el… fin. El fin. Lo sé…

—¡Bo! Cariño… ¡Soy yo, Ian! Vuelve en ti… ¡Bo, por Dios!

Por segunda vez desde que la conociera, Ian Shatner se vio obligado a abofetear las rojas mejillas de aquella preciosidad de mente torturada.

Y lo hizo, claro.

Con todo el dolor de su corazón también.

Respingó ella sin acusar en exceso la violencia un tanto benevolente del detective.

Al fin pudo tirar arriba de los párpados.

Vio a Ian sin verlo a él realmente.

Y enloqueció, gritando:

—¡Noooooooooo! ¡Las tijeras en los ojos… NOOOOOOOOOO!

Ian miró a su alrededor como si buscara alguien que pudiera ayudarle a hacer reaccionar a aquella criatura enfebrecida, obsesionada, vencida por la terrible y angustiosa tensión que había estado soportando hasta entonces.

—¡Bo, pequeña!

—¡Noooooooooo! —Seguía desvariando ella—. ¡Nooooo! ¡Las tijeras en los ojos… noooooo!

Ian, muy a su pesar, volvió a insistir con las bofetadas más violentamente que antes.

Bo, ahora, pareció reaccionar. Sus párpados se movían veloz, nerviosamente, en busca de la realidad que sus retinas anhelaban para transmitir bocanadas de sosiego al atormentado cerebro.

El pelirrojo captó las pisadas veloces de alguien que subía las escaleras alocadamente.

—¿Qué ocurre ahí arriba? —inquirió una voz bronca.

Ian Shatner, no sin una mueca de contrariedad, reconociendo el registro, repuso:

—¡Tranquilo, Kirk! La situación está dominada.

Bo Parton, consciente por primera vez desde que el pelirrojo la abrazara de que Ian era Ian, musitó:

—¡Oh… amor! ¡Gracias a Dios! ¡En tus brazos puedo morir tranquila!

A tiempo de escuchar las últimas palabras de la exótica mujer, apareció en el descansillo de la escalera el teniente de policía.

Que sin poder evitarlo le censuró al pelirrojo:

—¡Parece que te has aprovechado bien de las circunstancias!, ¿eh?

—Si no fuera porque eres policía no podría entender cómo eres tan imbécil.

—¡Ian! Mira que…

—¡Vete a la mierda, tío!

—No… por favor —murmuró ella sin apenas aliento—. No empecéis otra vez. Me siento terriblemente fatigada.

—¿Qué ha sucedido, Bo? —inquirió Kirk Langella.

Fue Ian Shatner, al tiempo que llevaba en volandas a la muchacha peldaños arriba rumbo de su apartamento, quien respondió al teniente de la Brigada de Homicidios.

—A falta de confirmación oficial por parte de la propia Bo, —había una inflexión mordaz en el contenido—, juraría que el psicópata se ha cansado de jugar al escondite con los nervios y la mente de esta criatura y ha salido por ella sin mayores maquiavelismos. Dispuesto a asesinarla. Ese tipo, policía, es un maldito hijo de perra.

—¡Que yo atraparé antes de cuarenta y ocho horas! —gritó un tanto exaltado Langella. Luego, más pausado, más reticente, como si de pronto hubiera reparado en aquello, dijo sibilino—: Has llegado extrañamente puntual, ¿no te parece, detective?

—Si esa insinuación que acabas de lanzar partiera de una persona con dos dedos de frente —advirtió con desdén el pelirrojo —, en cuanto dejara el cuerpo de Bo sobre el lecho me iría hacia

ella para romperle la boca con todas las muelas dentro. Pero tú no eres una persona normal, policía.

—¡Vale, vale, perdona! Estoy nervioso… ¡intranquilo por lo que pueda sucederle a esta mujer! ¿Has visto algo o alguien?

—Ni una sombra —habían llegado al piso de Bo y Shatner, mientras hablaba con Langella, caminaba rumbo al dormitorio.

—Pareces conocer muy bien la distribución de la casa, ¿no?

—Ahórrate las groserías, Kirk. ¿Ya vuelves a las andadas?

El policía pegó un manotazo en el aire.

—¡Olvídalo!

Bo, antes de que Ian la tendiera definitivamente en la cama, colgándose con mayor brío de su cuello, preguntó:

—¿Me está permitido opinar?

—En un país libre dicen que estamos —sonrió Ian—. ¿No, poli?

—Debo acudir a la exposición —argumentó la bella de preciosos ojazos negros y fascinantes facciones exóticas.

—¿Qué ha sucedido exactamente, Bo? —volvió a interesarse Langella.

La mujer, librándose del abrazo de Ian para recobrar la vertical con ambos pies en tierra, lo explicó, procurando eliminar los detalles hirientes de la horrible tensión vivida.

—¿Y te sientes con ánimos de acudir a la exposición? —Pareció ponerlo en duda el teniente.

—Sí —afirmó ella con cierta contundencia, razonando—: Estoy más obligada que nunca. Por Faye, por Susannah… ¡por mí misma! Ese maldito asesino me está sometiendo a una tensión brutal, me hace vivir de continuo en un pasadizo de terror, pero mientras me quede un soplo de aire que respirar, ¡le demostraré que no me achanto fácilmente!

—Me parece espléndida tu actitud —aplaudió el policía. Luego giró la cabeza hacia el pelirrojo que se mantenía en silencio, inquiriendo de súbito—: Y a ti, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—Preguntarle a Bo si sabe que su chófer es un maníaco sexual, un perturbado psíquico, un atracador frustrado… y puede que alguna cosa más que no sepamos.

Bo, que estaba frente al espejo retocándose el peinado y coloreando sus labios, se revolvió:

—¿Qué estás diciendo, Ian?

—Lo que oyes y es cierto —fue Langella quien emitió la contestación, añadiendo—: Por idéntica razón me había acercado yo hasta aquí. Hemos comprobado meticulosamente el historial de Dustin Weld, que se puede resumir en lo dicho por Ian.

—¡Desde que está a mi servicio jamás me…!

—Tú misma me dijiste en comisaría que miraba a las chicas de una manera muy extraña —apuntó el teniente.

—Sí, sí, ¡pero eso no significa que tenga que ser forzosamente el asesino!

—Pero puede serlo —habló Ian Shatner, resumiendo a renglón seguido el diálogo que mantuviera poco ha con el psiquiatra Edward Stallone.

—Me dejáis anonadada —se hundió Bo. Inquiriendo—: ¿Qué debo hacer?

—Nada —era la voz de Kirk Langella—. Vamos a someterle a partir de esta noche a estrecha vigilancia.

—Yo hablaré con él hoy, en la exposición —dijo Ian.

—Es mejor que no lo hagas, detective. Le pondrás sobre aviso de…

—Yo sé cómo debo hacer mi trabajo, policía. ¿Por qué no te pierdes por ahí, eh?

—¡Ah! —Exclamó el teniente de la Brigada de Homicidios haciendo oídos de mercader a lo que acababa de pronunciar el pelirrojo—. Stanley Ford también va a ser objeto de un severo control policial.

—¿Por qué, por qué? —se desesperó Bo Parton.

—Porque según propias explicaciones tuyas fue él quien se encargó de contratar los servicios de Dustin Weld… y estamos convencidos de que el señor Ford no ignoraba en lo más mínimo los antecedentes del señor Weld cuando requirió su colaboración.

—¡Stanley lleva cinco años a mi lado… o más, qué sé yo! ¡Es un hombre de mi total y absoluta confianza! ¡Me ha dado suficientes pruebas de honestidad y fidelidad! ¡Te pasas, Kirk!

—No se pasa —intervino el pelirrojo, por primera vez en apoyo de su antagonista—. Todos somos buenos, honrados y fieles… hasta que dejamos de serlo.

—¡Y otra cosa! —Kirk Langella estaba embalado. De todas formas no se olvidó de darle las gracias por su «cable» al otro y lo

hizo, en silencio, pero gráficamente: cerrando el puño diestro y dejando el pulgar alzado. Pero al mismo tiempo, lanzado como decíamos, exclamaba—: ¡Y otra cosa! —Repitió antes para que la atención de Bo se centrara en él—: Desde este momento mi subordinado y amigo el sargento Gene Nolte no se despegará de ti para nada, Bo. Con tus objeciones o sin ellas, lo quieras o no lo quieras, bajo mi responsabilidad y de acuerdo con el criterio policial, Nolte será tu ángel de la guarda desde el mismo instante en que yo salga de tu apartamento.

—¡Ah! —sonrió el detective, manifiestamente burlón ahora—. ¿Pero de verdad piensas irte? Yo pensaba que ibas a estar aquí hasta el día del juicio.

—¡Je! ¡Qué simpático eres, cabeza de panocha!

—Bo tiene que cambiarse, pelmazo —fue la alusión del otro—. Y no puede hacerlo si los dos permanecemos aquí de mirones…

—¡Oh! Perdona, Bo. Me marcho ahora mismo porque… —consultó el reloj, añadiendo—: Tengo que ultimar unas pesquisas relacionadas con todo este asunto. Me dejaré caer por la exposición más tarde, Bo. ¡Hasta luego! Ian.

—Poli…

Cuando el teniente hubo salido y la chica y el detective se quedaron solos, habló ella:

—¿No has dicho que tenía que vestirme? Pues es verdad, Ian.

—Tengo muchas ganas de verte desnuda, preciosa.

—Me quedan pocos minutos y quiero ser puntual, detective. Lo comprendes, ¿verdad?

Ian se plantó ante ella para sujetarla por los hombros y besarla de lleno en la boca.

Luego, mientras acariciaba con excitación los lúbricos y firmes relieves de aquel cuerpo magistral, susurró, como si del canto de un pájaro se tratara al oído de la hembra:

—Tengo unas ganas locas, bestiales… de hacer el amor contigo.

—Después de la exposición, toda la noche será tuya y mía, Ian. Por favor.

Se retiró de la exquisita mujer como temiendo no ser capaz de dominarse. Dio la vuelta saliendo del dormitorio al tiempo que decía:

—*O. K*. Te espero en el *living*.

Los labios de Bo Parton susurraron un emocionado:
—Gracias…

Capítulo X

ESTABA claro que los crímenes perpetrados en las personas de Faye Weaver y Susannah Müller se habían convertido, desgraciada, morbosamente si se quiere, en síndrome positivo para la exposición fotográfica de la que fuera impulsora, ¡trágicas ironías de la vida!, la malograda Susannah.

La atrocidad sangrienta de aquellos asesinatos parecía ser un nuevo incentivo para la malsana curiosidad popular, puesto que eran multitud de personas las que formaban una larga, interminable cola que volteaba por entero la manzana de edificios, aguardando impacientes el momento de acceder al interior de la sala de exposiciones.

En masa habían acudido los representantes de la crítica especializada de la ciudad, lo mismo que periodistas de información general, de sucesos por supuesto e incluso había más de un redactor deportivo curioseando ante las ciento veinte fotografías, en diferentes tamaños, que componían la obra expuesta, en su mayoría crímenes eróticos, pasionales, extraídos muchos de ellos de la realidad, siendo el resto producto de la imaginación de la autora.

Resultaban ser foco de la atención periodística, en los inicios de la inauguración —tras el breve y emocionado parlamento de apertura que había corrido a cargo del director y copropietario de la empresa Clint Wallace, que había tenido unas alocuciones emocionadas y patéticas en recuerdo de Faye y Susannah—, los modelos, masculinos y femeninos, que Bo había elegido para escenificar lo que después quedaría plasmado en fotografías.

Especialmente la preciosidad de color Thi N’Ghana, espectacular congoleña de exhaustivas virtudes físicas, de la que se decía iba camino de Hollywood como consecuencia de la fotogenia evidenciada a través de muchas de las ciento veinte fotografías allí

expuestas.

Había comentarios para todos los gustos. Eran muchos quienes alababan los… OJOS PROFESIONALES DE BO PARTON que la desaparecida Faye había querido inmortalizar en las páginas de su libro. Otros vertían acres censuras con respecto a la inmoralidad de aquellos contenidos fotográficos y al exacerbado sadismo de su autora.

Alguien dijo en voz queda a la persona que lo acompañaba:

—No me extraña que ese loco asesino trate de castigar las morbosas irreverencias de esa mujer. Tan cruel me parece ella como el propio asesino…

Bo, que estaba muy cerca de la garganta que había emitido tan dura crítica, miró a Ian con ojos turbios, y:

—Me siento peor que una delincuente.

—Pensaba que eras consciente de que toda obra que debe ser juzgada tiene admiradores y detractores…

—¡Pero no en estas circunstancias, Ian! Se han cometido dos crímenes. ¿Crees que puedo sustraerme a ese horror? Al complejo de culpabilidad incluso.

—Tenía entendido que este asunto de los traumas y complejos lo habíamos dejado zanjado —dijo severo el detective.

—¡Por Dios, Ian! Soy un ser humano…

—¡Oh, Bo, encanto! —Exclamó una voz de dudosa sexualidad—. ¡Estás hecha una maravilla! ¡Oh, qué lindeza de peinado! ¡Y esa blusa…! Eres divina, chica. ¿Por qué no me besas en las dos mejillas?

Era Stanley Ford, obvio.

Se besaron.

Bo dijo, señalando al investigador privado:

—¿Le recuerdas, Stanley?

Hizo una de sus más rebuscadas mariconadas antes de colgarse del cuello de Shatner, exclamando:

—¡Hola, pelirrojo de todos los diablos! ¿Cómo te las arreglas para estar tan… tan…?

Bueno, ¿es que no vas a saludarme?

—Por supuesto, Stanley —y le dio una cariñosa pero sonora y lacerante bofetada en ambos cachetes, preguntando con mucha, muchísima intención e ironía—: ¿Cómo te las arreglas para estar

tan… tan… eh?

—¿Tan mariquita? ¡Oh, Ian, qué grosero eres! Pero qué majo también… Lo mío es cosa congénita, ¿lo sabías?

—Me lo imaginaba, pendón.

—No des más la nota, Stan —dijo Bo—. ¿No te acuerdas ya de…?

—¡Oh, por Dios! ¡No me hagas memoria de eso! Cuando ayer por la noche me enteré de lo de la pobre Susannah, ¡por poco me da un infarto! ¡Ah! —Se acercó al oído de Bo Parton, susurrando interrogante—: ¿Sabes que la bofia anda buscando a tu exmarido?

Ella hubo de forzar un rictus de sorpresa.

—¿Peter?

—Sí.

—¿Por qué? —insistió Bo en su fingimiento.

—Por lo que he podido saber, llevaba varios días viviendo con Susannah. ¡No lo entiendo, te lo juro!

—Me das la primera noticia, Stan.

—Señorita Parton, por favor, ¿puede atendernos un instante? —El que así acababa de expresarse era Sven Hamilton, redactor jefe de la revista sensacionalista *Murder Information*. Agregando—: Aunque sea de una manera informal, anárquica, mis compañeros y yo desearíamos que nos ofreciera una breve rueda de prensa.

Bo, instintivamente, miró a Shatner.

El pelirrojo se encogió de hombros como diciendo que él no tenía arte ni parte en aquel asunto.

Bo les dijo a los representantes de los medios de difusión:

—De acuerdo. Será un placer. ¿Quieren seguirme, por favor?

Mientras ella se alejaba hacia un rincón de la vasta sala de exposiciones en la que parecía reinar más quietud y silencio, para someterse al bombardeo interrogativo de los informadores, Ian atrapó con fuerza, violencia casi, una de las muñecas de Stanley Ford para arrastrarlo, materialmente, hacia otro ángulo del local.

Cuando estuvo cierto el detective de que nadie podía oírlos, largó ominoso:

—Además de ser una maricona como la copa de un pino, eres también un maldito hijo de perra, Stan.

Ford abrió unos ojos como naranjas. Escupían asombro y estupefacción sus pupilas al preguntar:

—¿A qué viene eso, Ian? ¡Yo mismo te recomendé ante Bo! ¿Y tú…?

—¿Por qué contrataste los servicios de Dustin Weld?

—La sorpresa ha dejado de serlo —dijo, tranquilo, el representante artístico de Bo Parton—. Te has enterado de sus antecedentes, ¿no?

—Sí. Y espero una explicación.

—Es sencilla. Vivimos en un mundo deshumanizado, Ian Shatner. Tú mismo, ahora, te comportas como una bestia. Los homosexuales tenemos la inmensa dicha de poseer una hipersensibilidad de la que los que os llamáis heterosexuales…

—Demagogias a esta hora no, Stan. Al grano.

—¿No has oído nunca que a la gente hay que brindarle la oportunidad de rehabilitarse?

—Y tú lo tomas como axioma de fe contratando maníacos sexuales al servicio de personas que confían en tu gestión, ¿eh? Sigo opinando que eres un maldito hijo de perra.

—¡Dustin es inofensivo! Bo está encantada con su trabajo y…

—Y no sabía hasta hace poco rato que ese inofensivo psicópata estuvo en un manicomio a causa de dos intentos de violación. Y no sabía que cumplió condena en Chicago por atraco frustrado a mano armada… ¿Qué cántico en loor de Dustin Weld te inventas ahora?

—Sigo opinando que es un buen tipo —Stanley Ford, ahora, hablaba emocionadamente. Explicó—: Su único pecado ha consistido en vivir marginado desde el día que nació. Ser testigo de los horrores de un padre alcohólico y…

—¿Es que te acuestas con él, Stan? —le espetó, de golpe, el pelirrojo.

Un rictus de dolor se dibujó ahora en las maquilladas facciones del otro.

—Te tenía por una persona inteligente, Ian. Pero me has defraudado… Eres elemental y burdo en tus juicios.

—Perdona —admitió el detective—. Me he pasado y te ruego que lo olvides. Pero… pienso que comprenderás mi nerviosismo al suponer que Dustin puede ser el asesino que estamos buscando.

—Rotundamente no.

—Ahora, sin que te ofendieras, debería decirte que si estás tan seguro de su inocencia es porque quizá el abanderado de la

culpabilidad eres tú —le detuvo con un ademán enérgico—. ¡Ya sé, ya sé, Stan! Eres incapaz de matar una mosca. Pero eso no es óbice para que sea, seamos conscientes de que Bo está corriendo a cada minuto que pasa un peligro más y más grave.

—Sí —murmuró—. Lo entiendo. ¿No has hablado con Dustin?

—He estado en su casa, pero Weld se hallaba ausente.

—¿No ha traído él a Bo hasta aquí?

Negó Ian con la cabeza.

—La he acompañado yo…

—¡Qué raro! —exclamó el representante artístico y comercial de la fotógrafo. Añadiendo, como si hablara consigo mismo—: Juraría que al llegar he visto el «Oldsmobile» aparcado cerca del edificio.

—¿Por qué no me acompañas afuera a echar un vistazo? Es importante que yo hable con Weld antes de que lo haga la policía.

—Como quieras, Ian.

—Aguarda un instante, Stanley. Le diré a Bo que voy a salir durante un rato.

Shatner avanzó hacia el otro extremo donde se hallaba el corro de periodistas y Bo en el centro de aquél.

Creía conocer lo suficiente ya a la muchacha para adivinar, pese a la distancia, por su expresión y movimientos, que Bo Parton estaba excesivamente nerviosa.

Muy agitada.

Tensa…

Justo cuando Ian trataba de romper el cerco para situarse al lado de la hermosa morena de grandes pupilas azabache, escuchó a una jovencita intrépida —se trataba de la columnista de sucesos del *San Francisco Herald*, Talia Bergman— preguntar con talante mordaz, casi ofensivo, lo siguiente:

—A nivel particular puede usted casi sentirse satisfecha de las muertes de Faye Weaver y Susannah Müller, ¿verdad?

Bo, intensamente pálida, susurró:

—No entiendo su pregunta, señorita. No quiero entenderla.

La periodista, tenaz, insistió:

—Quiero decir, señorita Parton, que ha perdido usted a dos amigas… y a dos competidoras al mismo tiempo, ¿no? Faye y Susannah, en algunos aspectos, le arrebataban a usted gloria profesional. Ahora será todo distinto, ¿no es así?

—Lo que sí está claro, pequeña estúpida —cortó, explosivo, tajante, el detective—, es que tú tienes de periodista lo que yo de bombero. Si crees que triunfarás por la vía de la impertinencia y el escándalo, habrías estado más acertada eligiendo el oficio de puta.

¿Me he explicado con claridad?

Se hizo un silencio tan denso que el murmullo de las conversaciones que mantenían los asistentes a la exposición cobró caracteres de estridente magnitud.

Un tipo recio de mediana edad se encaró con Ian dando un paso hacia él.

—Retráctese inmediatamente de lo que acaba de decir.

—¿Y tú quién eres, piojoso?

El hombre hizo un ademán agresivo.

Shatner cazó en el aire el puño del otro y en menos de lo que cuesta decirle le dobló todo el brazo detrás de la espalda presionando hacia arriba dolorosamente.

—¡Ian, Ian… por favor! —Trató de intervenir Bo.

—Tú te callas, pequeña —dijo, autoritario. Y acercando su rostro con expresión amenazadora muy cerca del que le había pedido explicaciones, masculló—: No te parto el brazo en dos, imbécil, porque me das mucha pena —y lo soltó, empujándole con furia hacia atrás al tiempo que exclamaba—: ¡Largo todos de aquí! ¡Fuera! La rueda de prensa ha terminado.

Entendieron sin excepción que era perjudicial para la salud llevarle la contraria al pelirrojo.

El corro se deshizo en un santiamén.

—Has estado muy brusco, Ian.

—¡Y ellos muy groseros! ¿Qué mierda se ha creído esa gentuza? ¿Qué ser periodistas les da derecho a pisotear los sentimientos de las personas? ¡Hasta ahí podríamos llegar!

Oye…

—¿Sucede algo malo?

—Voy a darme una vuelta a ver si localizo a Dustin Weld.

—Debe de estar afuera con el coche, supongo.

—Eso mismo me ha dicho Stanley. Voy a comprobarlo.

—No me dejes mucho tiempo sola, ¿eh?

Una sonrisa simpática, jovial, iluminó las facciones atrevidas del pelirrojo.

—¡Vaya, ya era hora! ¿Reconoces que no puedes vivir sin tu Ian, eh?

—¡Bobo! Pero… no tardes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¡Ian!

—¿Qué pasa ahora, pequeña?

—No seas duro con Dustin, por favor.

—O. K.

Se alejó en busca de Stanley y ambos salieron juntos al exterior.

El representante de Bo, señalando con el índice derecho el claro existente entre dos coches, un «Nash» color crema modelo del 80 y un «Chevrolet» azul, exclamó:

—¡Que me aspen si el «Oldsmobile» no estaba en ese hueco cuando yo he llegado!

—¿Por qué razón puede haberse ausentado Dustin? —quiso saber el detective.

Stanley Ford se mordió el labio inferior.

—La verdad… no se me ocurre ninguna. Weld debería de haber esperado la salida de ella para llevarla a su casa. De veras que no tengo la menor idea del porqué —hizo una súbita pausa, exclamando—: ¡Ian!

—¿Qué?

—¿No lo habrá detenido la policía?

—¿Llevándose también el coche? —interrogó Shatner, en lo que era realmente respuesta negativa—. ¡No! No lo creo. Lo habrían detenido a él pero no al «Oldsmobile». Además, Kirk Langella dijo que por el momento se iban a limitar a someterle a estrecha vigilancia. —Ian omitió que el teniente de policía también había decidido que se vigilara a Stanley. Añadió—: No tienen pruebas de nada. Kirk no es tan tonto como para cometer esos errores estúpidos. Cuando decida echarle el guante a Weld estará cargado de evidencias inculpatorias contra él.

—Pues entonces…

—Vuelve junto a Bo, Stan. Y no la pierdas de vista.

—¿Dónde vas tú?

Shatner ya había echado a correr.

—¡A casa de Weld! —le gritó sobre la marcha.

Stanley Ford, encogiéndose de hombros, dio media vuelta

regresando al interior de la sala de exposiciones.

Capítulo XI

TRAS apretar varias veces con insistencia el zumbador del piso sin obtener respuesta, Ian Shatner pensó, al revés que en la anterior ocasión que estuviera allí, que no era pronto ahora para forzar aquella cerradura.

Era el momento justo.

Oportuno.

Puede que hasta necesario de hacerlo.

Del bolsillo de atrás del pantalón extrajo un estuche metálico aplastado, en forma de petaca, del cual una vez abierto surgieron finas láminas de hierro y acero, junto a dos diminutas especies de berbiquíes.

Con uno de estos últimos el detective, con extraordinaria habilidad y rapidez, maniobró en la cerradura.

Veinte segundos después la puerta se abría de par en par franqueando el acceso de Ian.

Lo primero que se le ocurrió pensar fue que Dustin Weld, goteras de la azotea aparte, era un guarro integral con todos los pronunciamientos favorables.

El que un hombre viviera solo no justificaba que la mierda campara por doquier a su albedrío.

Incluso el olor del ámbito era molesto. Ofensivo.

Del *water*, que era la primera puerta que se abría a la izquierda del corto y estrecho pasillo que desembocaba en un comedor redondo y pequeño, se alzaba una pestilencia que tiraba de espaldas.

El papel de las paredes, con enormes círculos blanquecinos producto de la humedad, colgaba de viejo, a tirabuzones, en algunas partes del reducto.

Al fondo, detrás del comedor, en completo desorden, con platos sucios encima de la mesa, latas de atún abiertas a medio terminar y

casi en estado de descomposición, se abría un estrecho rectángulo que cumplía las funciones de cocina.

En el fregadero se amontonaban cacharros y más cacharros en espera de agua y detergente.

Pero no fue el desorden ni el ambiente nauseabundo de la casa lo que atrajo la atención de Ian tras la primera toma de contacto, sino aquellas estampas que había pegado Dustin Weld, cubriendo buena parte de la superficie del comedor.

Eran… copias de fotografías realizadas por Bo Parton.

Retratos que reproducían violentos crímenes eróticos, arrancados de la realidad algunos, fruto de la imaginación de su autora otros.

El hecho de que Weld hubiese pegado aquellas fotos en las paredes de su casa no habría tenido mayor importancia, podría haber pasado incluso por un tributo de admiración hacia la obra de su jefa… a no ser porque en la mayor parte de aquellas fotografías los personajes tenían pequeños dardos clavados en los ojos.

Y porque Weld seguramente, con rotulador rojo, había trazado círculos alrededor de los órganos genitales de hombres y mujeres y encima de esos círculos, enormes «X» en rojo también, como si pretendiera eliminar la sexualidad de las imágenes.

Evidentemente, aquello era la obra oculta, demente, de un psicópata en potencia.

Como una confesión a su propio consciente, que era a la vez deficitaria para su ego, murmuró el pelirrojo:

—Hasta me fastidia que esto resulte tan sencillo, tan claro. En el fondo empiezo a sentir pena por ese individuo. Bueno, no sé qué pena se puede sentir por un fulano que ha cometido dos crímenes aberrantes y está volviendo medio loca a la pobre Bo.

Tras aquel rapto explícito, Ian pasó al dormitorio, única habitación de la casa cuya puerta estaba casi pegada a la derecha de la de la cocina.

Ahora, sin poder evitarlo, experimentó una vivísima crispación. Una corriente de aire glacial se deslizó, electrizante, por su espinazo, y los cabellos de la nuca se le erizaron.

En la pared frontal que se alzaba por delante del catre de revueltas sábanas, estaba pegado un póster gigantesco de Bo Parton.

El rostro de Bo Parton.

Sin sus magníficos ojos azabache.

Del papel, las pupilas personalísimas de la fotógrafo, habían sido rasgadas, *destrozadas al parecer en un arrebato de brutal ira*. Con las maneras propias de un sádico, de un perturbado mental.

—¡Virgen Santa! —masculló.

Quedándose absorto en la contemplación de aquella estampa que tenía matices satánicos.

Horrendos…

—¡Las zarpas arriba, en lo alto, amigo! —Gritó, nerviosamente una voz—. ¡Contra la pared, pronto! ¡Las piernas separadas!

Aquéllas eran las maneras propias de un policía.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo —repuso Ian sin moverse—. Me llamo Shatner y soy detective privado.

—¡Pues las manos en alto, detective! —insistió.

—¡Déjalo, Brian! —Intervino otra voz en la que el pelirrojo reconoció a Kirk Langella—. Creo que es de confianza. Aunque anda por ahí allanando moradas… ¿eh, detective?

—¿Puedo dar la vuelta?

—Puedes.

Se encaró con la expresión mordaz del teniente de la Brigada de Homicidios.

—Comisión de servicio —justificó Ian.

—Yo también, pelirrojo —le tendió un papel frente a las narices, añadiendo—: Pero respaldado por una orden judicial.

—No dispongo de autoridad para obtenerla, ¿lo sabías?

—Pero sí para forzar la cerradura de una casa ajena, ¿verdad?

—La casa de un asesino, ¿verdad? —Ian caminaba en su acento entre las orillas de la ironía y la realidad.

—¿Seguro? —inquirió Langella con un atisbo de escepticismo.

—¿Cuál es tu docta opinión después de contemplar todo este panorama, policía?

—Que probablemente Dustin Weld es el tipo que buscamos. ¿Pero dónde le buscamos, pregunto?

—Pienso que extremando la vigilancia en torno a Bo Parton y esperando a que él aparezca. Dustin ha iniciado ya la obra y su mente enferma no renunciará al fin pretendido: *asesinar a Bo*.

—¿No te parece un riesgo excesivo?

—Si tenemos los ojos bien abiertos, no —sentenció el detective.

¡Riiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiiiing!

Todos se quedaron rígidos. Tensos. Envarados.

El silencioso aparato telefónico que se hallaba sobre una mesita desvencijada, con una de sus tres patas rota, en un ángulo del dormitorio, de súbito habría cobrado sonoridad.

Ian y Kirk se miraron.

Fue el policía finalmente quien atrapó el auricular incrustándolo en su boca y oído.

—¿Sí?

—…

Langella hizo una seña al detective, que con muda elocuencia descubría la identidad del comunicante como la de Dustin Weld.

—No tenemos por el momento nada contra usted, Weld. Sólo queremos hablarle.

¿Dónde se encuentra ahora?

—…

Kirk, mientras escuchaba las palabras del chófer de Bo Parton, tapando el micro que estaba bajo sus labios, le dijo a su subordinado en tono quedo:

—¡Brian! Tengo la impresión de que no está muy lejos. Baja y diles a los del coche que, con precaución, den una batida por los alrededores. ¡Si dais con él lo quiero vivo!

Luego dejó libre el micro, respondiendo al que se hallaba al otro extremo del cable:

—No, Weld, no. Está usted equivocado. Nada de registros, ¡hombre! Hemos venido para formularle unas preguntas de rutina sobre…

—…

—… ¡la puerta estaba abierta, diablos! —mintió Kirk Langella. Tratando de razonar—: Usted debió salir precipitadamente y la dejó mal cerrada. ¿Cómo…?

—…

—Mire, Dustin, con esa actitud usted no hace otra cosa que despertar nuestras sospechas. Sospechas que por otra parte no existían hasta ahora… ¿Qué…? —Una fugaz pausa—. ¡No, hombre, no! Sus antecedentes no tienen que ver en todo esto. Usted ya pagó sus errores. ¡Bo Parton nos ha dado excelentes informes sobre su persona! Está encantada con sus servicios.

—…

—Dustin, se lo ruego, ¿por qué no trata de ser sensato, eh? Me dice dónde se halla y yo vengo a su encuentro.

—…

—¡Nada de detenciones, hombre! Hablamos tranquilamente en un bar tomándonos un café, ¿de acuerdo? Decida usted mismo dónde nos encontramos, ¿le parece bien?

Kirk Langella se quedó mirando al auricular con una mezcla de rabia e impotencia.

Luego sus ojos fueron al rostro del detective.

—Ha colgado —dijo.

Y metió el auricular encima del teléfono con violencia.

—¿Dices que te ha parecido que estaba cerca de aquí?

Meneó la cabeza veloz y afirmativo, exclamando, al tiempo que echaba hacia la puerta:

—¡Estoy convencido de ello! ¿Vienes?

—*O. K.* —y corrió Shatner tras el policía.

Justo en el momento que ambos asomaban a la calle se escuchó el eco agudo de un silbato policial.

Apareció por la esquina inmediata un agente de uniforme, gritando:

—¡Por aquí, teniente! ¡Le tenemos prácticamente copado!

Kirk y Shatner fueron como balas en pos del agente que dobló por el recodo, señalando en la distancia un angosto callejón que se abría aproximadamente en la mitad de la calle que corría paralela a aquélla en que estaba ubicada la vivienda de Dustin Weld.

Una figura corría en zigzag por el estrecho pasadizo buscando alcanzar la puerta de entramado metálico que lo cerraba y por la que suponía poder encaramarse y saltar a la azotea inmediata de lo que por sus características semejaba una fábrica y que le permitiría —pensaba Dustin Weld mientras corría como un gamo y casi acariciaba con las yemas de sus dedos la tela metálica ensamblada en el marco metálico de la puerta a manera de cristal—, seguramente, introducirse en cualquiera de las naves del edificio perdiéndose del campo activo policial.

—¡Alto ahí! ¡Deténgase! —gritaba un agente de paisano, siguiendo las evoluciones de Weld con el cañón de su reglamentario «38» que empuñaba firmemente con la diestra, cerrando la zurda en

torno a aquella muñeca armada—. ¡Alto a la policía!

Kirk Langella, pistola en mano también, se había puesto en línea recta con el callejón.

—¡Weld, quieto! —aulló—. ¡No siga! ¡Entréguese!

Dustin, como un gato acorralado, había conseguido hacerse con la tela metálica y se izaba a través de ella con gestos desesperados.

—¡Weld… alto! —insistió Kirk Langella—. ¡Alto o disparo!

A Dustin Weld, muy posiblemente, le daba igual que el policía cumpliese su amenaza.

Por eso siguió trepando con exasperados zarpazos, obsesionado con la posibilidad de escapar.

Ya casi se aupaba sobre la pétrea baranda de la azotea inmediata buscando doblar el cuerpo por encima de ella dejándolo caer al otro lado.

—¡WELD! —bramó, crispado, el teniente de la Brigada de Homicidios. Repitiendo—: ¡WELD!

Dustin se tumbaba encima de la baranda cuando…

Sonó.

Estalló el disparo.

Y luego dos más que siguieron al primero.

—¡Maldita sea! —Gruñó Langella, pateando en el suelo—. ¡Maldito imbécil!

Dustin Weld, conforme los proyectiles impactaban mortal y sucesivamente en su espalda perdió casi por completo sus energías y abrió mucho los brazos, alzándolos patéticamente por espacio de cuatro, cinco segundos a lo sumo, para luego vencerse atrás como un plomo vertical y caer rebotando en la pared de la azotea primero y en el canto de la puerta metálica después donde, grotesca, trágicamente, quedó como ensartado.

Con parte del cuerpo asomando por un lado y el resto por el otro.

Dos agentes de uniforme corrieron como exhalaciones callejón adentro.

Kirk, caído el brazo armado a lo largo del cuerpo, hundidos los hombros e inclinada la cabeza, se perdió en un gesto abatido, en un *impasse* de frustración y disconformidad consigo mismo.

—Es lo más absurdo que me ha ocurrido en mi vida.

—Era él, Kirk —trató de consolarle el pelirrojo, sentenciando—:

No podía acabar de otra manera.

Despacio, Langella fue alzando la cabeza hasta clavar sus ojos, un tanto vacíos ahora, en los del detective.

Preguntando con voz insegura y palabras torpes:

—Pero ¿por qué así? ¿Por qué? Era un enfermo y… ¿por qué de esta manera?

—Pienso que le has hecho un gran favor, Kirk. Su mente estaba torturada. Siempre había vivido en un mundo aparte de vivencias fantasmagóricas, irreales, crispadas por la chispa de la locura. Ahora, descansa.

—Tu filosofía no me consuela, pelirrojo. Me quedo con las ganas de saber el porqué.

—Eso es puro egoísmo, policía. Si tanto interés tienes, date una vuelta por el hospital mental y habla con el doctor Stallone. Quizás él pueda trazarte alguna hipótesis con relación a los porqués de Dustin Weld. Yo soy muy limitado y no llego a estas cosas. Me basta con… En fin, dejémoslo.

—Puede que tengas razón. Weld está muerto y las razones de su sinrazón tampoco aclararían gran cosa. ¿Vuelves junto a Bo, Ian?

El pelirrojo hizo un gesto ambiguo, pero dijo:

—No.

—Alguien debe comunicarle lo sucedido, ¿no crees?

—¿Quién es el policía de los dos, Kirk, tú o yo?

—Tampoco se trata de eso, Ian. La versión oficial se la puedo dar en cualquier momento. Sucede que…

—Que es embarazoso —le cortó el pelirrojo y vivaz detective— plantarse frente a Bo y explicarle que su chófer era el psicópata asesino que pretendía volverla loca… o matarla.

Conscientemente, Weld siempre había sido respetuoso con ella y esa imagen es la que de él conserva Bo. De ahí que resulte incómodo decirle la verdad, ¿no? Pienso, de otra parte, que esa muchacha ha vivido demasiadas emociones en escaso margen de tiempo, que ha estado sometida a una tensión brutal, que quizá esa tensión pueda estallar con la noticia rompiendo su equilibrio psíquico. Soy de la opinión de dejarla descansar tranquilamente esta noche. Mañana, más relajada, aceptará la noticia en su justa dimensión. Sin desorbitarla, que es el peligro que corremos de comunicársela ahora. Yo lo veo así, no sé tú…

Kirk Langella, aunque no lo dijo ni hizo el menor comentario al respecto, se quedó un tanto sorprendido, hasta preocupado, frente a la actitud del pelirrojo y su literaria forma de justificarla.

Pensaba el policía que lo más lógico era informar a Bo Parton de lo sucedido, con tacto y prudencia eso sí, para librarla precisamente de aquella tensión… de la tensión que la seguía asfixiando mientras no tuviera la certeza de que el terrible peligro que para ella representaba el psicópata había desaparecido definitivamente.

Así, con sus silenciosos pensamientos y ofuscado desde luego frente a lo que le parecía sorprendente postura del otro, le dijo:

—Es posible que estés en lo cierto. Se lo diremos mañana. Si quieres adelantarte a la versión oficial…

—¿A qué viene tanta retórica y tantas concesiones en torno a este detalle, Kirk?

—Bueno —hizo un gesto elocuente como si dijera «Perdona», o, «Trataba de ser amable»—, me había parecido entender que entre tú y Bo… En fin, disculpa.

—Tampoco es eso —trató de sonreír el detective—. Creo que debo marcharme a descansar yo también.

—¡Te envidio, Ian! Con todo… *esto*, mientras llega la ambulancia, el forense, hablo con el fiscal del distrito, etc., ¡media noche más en blanco!

—Gajes del oficio, hermano. No haberte metido a poli. *Ciao*.

—Nos veremos, Ian…

Kirk estuvo contemplando la figura del detective, con honda preocupación reflejada en su rostro, hasta que le vio doblar y perderse por la esquina inmediata.

—Algo extraño le ocurre a Ian —murmuró.

Uno de los policías uniformados se acercó presto, inquiriendo:

—¿Decía algo, teniente?

—¿Eh? —se sorprendió—. ¡Oh, no, no! Nada, Brian. Pensaba en voz alta.

Capítulo XII

—ES extraño que Ian no haya vuelto… ni dado señales de vida, ni llamado tan siquiera por teléfono —protestó Bo Parton mientras caminaba de regreso a su domicilio acompañada de Stanley Ford.

Su representante comercial y artístico, ensayando uno de sus gestos de hábito, trató de restarle importancia al detalle.

—¡Huy! Qué manera la tuya de sufrir por un hombre, chica.

—Ian Shatner no es un hombre cualquiera —dijo la muchacha, sin darse cuenta ella misma posiblemente de la acalorada vehemencia que acababa de poner en la expresión.

—Seguro que no, seguro. Ya te dije que el detective tenía una enorme personalidad.

Oye, Bo, ¿no te habrás enamorado de él?

La mujer se detuvo para encararse con Stanley, mirándole con fijeza.

—A otra persona no me atrevería a decírselo, Stan. Creo que estoy enamoradísima del pelirrojo.

Ahora se contorsionó entre varias afeminadas posturas de la mejor excelencia escenográfica.

—Oh… *la, la! Bon Dieu*

L'amour,

l'amour!

!

—¿Te burlas?

El representante artístico de Bo Parton eliminó los gestos aparatosos al tiempo que borraba la risita de sus grasientos y retocados labios. Muy serio, susurró:

—A lo peor, pequeña, es que tengo una gran envidia de tu felicidad. —Pasó una mano por encima de los hombros de Bo apretándola contra él, al tiempo que recomendaba—: No lo dejes escapar, muchacha. Es un tipo de una pieza.

—Que en estos momentos me tiene muy preocupada, Stan.

—Tranquila, vendrá. A mí el que me tiene mosca y preocupado es el tipo que nos viene siguiendo desde que hemos salido de la exposición.

—Es Gene Nolte, supongo.

—¿Gene Nolte? —se sorprendió Stanley.

—Sargento de policía. El guardia de corps que ha decidido ponerme el teniente Langella.

—Hablando de otra cosa —Ford trataba de apartar la conversación del derrotero de policías y asesinos— y a pesar de los pesares, tu exposición ha sido todo un éxito.

Bo, caminando con la cabeza agachada y con evidente y honda preocupación dentro de sí, murmuró:

—Es algo que me importa muy poco, Stan.

—Pero… —Ensayó una expresión de asombro— ¡si has estado trabajando casi un año para eso!

—Y en pocas horas, Stan, el destino se ha encargado de alterarlo todo. Faye y Susannah están muertas.

—Y tú no puedes resucitarlas, Bo.

Ella se detuvo para mirar otra vez con fijeza a su representante artístico.

Tras una intencionada y fugaz pausa de silencio, ella, sin desviar un milímetro sus ojos de los de Stanley Ford, dijo:

—Háblame de Dustin Weld.

—Por favor… —Fue él quien retiró su mirada de la de Bo.

—Por favor… —Le copió ella.

—Está bien —se hundió de hombros Stanley—. Creo que me ocurre como te ha sucedido antes a ti. Sólo a una mujer y buena amiga me atrevería a contarle… —Hubo una ligera duda y luego dijo de un tirón—: Cuando conocí a Dustin estaba muy necesitado de amor. Nadie había sido capaz de quererle nunca, de entregarse a él, de susurrarle una palabra de cariño…

—Entiendo —le interrumpió Bo, como tratando de evitarle a Stanley los detalles embarazosos, íntimos de la cuestión.

—Durante un tiempo fuimos muy felices. Después, un día, Dustin entendió que aquélla no era la clase de sexualidad que él prefería. Tuvo la valentía y nobleza de decírmelo abiertamente y yo no me enfadé. Me sentí muy deprimido, eso sí. Dustin me dijo que

necesitaba trabajar para realizarse, que no podía seguir toda la vida siendo un parásito, viviendo a salto de mata…

Por eso le ofrecí la plaza de chófer que tú hacía tiempo querías que alguien ocupara.

—¿Qué piensas de Dustin… como persona?

—Es incapaz de hacer daño a nadie, aunque la vida y las gentes se han empecinado en hacérselo a él.

—¿No crees que…?

—Ya le he dicho a Ian que no. Que Dustin no es el asesino que busca él ni el que busca la poli. Aunque tengo la íntima sensación de que el detective no está excesivamente convencido de la culpabilidad de Dustin. Es más, estoy seguro de que Ian cree en la inocencia de Weld y sólo pretende hablar con él antes de que lo haga la policía.

—Pues ya ha tenido tiempo de eso —se quejó Bo, exclamando—: ¡Oye, a propósito!

¿Dónde diablos se ha metido Dustin a todas éstas? Parece como si ya no estuviera a mi servicio.

Stanley no dijo nada y su silencio se le antojó excesivamente elocuente a Bo.

Lo que la hizo insistir:

—¿Qué me ocultas, Stan?

—¡Eh…! ¡Oh…! ¿Ocultarte yo? ¡Por favor! Nada. ¿Qué iba a ocultarte?

Ella sujetó a Ford, fuertemente, por un brazo.

—Stan…

—¡Las mujeres de verdad sois la leche! ¡Pesada, chica! Está bien, está bien. Pero me has de jurar que no se lo dirás a Ian, ¿eh?

—De acuerdo.

—Cuando he llegado a la exposición he visto a Dustin junto al coche excesivamente preocupado. Me ha dicho que un tipo, cuya descripción encaja en la del pelirrojo, había estado en su casa y por poco no había forzado la cerradura. Él no se había atrevido a abrirle pensando que era policía…

—¿Por qué tanto miedo?

—¡Por sus antecedentes, mujer! Dustin piensa que en función de ellos la policía va a cargarle los muertos… las muertas, mejor dicho, a él. Ése es todo su miedo.

—¿Por qué no le has dicho eso a Ian?

—Por la sencilla razón de que minutos antes le había dicho a Dustin que cogiera el coche y saliese de la ciudad durante tres o cuatro días. Hasta que la cosa se calmara un poco o la policía diera con el verdadero asesino.

—Lo cual quiere decir que tú estás completamente convencido de que Dustin Weld no es el criminal, ¿verdad?

Un extraño brillo, una emoción que Bo Parton no recordaba haber visto jamás en los ojos de Stanley Ford, un algo que se le antojó a la fotógrafo incluso inquietante, como estremecedor, estuvo presente en las pupilas de su representante comercial y artístico cuando reiteró con encendida vehemencia:

—Estoy completamente seguro de que Dustin Weld es inocente.

Un suspiro se escapó de los labios de Bo Parton. Era como una expresividad de que se congratulaba de aquel hecho.

Aquél a quien suponían Gene Nolte acababa de meterse en la cercana cabina de teléfonos justo cuando Stanley y Bo se habían detenido frente a la entrada de edificio donde se ubicaba el apartamento de ella.

Stanley comentó, señalando hacia la cabina:

—El correveidile ya le está dando el parte a su jefe de que hemos llegado a la puerta de tu casa sin novedad.

Le recriminó la mujer:

—Le pagan por su trabajo y trata de hacerlo lo mejor posible, ¿no te parece?

—Eres muy condescendiente con todo el mundo menos conmigo. ¡Oh!

—Si no fuera porque me he acostumbrado a ti… —sonrió con infantil amenaza Bo Parton.

Salía de la cabina en aquel instante el hombre para dirigirse rectamente hacia la pareja.

—¡Hola! —les saludó—. Buenas noches. Supongo que sabe quién soy, señorita Parton.

—El sargento Nolte pienso, ¿no?

—Exacto. Y sólo quería decirle que a partir de este momento se ve usted libre de mi inoportuna presencia.

Fue Stanley Ford, trazando uno de sus más que sospechosos quiebros, el que se adelantó en patentizar su extrañeza; así, con este

interrogante, y una expresión de genuina sorpresa:

—¿Por qué?

Gene Nolte, sargento de la Brigada de Homicidios y amigo personal del teniente Langella, murmuró, rascándose la barbilla:

—Exactamente no lo sé, porque Kirk no ha sido demasiado explícito. Pero imagino que el peligro ya ha pasado cuando se me ordena reportarme. ¡Ah!, lo que sí me ha dicho el teniente Langella, señorita Bo, es que no tardará en darle todas las explicaciones que hacen al caso. Y ahora —sonrió el policía—, si ustedes no necesitan nada…

—Gracias, sargento —musitó ella—. Buenas noches.

—Adiós —dijo, con cierto desdén, Stanley.

Luego que el policía se hubo alejado, Bo y su representante se miraron en silencio. Daba la sensación de que ambos pensaban lo mismo. Fue la fotógrafo quien de manera tímida, como asustada, pronunció un nombre:

—Dustin…

—Eso estaba imaginando, pero no lo creo. Se lo habrían dicho a ése y él a nosotros.

¡Sabe Dios lo que habrá sucedido! ¿Quieres que me quede a hacerte compañía?

Bo, de muy buena gana hubiera aceptado. Sólo la contuvo el hecho, la certeza, de que Ian pronto se dejaría ver por allí.

Al menos, ¡lo deseaba ella tanto…!

—No, no. Pero te lo agradezco.

—Hasta mañana entonces, bonita —dijo Stanley, besándola en las mejillas y sonorizando al mismo tiempo con ironía—: ¡Muá, muá…!

—En el fondo te quiero —y Bo le hizo una caricia en el mentón —. Hasta mañana. ¡Ah…!

—¿Sí? —inquirió él, como inquieto.

—Telefonéame si sabes algo de Dustin.

Movió la testa afirmativamente:

—¡*O. K. Ciao*, bonita!

Capítulo XIII

BO PARTON, terriblemente inquieta, terriblemente sola también en el interior de su apartamento, trataba de pensar en cientos de cosas a la vez para no pensar, desde luego, en una de muy concreta.

En el miedo.

En el terror mejor dicho.

En aquella angustiosa tensión que tenía la imagen concreta que en el cine le daban al entorno gaseoso que envolvía los cementerios y que se iba espesando hasta asfixiarla.

¡Maldita tensión!

Pero… Si Langella había dado instrucciones a Nolte de que se retirara, seguramente…

—¡Bah! —Exclamó, dando vueltas dentro del *living* con el cuarto cigarrillo entre los labios, sin que hubiera llegado a consumir por completo ninguno de los tres precedentes—. ¡Ya vuelvo a las andadas!

En un arrebato se acercó de nuevo al teléfono para discar por segunda vez, excitada, el número de Ian.

El aparato sonaba en el otro extremo, insistentemente, sin que nadie lo descolgara.

—¡Maldita sea! —estalló, empotrando el auricular en la horquilla.

¿Dónde diablos se había metido el pelirrojo?

Se fue a la terraza y, al echar una ojeada a la cristalera, se percató de que los vidrios que rompiera el detective en su tumultuosa aparición seguían esparcidos en tierra.

—Mañana tengo que avisar al cristalero… —murmuró por decirse algo.

Afuera la noche era plácida y el cielo aparecía despejado, azul oscuro pero muy azul, brillantemente tachonado de estrellas.

Tiró el cigarrillo al suelo pisoteándolo con furia y se llevó el

quinto a los labios prendiéndolo con acelerado nerviosismo.

Dejó como media hora de lapso antes de decidirse de nuevo a utilizar el teléfono.

Nada.

—¡Maldito Ian! —masculló, excitada—. ¿Dónde estarás?

Se dirigió al dormitorio tratando de convencerse de que las cosas funcionaban sin novedad… o mejor dicho, con novedad apacible, como parecía derivarse del hecho concreto de que Langella hubiera decidido retirar la vigilancia de Nolte.

Empezó a desnudarse mientras pensaba en la posibilidad de tomarse un somnífero que la integrara rápidamente en el mundo de los sueños, aliviando la angustiosa tensión que se gestaba en su pensamiento.

Eso, sí.

Un tranquilizante.

Pasó al baño abriendo la puerta del botiquín en busca del frasco de tabletas.

Vio su rostro demacrado, desencajado también, en el espejo.

Parpadeó, como tratando de borrar la inquietante imagen que de sí misma le devolvía la pulida y reluciente luna.

Parpadeó, sí.

Y…

… lo vio.

¡LO VIO CLARAMENTE!

A Peter Andress, su exmarido, abajo, caminando a grandes zancadas por el vestíbulo del edificio, camino del elevador.

Rumbo… ¡a su apartamento!

Apretó las pupilas deseando eliminar la visión, deseando fervientemente también estar equivocándose.

No…

No se equivocaba.

¡ERA PETER, PETER…!

Que volvía.

¿Por qué?

Ella le había dado un dinero para que se alejara de San Francisco. Él había dicho que quería desaparecer lo antes posible de la ciudad, para evitar que la policía lo detuviera como sospechoso de los asesinatos de Faye Weaver y Susannah Müller…

Entonces, ¿por qué regresaba?

¿Por qué volvía junto a ella?

Sólo… sólo se le ocurría una respuesta.

UNA…

¡Peter Andress era el psicópata de las tijeras!

EL ASESINO…

El perturbado sádico que la tenía encerrada en aquella vorágine de tensión y sangre…

Y que ahora, finalmente, había decidido rematar su obra.

Bo Parton, aterrorizada, mesándose los cabellos con desesperación al tiempo que parpadeaba hasta causarse dolor, con violencia, para borrar aquella percepción postrera, letal, horrorosa… se apretó luego ambas manos en la garganta como si tratara de aliviar la monstruosa tarea del asesino.

—¿Por qué… por qué a mí? —repetía, desorbitados sus ojos… LOS OJOS PROFESIONALES DE PARTON, camino de la locura, del horror—. ¿POR QUE, DIOS MIO, POR QUE?

Bo salió huyendo del cuarto de baño, atolondrada, rotos los nervios y estrábica la torpe mirada, precipitándose hacia la puerta de entrada para asegurarse de que estaba convenientemente cerrada y para pasar aquel enorme pestillo superior, metálico, brillante, que nunca utilizaba.

Con jadeos y ronquidos, volvió al *living*, y buscando un almohadón del sofá se lo puso delante del rostro a modo de infantil y absurdo escudo.

Luego, como si se le ocurriera de pronto, se precipitó hacia uno de los cajones del mueble-bar, atrapando de él un cuchillo sierra de los de cortar el pan.

Estiró el brazo adelante aprestándose a su heroica defensa.

Mientras se preguntaba con sonoro castañeteo de dientes y acusado temblor de las mandíbulas:

—¿Tend… tendr… é val… or… valor par… a, para usar… usarlo?

Segura, rotundamente: NO.

Peter Andress estaba acercándose.

Sí…

¡Pudo ver con inquietante nitidez cómo entraba en el geométrico rectángulo que dibujaba la estructura del elevador!

Un minuto y medio, ¿dos a lo sumo?

Las portezuelas automáticas del ascensor se estaban cerrando ya…

Bo Parton gritó, gritó con desesperación. Como sólo hubiera conseguido hacerlo una loca:

—¡¡¡AUXILIOOOOOOOOOOOOO!!!

Las portezuelas automáticas del ascensor se estaban cerrando en el momento que un cuerpo interfirió el rayo de luz que impactaba sobre la célula que ponía en funcionamiento las compuertas, evitando que completaran la maniobra de cierre.

Otra persona penetró en el elevador.

¿Persona?

El exmarido de Bo Parton experimentó al instante un vivo desasosiego.

—¿Por qué vuelves a molestarla, Andress? —inquirió el *alguien*.

Tragó saliva.

—Yo… esto… es que… ¡de veras que no pretendo hacerle ningún mal! —Los ojos de Peter Andress expresaban el horror, el pánico, como jamás ningún pintor o dibujante lograrían plasmarlo en el papel o en un lienzo. Agregó, con visibles temblores—: ¡Le juro que yo…!

La chispa roja, sangrienta, asesina, que brillaba en las pupilas del otro, hizo que el exmarido de Bo se interrumpiera, tratando de arrinconarse en uno de los ángulos del ascensor.

—¡Si para el elevador me apeo ahora mismo! —Exclamó de un tirón—. ¡Se lo ruego!

¡Me bajo y no aparezco jamás cerca de ella!

El diabólico interlocutor, el *alguien*, estaba callado. En silencio. Con las mandíbulas fuertemente apretadas.

Lo mismo que si se las hubieran clavado una contra otra a martillazo limpio.

Peter Andress, suplicante, perdiendo una vez más la dignidad pero ahora convencido de que en ello podía irle la vida, fue resbalando con la espalda adherida contra la metálica pared, hasta quedar arrodillado y con las manos unidas como el más devoto de los creyentes.

—¡Por Dios! ¡Se lo pido por lo que más quiera! ¡Déjeme salir! ¡Déjeme y no volverá a verme nunca más!

Aquellas mandíbulas, que parecían sincronizadas por un mecanismo electrónico análogo al que hacía funcionar las portezuelas de aquel geométrico rectángulo en el que se encontraban… *se distendieron*.

Para prestar al rostro del *alguien* una mayor monstruosidad de la que ya le proporcionaba el brillo asesino de sus ojos rojizos.

Se distendieron las mandíbulas, sí.

GRRRRRRRR…

Peter Andress, al escuchar aquel siniestro gruñido, aquel rugido que tenía el rumor de la muerte y el color de la sangre, pensó que la súplica era inútil.

Y pensó también que había llegado el momento definitivo de probarse a sí mismo que era algo.

Alguien.

Hombre.

Tal como estaba, quiso empotrar la testuz en los genitales del otro, pero *alguien*, advirtiendo su intento, le pegó una violenta patada en el rostro que, tras inundarle éste de sangre, le hizo medio perder la consciencia.

GRRRRRRRRRR…

La mano diestra de aquel ser surgido frente a las estrábicas, perdidas, idiotizadas pupilas de Peter Andress, blandiendo algo enorme y cegador, brillante.

Acerado.

TIJERAS.

¡Eran unas tijeras!

Perdido entre la niebla que envolvía la frontera de la razón y la duda, Peter las vio bailar grotesca, dantescamente, a escasos milímetros de sus ojos.

Las puntas…

¡ZAAAAAAAAAAAAAS!

—¡Aaaaaaaaag!

Las tijeras se hincaron.

Una…

Una y otra vez. En sádico delirio.

Bo quiso meterse el almohadón dentro de los sesos, buscando a si borrar la horrible percepción que ahora tenía frente a su mirada.

Porque veía claramente las tijeras.

LAS TIJERAS…

Hundiéndose las puntas una… una y mil veces, alternativa, sangrientamente, en los ojos desorbitados de Peter Andress.

Hasta que el acero se llevó con él, ensartados, los globos oculares de su exmarido.

—¡¡NOOOOOOOOOOOOOO!! —aulló, la fotógrafo.

Ella…

¡Ella era la siguiente víctima!

La definitiva.

La que había excitado el morbo diabólico del criminal, precipitándose por aquel sendero de sangre y horrores.

De tijeras…

De ojos…

Que se habían convertido para ella en la tensión del infierno, en la locura, en la aberración de la realidad y de los principios de la vida… que la habían hecho sentirse culpable incluso.

Cuando *él* apareciera frente a ella con las tijeras para arrebatarle los ojos y la vida, todo…

TODO HABRÍA TERMINADO.

—Podré descansar… Sin horrores. Sin tensión. Sin sentirme responsable de nada. Habrá mucho silencio a mi alrededor. Mucha quietud. Paz… —Bo Parton, ahora, hablaba, rezaba lo mismo que si hubiera perdido definitivamente la razón.

Los golpes violentos que de pronto, súbita y estruendosamente sonaron contra la puerta del apartamento, tuvieron la virtud de excitarla de nuevo, de integrarla en el mundo de las vivencias horribles, de la tensión, de la terrorífica realidad.

—¡NO… NOOOOOO! —gritó, como si de aquella forma pudiera impedir el avance criminal del psicópata de las tijeras.

Los golpes, demoledores, siguieron siendo descargados contra la puerta hasta que, tan de pronto como habían estallado, cesaron.

¿Se iba?

Bo corrió hacia la puerta pegando el oído a la madera.

Nada.

Silencio.

Y…

¡¡¡CRASSSSSSSSSSSK!!!

El estallido acababa de sonar en el vestíbulo.

Y a él siguió el alarido bestial, infrahumano, que brotaba con desesperación entre los labios trémulos de Bo Parton.

—¡AUXILIOOOOOOOOOOO!

Los cristales…

Los cristales que ya medio destrozara Ian Shatner habían quedado reducidos a polvo ahora.

—¡Bo! ¡Bo! ¿Dónde estás?

Aquella voz…

¡Aquella voz la conocía! ¡Era una voz amiga!

Voló, enloquecida, hacia el *living*.

Gritando:

—¡Kirk… Kirk! ¡KIRK!

Se encontró en los brazos de él.

—¿Por qué no has abierto la puerta, Bo?

Ella sollozaba, lloraba, quería incluso reír.

—¡Es que…! ¡Oh, Kirk! ¡Gracias a Dios! Es que yo… ¿No has subido en el ascensor?

—No. Lo he hecho por la escalera. ¿Por qué?

—Bueno —Bo temblaba—. Luego te lo contaré. Es que yo… yo puedo… —Bo Parton se quedó muda, muda de asombro, muda de horror, muda por lo trágico de la realidad que sus ojos acababan de captar al fijarse en las manos de Kirk Langella.

Unas manos que… estaban manchadas de sangre.

DE SANGRE.

El teniente de la Brigada de Homicidios no había reparado en la verdad que acababan de obtener las pupilas de la fotógrafo.

Por eso decía:

—Sólo he venido a comunicarte que ya puedes estar tranquila. Hemos capturado al psicópata. Desgraciadamente, me he visto obligado a disparar sobre Dustin Weld cuando pretendía huir y…

Bo Parton retrocedía con pasos cortos, medidos, hacia el recibidor. Pensando en que ella misma había atrancado la puerta y él, *él*, la acorralaría fácilmente allí.

EL…

¡KIRK LANGELLA!

Increíble. Horriblemente increíble. ¿Por qué?

—¿Sucede algo, Bo?

—Tus manos… tus manos, Kirk —dijo ella sin poder contenerse

—. Están manchadas de sangre.

El teniente de la Brigada de Homicidios, con un gesto de sorpresa que parecía genuina y verdadera en su rostro, miró sus manos enrojecidas como si no las conociera.

Y mirando a Bo con expresión alterada, con ojos dementes, susurró:

—No son mías, Bo. No… no son mis manos. Son las de *él*.

—¿Él? —Repitió la fotógrafo—. ¿Quién?

—¡*El… mi padre*! Sus manos se quedaron así, rojas, manchadas de sangre, aquel día que vino a verme, ¿sabes? Yo estaba en la cama. Ella, mi madre, había salido. Como cada día. A estar con los hombres, a sacarles dinero… Mi padre nos había abandonado por eso, porque ella estaba siempre con los hombres. Pero aquel día volvió, ¿sabes? —Conforme hablaba, la mente de Kirk Langella parecía haberse perdido por otra unidad de tiempo, parecía haberse alejado por completo de la realidad y la cordura. Prosiguió—: Volvió… preguntándome dónde estaba mamá. Yo no dije nada y él supo enseguida dónde. Se abrió la puerta y entró, ella, abrazada a un tipo, permitiendo que él le sobara los pechos.

Mi padre su puso rojo, ciego. Vio las tijeras… Los ojos de mi madre, que eran como los tuyos, se agrandaron mucho al verle… al verle saltar sobre ella con las tijeras fuertemente empuñadas. El otro tipo, asustado, se largó. Mientras mi padre… ¡zas!, ¡zas!, ¡zas!, le metía las puntas de las tijeras en las pupilas una y otra vez mientras le gritaba: ¡zorra!, ¡zorra!, ¡zorra…! —Se iba excitando más y más, enloquecía más y más, se enfurecía más y más el teniente de la Brigada de Homicidios Kirk Langella—. ¡¡ZORRAAAAAA!!

Bo, que poco a poco continuaba caminando atrás rumbo al recibidor, susurró:

—Cálmate, Kirk. Por favor. Ya verás cómo todo se arreglará.

Él, realmente, no la oía.

—No hace mucho tiempo —siguió—, vi una de tus horribles y asquerosas fotos. Era la que reproducía la muerte de mi madre, ¡sí! Pero faltaba una cosa… ¡faltaba yo en un extremo de la habitación llorando desesperadamente! Gritando: «¡Papá, papá, no la mates! ¡NO LA MATES, POR DIOS!». Pero él la mató y las manos le quedaron así —las extendió hacia delante, mostrándoselas

significativamente a Bo—, manchadas de sangre.

¿Comprendes, pequeña? ¿Entiendes por qué estaba obligado a hacerte sufrir, a castigar a quienes alababan y elogiaban tu morbosa profesionalidad… a privarles de los ojos con que se solazaban de tu trágica labor?

—Kirk. Te lo ruego…

—Yo quería matarte a ti también. Luego… Al final. Ahora… Pero no sé si podré, ¿sabes?

El otro día, cuando te tuve cerca, creo que me enamoré de ti… Bo…

—¿Sí, Kirk? —Muy lentamente seguía ella retrocediendo.

—Tienes que reunir el suficiente valor para…

—¡NO! —Entendió lo que Langella iba a pedirle: que fuese ella quien lo matara a él.

—Entonces, Bo, no sé si podré dominarlo a *él*. ¿Es que no lo entiendes, Bo? *Él*, mi padre, está dentro de mí. Sigue vengándose de todas las mujeres…, Bo, te lo suplico, tienes que hacerlo. De lo contrario… —La mano derecha de Kirk Langella se perdió dentro de uno de los bolsillos interiores de su americana regresando al exterior, afuera.

EMPUÑANDO UNAS ENORMES Y SINIESTRAS TIJERAS QUE AUN GOTEABAN SANGRE.

—… ¿entiendes, Bo?

—¡Kirk, Kirk, por Dios! ¡Vuelve en ti! Olvídate, olvídate de *él*.

—No puedo… ¡NO PUEDO!

—¡Kirk Langella! —estalló, vibrante, una voz seca a espaldas del teniente—. ¡No te muevas o disparo! Gira hacia mí con las manos separadas del cuerpo, ¿has oído?

Un suspiro de alivio y de alegría convertido en grito de esperanza fue arrancado de la garganta excitada de Bo Parton:

—¡IAN… IAN, POR FIN!

—Ian… —musitó a su vez, con abatimiento, Langella. Y de pronto, como si estuviera muy satisfecho de ver al pelirrojo detective, exclamó—: ¡Creía que no ibas a llegar nunca, Ian!

—Estoy agazapado en la terraza desde mucho antes que tú llegaras, Kirk Langella.

—¿Sabías que…?

—Lo supe hace un par de horas. En el callejón —respondió Ian

Shatner, sin perder de vista ninguno de los movimientos que pudiera ensayar el policía, sin dejar tampoco de encañonarle recta, decididamente, con su «Magnum» de enorme cañón—, cuando disparaste sobre Dustin Weld. Leí en tus ojos una íntima tranquilidad, la que te proporcionaba saber que Weld no podría decir jamás que él no había trazado aquellos círculos y aquellas «X» en las fotografías ni había destrozado tampoco los ojos de Bo en el póster. Eso lo habías hecho tú, tú, adelantándote por minutos a mi llegada. Algunos trazos del rotulador estaban frescos, demasiado frescos, Kirk. Comencé a sospechar entonces y estuve seguro al verte acabar con Weld… Weld, que era tu víctima propiciatoria ideal merced a sus antecedentes psiquiátricos. Pero ¿no pensaste que aun matándolo, aun cargando su cadáver con tus culpas sangrientas, tu cerebro enfermo te impulsaría a seguir asesinando, a continuar persiguiendo y acosando a Bo Parton pese a estar enamorado de ella?

—¡CALLA! ¡CALLA, IAN! —Rugía en vez de hablar—, ¡NO VUELVAS A DECIR QUE MI CEREBRO ESTA ENFERMO…! ES EL CEREBRO DE *ÉL*, NO EL MIO. YO ESTOY BIEN, BIEN… GRRRRRRRRRR…

Una extraña, violenta, bestial metamorfosis se experimentó en la actitud e incluso en las facciones del policía.

Kirk Langella dejó de ser una criatura humana para convertirse en una crispación sádica, cruel, de sangre y muerte.

Las características de su cara ahora, dejando aparte aquella demoníaca crispación que le convertían en una especie de caricatura monstruosa, eran las propias de un loco.

De un loco peligroso.

PELIGROSÍSIMO.

GRRRRRRRRRR…

Tras el sobrecogedor, infrahumano rugido, como si tuviera muelles debajo de los pies, saltó adelante.

Sobre el detective.

Enarbolando las siniestras tijeras.

—¡GRRRRRRRRRRRRR…!

—¡Ian, Ian! —Se desesperó la fotógrafo—, ¡Dios Santo! ¡Iaaaaaan!

Shatner no parpadeó tan siquiera.

Afianzándose con los pies clavados en el suelo, la arremetida de Langella, y con un simple giro de cintura, esquivó ésta siguiendo las evoluciones del sádico homicida al tiempo que apretaba el gatillo.

Una vez.

Una sola vez.

Hubo un solo disparo.

Cuyo proyectil se perdió dentro de la cabeza de Kirk Langella tras penetrar exacta, ajustadamente, por la sien derecha del teniente de la Brigada de Homicidios, estableciendo un negro círculo, un feo y chamuscado orificio.

Kirk, al punto, sin exhalar un gemido ni estrellar en el ámbito un nuevo y malévolo rugido, se incrustó de bruces en tierra clavándose en el rostro algunos fragmentos del cristal que habían roto entre él y Shatner.

El pelirrojo miró con tristeza, abatimiento incluso, el cadáver.

—Es el momento más detestable de mi existencia —pronunció.

Bo corrió a colgarse de su cuello.

—¡Ian, Ian, Ian! Me pregunto si volveré a ser una persona normal, si podré olvidar la tensión vivida, el horror… ¡Ian, Ian! ¡Te quiero!

—Procuraré ayudarte a olvidar, pequeña. ¿Y tú a mí?

—En mi cuerpo hallarás noche tras noche el olvido cuando el amor y la pasión salgan a tu encuentro. Ian. Eres lo único válido, lo único hermoso que me ha sucedido en los últimos días.

—Tú sí que eres hermosa, tú sí que… Hay un hombre muerto aquí, Bo. ¿Te importa que llame a la policía?

—Si luego te quedas para siempre conmigo…

¡Vaya preguntas, Bo Parton!

Claro que iba a quedarse.

Claro.

Hasta yo me hubiera quedado…

FIN